

Selecta



*Esta noche
mando yo*



Daniel de la Peña

Esta noche mando yo

Daniel de la Peña

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Capítulo 1

Una copa y a casa

20:14 h. Sábado 22 de junio

77 pulsaciones por minuto

Nivel de ansiedad: 6 sobre 10 (por culpa de Nuria)

Nuevos likes en Instagram: 1098

Relación con los hombres: los detesto a todos, a todos los heterosexuales. A los gays nunca, y menos a mi Jon (Kortajarena) y a mi Ricky (Martin)

—No tengo ganas de salir...

—Anímate, Ana, ¡será divertido!

—Es que no me he duchado, ni sé qué ropa ponerme —repliqué—. Además, no tengo el ánimo para ir de fiesta.

—Es el cumpleaños de mi hermana. Iremos a picar algo y después a tomar una copa —insistió Nuria.

—Juraría que el cumpleaños de tu hermana es en agosto —susurré dudosa—. No he recibido ningún aviso de Facebook.

—Ana, con todo lo que te ha pasado, no piensas con claridad. A mi hermana le alegrará que vengas con nosotras.

Puse los ojos en blanco. Nuria no podía verme porque nuestra conversación era telefónica, ¡menos mal! Si llego a tenerla delante la hubiera estrangulado. Cuando se le mete algo entre ceja y ceja es incapaz de parar hasta conseguir lo que se ha propuesto. En ese caso, su objetivo era convencerme para que fuese a celebrar el cumpleaños de su hermana recién llegada de Londres. Yo, sin embargo, prefería quedarme en casa llorando y ahogando mis penas viendo alguna película *romanti-tonta*. De esas que te meten el dedo en la herida cuando has salido escaldada de una relación intensa o cuando te quedas soltera y te lamentas por no tener pareja, que te recuerda lo desgraciada y sola que estás. Mi plan iba a ser el de las noches anteriores; maldecirme a mí misma por mis curvas desproporcionadas, devorar unas patatas *light*, que serían la sobremesa perfecta de un cóctel de bolas de helado de distintos sabores. Primero tomaría *algo sano* y después la artillería pesada. Era así de kamikaze. Me decantaba por automutilarme y recrearme en el dolor, en vez de salir con mi mejor amiga y su hermana a tomar unas copas. Quizás la idea de Nuria era justo lo que necesitaba aquella noche: salir de casa y distraerme un poco. Casi había olvidado lo que era pasarlo bien, salir a bailar, no pensar en nada... He de reconocer que las últimas semanas había cubierto el cupo de negativas a todas las propuestas de Nuria. No quise acompañarla a la inauguración de un nuevo salón *gourmet*, rechacé ir al cine el fin de semana pasado y estaba faltando demasiado a nuestro desayuno semanal de los viernes. Si seguía con esta actitud, seguro que Nuria me mandaba a la mierda.

—Está bien —dije en voz baja—. Pero no quiero volver tarde. Solo una copa.

—¡No sabes lo feliz que me haces! —exclamó. Seguro que estaba dando saltos de alegría—. Te vendrá bien reírte y olvidar a Sergio. Aunque sea por una noche.

—¡Muy bien! Tú recuérdame lo...

—Estoy tan contenta que no voy a entrar en tu espiral de llanto, melancolía

y gilipollez. Olvida a ese capullo y arréglate, paso a buscarte en una hora.

—¡Oye!

—¿Qué?

—No le he comprado nada a tu hermana.

—Pues nos invitas a la primera ronda en su honor. Nos vemos en un rato.

Me tumbé en el sofá del salón y respiré profundamente. ¡Hacía meses que no salía de copas un sábado por la noche! Estuve a punto de volver a llamar a Nuria y decirle que lo había pensado mejor, que era pronto para socializarme y que me quedaba en casa. Quería encender el ordenador y poner por millonésima vez la lista de reproducción de Spotify que habíamos creado Sergio y yo cuando vivíamos juntos. Abrir una botella de vino y hartarme de llorar con las canciones más románticas, las que me recordaban las noches de sexo que disfrutábamos cuando nos amábamos. Cuando lo amaba. No sé por qué, pero cuando cortas con alguien los polvos malos se borran de nuestra memoria, no obstante, los de sobresaliente, los que te hacen levitar de placer permanecen en tus recuerdos. Será parte de la tortura del desamor...

Me levanté del sofá dispuesta a comenzar con el *martirio musical*, pero me detuve antes de llegar a mi cuarto. Entonces la vi, parecía que se estaba riendo de mí: desde el mueble de la entrada, la foto de Sergio me devolvía la mirada. Había sido incapaz de quitarla, esperanzada con su regreso. El muy cabrón sonreía en el retrato y casi podía escuchar cómo decía: «Jódete bonita, quédate en casa mientras yo me lo paso en grande con cualquier tía que no seas tú. ¡Que no seas tú!». Tragué saliva. No sé si me estaban pasando factura los tres meses que apenas había salido de casa o, justo, al contrario, y esa paranoia con mi ex era lo más sensato que me había pasado en varias semanas. Seguro que Sergio estaba de fiesta en fiesta, conociendo mujeres y ni siquiera había derramado una sola lágrima por mí. No tenía ni la más mínima duda de que su felicidad había ido en aumento desde el momento que cortamos. Eso explicaría lo fugaz que fue nuestra despedida. No dudó, cerró la puerta con un

sonoro portazo y se fue. Tenía que superarlo, después de todo era yo la que lo había dejado. Si una es la que rompe la relación, se supone que no tiene que sufrir tanto, ¿no? Claro está que la jugada me salió mal; yo lancé el órdago, él vio una puerta abierta hacia su libertad y no dudó en salir corriendo.

Una lágrima resbaló por mi mejilla, casi podía escuchar la lista de Spotify llamándome como canto de sirena, pero agarré el marco de foto con fuerza y lo golpeé contra el mueble. No fue muy buena idea porque apenas se dañó y el mueble se picó un poco. De repente, volví a sentir una fuerza que anhelaba, una especie de seguridad en mí misma al golpear los recuerdos, al hacer algo que desde ese momento no me había atrevido: sacar a Sergio de mi vida. Tuve un extraño presentimiento que me incitaba a salir esa noche. Como si supiera que algo extraordinario iba a sucederme dentro de unas horas. ¡Y no me equivocaba! Además, si me negaba a ir, Nuria era capaz de llevarme arrastras.

Tenía sesenta minutos, antes de que viniera Nuria a buscarme, para ducharme, vestirme y arreglarme. Después de una ducha exprés, con el agua bien fría para ver si espabilaba, me puse una camisa blanca de manga de tres cuartos, una falda corta y oscura y unas sandalias negras que aún no había estrenado. Las vi en un escaparate en una tienda del centro y me enamoré de ellas. Parecía que me gritaban: «¡Llévanos contigo, te haremos muy feliz!». No pude resistirme y las compré. Era finales de junio y no quería llevar más ropa de la necesaria, nunca sé qué hacer con la que me sobra y no todos los sitios, por lo menos en Zaragoza, tienen guardarropa. Decidí dejar suelta mi melena azabache y que los rizos jugaran con el aire. Delante del espejo comencé a maquillarme cuando de repente, sin previo aviso, me asaltó una duda: «¿Y si me encuentro con Sergio?». Me quedé paralizada. Desde que rompimos no nos habíamos visto, solo nos habíamos enviado algún wasap con contenido superficial. Que si se había dejado el bañador azul en casa, que cuándo podía ir a buscarlo, que ya no lo llamara más porque quería pasar página... Vamos, todo un caballero del que me temo que seguía enamorada. El corazón me dio

un vuelco y tuve que sentarme en el retrete. Volvió a escaparse otra lágrima. Rápidamente la sequé con la mano y miré hacia el techo. Sonó el timbre, supuse que era Nuria y fui corriendo.

—¿Y si nos encontramos con Sergio? —pregunté a mi amiga al abrir la puerta.

—Pues que le den por el culo —respondió.

Nuria entró y se dirigió hacia la cocina, yo la seguí como un cachorro a su mamá. Abrió la puerta de la nevera y sacó una botella de vino blanco. Cogió dos copas del armario y sirvió la bebida.

—No creo que veamos a ese capullo por ahí. Sería mucha casualidad. — Me ofreció una de las copas.

—Pero puede que pase, ¿no?

—Muy bien, Ana, ¿sabes lo que puedes hacer? —Apoyó sus brazos en la encimera y se inclinó para ponerse en plan irónico—. No salgas nunca de casa por miedo a encontrarte con tu ex. No vayas a trabajar, ni al gimnasio. Y ni se te ocurra irte de vacaciones. Ah... Disculpa... ¡Que eso ya lo haces!

—Tienes razón... Lo he captado.

Nuria se echó a reír y dio un trago a su copa de vino. Sacó de su bolso un contorno de ojos y se dispuso a terminar de acicalarme. Tardó dos minutos, me miró fijamente y, después de dar un sorbo a su bebida, dijo: «Estás preciosa. Esta noche te puedes cenar a quien quieras».

A las nueve y media llegamos al restaurante donde nos esperaba Elena, la hermana pequeña de Nuria. Había llegado a Zaragoza hacía unas semanas. Trabaja como profesora de español en una escuela privada en Londres. Todos los veranos viene a ver a su familia durante los meses de calor. Nuria tiene treinta años, como yo, y Elena veintiocho. Son como dos gotas de agua. A

pesar de la diferencia de edad, parecen gemelas. Las dos con el pelo rubio y los ojos azules. Altas y estilizadas. Mi metro sesenta y cinco y las curvas de mi cintura se sienten un poco acomplexadas al lado de ellas, pero ya estoy acostumbrada a que reciban toda la atención del género masculino.

Elena me abrazó al verme, desde el verano pasado no habíamos coincidido y reencontrarnos siempre era motivo de alegría. ¡Qué guapa estaba la jodida! Pedimos una ensalada con frutos secos para compartir y una tabla de quesos y jamón ibérico acompañada de pan con tomate. Obviamente el vino saciaría nuestra sed. Elena nos contó que en Londres había conocido a un chico que le atraía mucho. Llevaba varias semanas viéndose con él y estaba planteándose tomarse en serio la relación. Se la notaba emocionada, hablaba más rápido de lo normal. Contrastaba con su forma de ser relajada, calmada y discreta. Nuria y Elena eran muy parecidas físicamente, pero opuestas en su forma de actuar. Nuria era espontánea, alocada y a veces grosera. Sin embargo, Elena era más cautelosa y tímida. Siempre pensé que se había vuelto tan sofisticada al vivir en Londres, pero aquella noche se mostraba diferente. Continuó hablando de su idilio, hasta que me miró nerviosa y, después de unos segundos sin decir nada, me preguntó por Sergio. Su hermana hizo un gesto para que no siguiera con esa conversación.

—Lo dejé —respondí resignada—. En un acto desesperado por intentar controlar sus salidas con sus amigotes, lo poco que hacía en casa y sus escapadas a última hora sin contar conmigo..., le dije que no quería seguir así, que o cambiaba o ya sabía dónde estaba la puerta. Y salió corriendo.

—¡No jodas! —exclamó con excesiva sinceridad—. Pero si llevabais muchos años juntos, ¿no?

—Cinco —especifiqué—. Imagínate la cara de gilipollas que se me quedó. Han pasado tres meses y aún no comprendo cómo pudo ser tan insensible.

—Quizás fue lo mejor que te pudo pasar si no te hacía feliz. —En ese momento volvió, por tiempo limitado, la sensatez de la pequeña de las

hermanas Leal.

—Yo no quería que se fuera, simplemente que cambiara un poco... —resoplé.

—Ana, no te tortures más. Sergio ya es parte de tu pasado —dijo Nuria—. Es mejor que mires hacia delante.

—Mi hermana tiene razón. Deberías hacerle caso, sois amigas desde que teníais diez años, por lo tanto, te conoce mejor que nadie. Hablando del pasado, ¿a qué no sabéis con quién me encontré en Londres?

—Miedo me da... —susurré.

—¡Con Eric! —exclamó Elena.

Nuria escupió el vino que estaba tomando. Eric era un antiguo novio y la ruptura le costó varios meses de consulta en el psicólogo.

—¿Qué hace Eric en Londres? —preguntó Nuria sorprendida.

—Resulta que trabaja como entrenador de un equipo de fútbol en la ciudad. Está muy cambiado y me alegró coincidir con él —soltó Elena.

—Pues no te fies mucho de Eric porque es un auténtico capullo —sentenció Nuria.

—Y tú un poquito rencorosa —regañé a mi amiga.

—No quiero volver a darle más vueltas al tema, ya sufrí demasiado por culpa de él. Mi psicóloga me prohíbe que lo nombre. Así que como ha dicho mi hermanita ese capullo es parte del pasado...

—Yo no he di... dicho eso... —balbuceó Elena.

—...Y esta noche tenemos que centrarnos en disfrutar y en conocer a gente interesante... —continuó Nuria sin hacer caso a su hermana—, y si tienen un buen pollón mejor —bromeó.

Las tres reímos con efusividad. Me sentía muy a gusto en compañía de Nuria y Elena. Hablar de los problemas con ellas estaba resultando ser una terapia bastante liberadora. Además, el efecto del vino se hacía notar y el

cuerpo comenzaba a pedirme un poco de fiesta. Nuria nos recomendó probar el *coulant* de chocolate con aroma de menta. No dudamos en pedirlo y saborear semejante manjar. El bizcocho estaba crujiente y el chocolate se fundía con la menta. Disfruté como una perra, llevaba varios meses sin sexo y ese postre fue lo más parecido hasta entonces.

—¡No te he felicitado! —exclamé al darme cuenta de mi descuido.

—¿A quién? ¿A mí? —preguntó Elena extrañada.

Nuria quiso dar una patada a su hermana, pero se confundió y golpeó mi pierna. Lancé una mirada asesina a mi amiga.

—Me has mentido —acusé a Nuria en voz baja—. No es el cumpleaños de tu hermana.

—¡Joder, Ana! Es imposible sacarte de casa. Llevo varias semanas intentado animarte para dar una vuelta y siempre pones excusas.

—No, no. ¡Claro que es mi cumpleaños! —Elena mintió horrorosamente mal en un intento nulo por cubrir a su hermana. Consciente de que no había funcionado, probó otra estrategia—: Ana, seguro que lo ha hecho con la mejor intención. No te enfades.

Miré a las dos hermanas que estaban expectantes por saber lo que iba a decir. No sabía muy bien si ponerme a gritar o marcharme a casa empujando a todo el que se cruzara en mi camino. Fui incapaz de articular palabra alguna. Después de unos segundos en silencio, comencé a reír sin saber muy bien por qué. Quizás fue culpa del vino o de lo ridícula que me sentía. Mi mejor amiga tenía que inventarse un falso cumpleaños para pasar una noche conmigo porque yo había decidido encerrarme en casa y anular mi vida social. Sergio era parte del pasado. De un pasado reciente, pero tenía que asumir que ya no éramos una pareja. Cogí a Nuria de la mano y le pedí disculpas.

—Creo que tres meses de letargo han sido suficientes. —No estaba muy convencida de lo que estaba diciendo. Pero, poco a poco, fui ganando fuerza—. Ya estoy cansada de quedarme en casa llorando. Autocompadeciéndome. Pensando que no valgo una mierda y viendo películas *romanti-tontas*. ¡Esta noche pienso quemar Zaragoza y vosotras vais a ser testigos!

—¡Así me gusta! —exclamó Elena entre aplausos—. ¡Tenemos que corrernos una juerga como cuando veníais a verme a Londres!

—Echo en falta ir a verte a Londres, este año iremos y así mejoro mi inglés—añadí.

—Me parece muy buena idea —celebró Nuria—. Así podrás bailar semidesnuda en el jardín de The Roof Gardens.

Me puse colorada al recordar aquella frenética noche de fiesta en el glamuroso club en la azotea del edificio Derry & Toms en Kensington High Street. Habíamos conseguido pases vips gracias a unos amigos de Elena y las copas también eran gratis. Con la emoción del momento, lo lujoso y bonito que era todo y lo importantes que nos sentíamos, bebí un poco más de la cuenta. En un momento de la noche, debido a mi alegre borrachera, comencé a sentir calor. El cuerpo me ardía, el aire se volvió asfixiante y tuve que quitarme el vestido de H&M que llevaba, para sofocar el calor. Me sentí liberada al bailar en ropa interior sin importarme nada más. Todavía me ruborizo al recordar las caras de incredulidad de Nuria y Elena al verme danzar casi desnuda. Evidentemente, nos echaron del club. Más tarde nos enteramos de que en una de mis copas habían puesto un poco de Cristal y por eso tuve semejante subidón, puede que alguien se confundiera de copa al echar la droga o simplemente quisieran putear al personal. Y me putearon de lo lindo, porque pasaron varias horas hasta que se me fueron el colocón, las paranoias y los tembleques. La falta de práctica pasa factura.

Una vez devorado el *coulant* de chocolate, el camarero nos invitó a un chupito de licor de café. Elena repitió hasta tres veces. Parecía más

desinhibida de lo normal. Su hermana le aconsejó que no bebiera tanto; si seguía a ese ritmo, en menos de una hora tendría que volver a casa a gatas. No pude terminar el licor porque estaba muy fuerte. Elena no tuvo reparo en agarrar mi vaso y beberse de trago todo lo que quedaba. Como un vaquero en el lejano oeste, solo le faltó eructar y estamparlo contra el suelo.

Mi corazón comenzaba a latir con fuerza. Estaba nerviosa, ansiosa, con ganas de conocer gente y pasarlo bien. Nuria y Elena me habían contagiado su euforia. Por primera vez en cinco años eché un vistazo a las ventajas de estar soltera. No tenía que dar explicaciones a nadie de lo que iba hacer durante toda la noche, ni de la hora a la que llegara a casa. Podría entablar una conversación con quien me diera la real gana sin tener cuidado de que mi chico sintiera celos o montara un numerito. Si me apetecía bailar, bailarí; si deseaba beber, bebería; y, si tenía ganas de follar, pues me tirarí a quien se me antojara. En ese justo momento, caí en la cuenta de que solo había visto el vaso medio vacío. Decidí que ya era hora de empezar a verlo medio lleno. ¡Lo que hace un buen vino y dos buenas amigas!

Capítulo 2

Yo te conozco

23:50 h. Sábado 22 de junio

60 pulsaciones por minuto (comienza el ritmo de la fiesta)

Nivel de ansiedad: 4

Nuevos likes en Instagram: 179 (no he subido ninguna foto durante la cena)

Relación con los hombres: con ganas de intimar con unos cuantos, sobre todo con mi Jon (Kortajarena) y mi Ricky (Martin)

Después de salir del restaurante, caminamos por las calles del centro de la ciudad. Nuria propuso ir a una discoteca que habían inaugurado hacía dos semanas. Sus compañeros de trabajo hablaban maravillas en la oficina: «La música es inmejorable. Las copas no son caras. Los tíos que van parecen modelos». Decidimos que nuestra siguiente parada sería aquella discoteca. Paseábamos tranquilamente por una calle del centro que hacía pendiente. Elena llevaba unos zapatos azules con tacones de vértigo. Los había comprado hacía unos días y era la primera vez que los llevaba. Se mostraba jovial y risueña, seguramente por los tres chupitos de más que había tomado. La notábamos impaciente. Nuria y yo nos miramos y sonreímos. Elena nos adelantó unos pasos y nos retó a perseguirla. Comenzó a correr, con tan mala

suerte que en una de sus zancadas se rompió el tacón de su zapato derecho. Calló al suelo y rodó durante unos metros. Nuria fue en su búsqueda para intentar detener las frenéticas volteretas de su hermana. Yo no pude moverme de donde estaba. No paraba de reír al contemplar semejante cuadro. Elena extendió los brazos y paró su caída. Nuria la ayudó a ponerse en pie. Las dos estallaron en risas. Elena sacudía su vestido azul con ahínco para intentar limpiarlo.

—¿Te has hecho daño? —le pregunté mientras secaba las lágrimas de mis ojos.

—No —respondió—. Ha sido más aparatoso de lo que parece.

—¡Joder, has rodado como una croqueta! —exclamó Nuria entre risas.

—He tardado en reaccionar porque estaba llorando de risa. ¿Seguro que estás bien? —insistí.

—Estoy bien. Me alegra saber que por lo menos ha servido para arrancarte una sonrisa —confesó Elena satisfecha. Se quitó los zapatos y sacó unas sandalias de su bolso—. He traído otro par por si los nuevos me hacían daño y tenía que cambiarme.

Agarró los zapatos rotos y los lanzó con fuerza a un cubo de basura. Quedé sorprendida por su capacidad para reírse de sí misma y hacer como si no hubiese pasado nada. Sentí envidia. ¡Qué bueno es no tener complejos! Se puso las sandalias y siguió con sus juegos.

Tardamos diez minutos en llegar a la discoteca. Al leer el letrero que estaba encima de la puerta de entrada un escalofrío recorrió mi cuerpo.

—¿Noche salvaje? —pregunté extrañada—. ¿Así se llama la discoteca?

—¿Es una especie de puticlub o sala de estriptis? —bromeó Elena.

—Chicas, es un aviso de cómo va a ser nuestra noche —respondió Nuria pasando sus brazos por encima de nuestros hombros y mostrando una sonrisa

picarona.

La verdad es que una vez dentro la cosa cambió. La elegancia reinaba. En el centro de la sala había una barra en forma de isla, donde dos camareros muy guapos y con camisas ajustadas servían cócteles. La luz era débil y con un tono azul muy sofisticado. Los laterales de la sala estaban ocupados por mesas y pufs, ideales para tomar una copa y conversar. Pasaban de las doce de la noche y me gustaba el ambiente que se respiraba. Hice un cálculo visual rápido. Conté más de cincuenta personas y seguro que, en un rato, venían muchas más.

Pedimos tres daiquiris. ¡Hacía siglos que no tomaba uno! Mientras el camarero los preparaba, Elena fue al aseo. Observamos el ritual de preparación del coctel. Hielo, ron, lima... Aunque para ser totalmente sincera, quedé fascinada por los fuertes brazos del joven camarero que movía sus bíceps al agitar la coctelera. «¡Quién fuera esa coctelera!», susurró Nuria ladeando la cabeza.

El daiquiri estaba delicioso. Mi amiga y yo brindamos y dimos un sorbo a la copa. Miramos alrededor para comprobar si era cierto que los chicos destacaban por su atractivo.

—¿Sabías que el nombre del daiquiri proviene de una playa cercana a Santiago de Cuba? —dije.

—No tenía ni idea —confesó Nuria—. Sinceramente me interesa más saber si hay algún tío por aquí que quiera probar de mi daiquiri. —Hizo un gesto con el mentón señalando sus partes íntimas.

—¿Pero tú no tienes novio? —le pregunté con ironía.

—¿Julián? No es mi novio... somos amigos con derecho a roce.

—Seguro... —Puse los ojos en blanco.

—¿Qué hará el cerdo de Eric en Londres? —preguntó ofendida.

—Trabajar, ya te lo ha dicho tu hermana. Olvídate de Eric, es parte de tu pasado. —Sonreí al repetirle las mismas palabras con las que se había referido a Sergio.

—Tienes razón. —Bebió de su copa—. Que le jodan, es un cretino prepotente. Centrémonos en lo maravillosa que va a ser esta noche.

A nuestro lado, dos chicos morenos, altos y guapos no nos quitaban los ojos de encima. Por un momento sentí deseos de acercarme a ellos y presentarme. Aunque fui totalmente incapaz de hacerlo. No me notaba insegura, pero sí desentrenada. ¡Llevaba cinco años fuera del mercado! No quería hacer el ridículo si resultaba ser rechazada o empezar a hablar con ellos y decir una retahíla de chorradas por culpa de los nervios. Pensé que lo mejor que podía hacer era esperar a que Nuria se lanzara. Estaba convencida de que con el segundo daiquiri lo haría, aunque solía respetar mucho a Julián por mucho que asegurara que eran solo amigos con derecho a roce. Ella estaba enamorada, se le notaba más que el cuelgue de Ashton Kutcher por Natalie Portman en la peli *Sin compromiso*.

Elena volvió del aseo con una sonrisa traviesa y tres chupitos en la mano. Nos dio uno a cada una y nos animó a tomarlos de trago.

—¿De dónde los has sacado? —preguntó su hermana.

—Los he pedido en la barra —dijo mirando al suelo.

—¿De qué son? —Quise saber.

—¡Mierda! No lo sé —respondió Elena y comenzó a reír—. ¡Me habéis pillado! Los he robado de una mesa. No había nadie y los vi solitos e indefensos. Me decían: «¡Cógenos, cógenos!». Así que los he traído.

—¡Estás como una cabra! —exclamé.

—¡Elena, no me gusta que hagas esas cosas! —replicó Nuria—. Puedes meternos en un lío.

—¡Nadie se ha dado cuenta! —se defendió—. Si no los queréis me tomo los tres.

Acerqué el vaso a la nariz y olfateé. ¡Era tequila! No me veía capaz de tomar un chupito de tequila a secas. Sin limón y sal. Bueno, no me lo iba a beber ni con limón ni sal, ni con pimienta o canela en rama. Elena lo ingirió sin ningún reparo. Cogió su daiquiri y se fue a la pista a bailar.

—Tu hermana está un poquito hiperactiva, ¿no?

—Está totalmente fuera de sí. ¿Qué le pasará?

—Puede que necesite desinhibirse después de tanto trabajo en Londres... —supuse—. Deja que se divierta.

—Pues vamos a sentarnos y así cojo fuerza. La necesitare si tengo que controlarla toda la noche.

Nos sentamos en una especie de reservado con cinco pufs y una mesita blanca en el centro. Llevamos los daiquiris y dejamos los chupitos en la barra. Nuria miraba con preocupación a su hermana, que bailaba sensualmente con chico rubio. La situación le resultaba extraña. Estaba acostumbrada a que Elena fuese la sensata, la que ponía orden. Tanto alcohol y bailoteo no era típico en ella. Ese papel solía desempeñarlo Nuria. Se habían cambiado los roles y a la mayor de las hermanas Leal no le hacía mucha gracia. Aunque no era lo único que iba a cambiar esa noche.

Pregunté a Nuria qué tal iba todo en el trabajo, para intentar distraerla. Trabaja como editora en una importante editorial leyendo y seleccionando manuscritos de género romántico.

—¿Te digo una cosa? —preguntó con ironía.

—Dispara.

—Creo que mi editorial se ha equivocado de género.

—No te entiendo —dije confusa.

—No paro de leer manuscritos del tipo *50 Sombras*, como los de E. James, Maya Banks o Sylvia Day..., donde se presenta un hombre guapo, millonario,

atractivo, que folla bien y que además es capaz de cambiar y dejar sus malos hábitos por amor... Eso no es literatura romántica, eso es ¡ciencia ficción!

Escupí la bebida que tenía en la boca y estallé en risas.

—Te lo juro, Ana, ¿dónde están los hombres así? Yo no los conozco.

—Ya... y menos Julián —me arrepentí de lo que dije nada más terminar la frase.

—Joder, no me dais tregua con Julián. Solo es un pasatiempo.

Un pasatiempo con el que llevaba enganchada más de un año. Nuria presumía de que eran amigos con derecho a roce, no le importaba que solo tuvieran una cita semanal para cenar y acostarse con él cuando la llamara. Él tan inaccesible y Nuria tan predispuesta. Eso no era un pasatiempo y todos lo sabíamos, incluso mi amiga. Otra cosa es que decidiera seguir con una relación en la que siempre ganaba Julián. Nuria es una fiel defensora de los derechos de la mujer, feminista cien por cien, siempre denuncia las injusticias por desigualdad de género. Incluso, en una ocasión, llegó a meterse en medio de una pareja que discutía en la calle para defender a la chica que gritaba a su novio y unirse a ella en sus reproches. Sí, sin conocer de nada al muchacho ni saber por qué le gritaba. La cuestión era defenderse entre *hermanas* y su filosofía me encantaba. Por eso me sorprendió que consintiese que Julián estuviese casado y que solo pudieran verse a escondidas. Nuria lo excusaba afirmando que *el pobre* estaba confundido y quería dejar a su esposa, que según él era una mujer diabólica e inhumana. Pero la supuesta ruptura nunca se hacía realidad y Julián solo llamaba a Nuria para satisfacer sus primitivas fantasías sexuales. Nuria había cambiado por amor, como en las novelas románticas, pero a peor.

—Bueno, eso lo tienes que valorar tú —le dije a mi amiga.

—Ya verás cómo está cambiando, hace días que no lo ves y me ha dicho

que puede que se pase esta noche a tomar algo con nosotras.

—No... Nuria..., sabes que no lo trago —repliqué como una niña enfadada.

—Por favor, dale una oportunidad y verás que no es el ogro que piensas.

—Vale, solo si luego me presentas a algún tío que sea interesante —bromeé.

No tenía opción. Sabía que, dijera lo que dijera, Julián vendría de todas formas.

—¡Eso está hecho! Pero quiero contarte algo, que antes me has cortado y es importante.

—Disculpa —dije expectante.

—Puede que la semana que viene me asciendan a editora jefa —susurró mirándome a los ojos.

Me alegré tanto por mi amiga que solté una especie de grito o sonido agudo. Llevaba muchos años esperando esta oportunidad, muchas noches sin dormir leyendo y valorando manuscritos, seleccionando los buenos y descartando los que no veía potencial. Era la mejor en su trabajo y se lo merecía.

—¡Tenemos que celebrarlo! —dije emocionada.

—Por eso quería que salieras esta noche. —Bebió de su copa—. Pero solo lo sabéis tú y mi familia. No quiero decírselo a nadie más hasta que sea oficial.

—No te preocupes. No diré nada —aseguré—. Voy a por otra copa y brindamos.

Fui a la barra a pedir las bebidas. Mientras esperaba a que el camarero me sirviera, un chico muy guapo se acercó a mí.

—He visto que estabas hablando con tu amiga y en cuanto te has levantado he pensado en saludarte —dijo sonriendo.

—¡Oh, pues qué bien! —respondí sorprendida y halagada. No estaba acostumbrada a que me entraran chicos tan monos—. Sí, he venido con unas

amigas a dar una vuelta.

—Si te aburres con ellas podemos montárnoslo nosotros. —No se andaba con rodeos el muchacho.

—No soy de ese tipo de chicas, prefiero conocerte un poco antes de liarnos.

—¡Otra igual! —exclamó molesto.

—¿Perdona?

—Pues que no te estoy prometiendo amor eterno, solo quiero follar. No creo que sea tan difícil de entender.

Despaché al atractivo *latin lover* e intenté borrar de mi mente aquella conversación tan superficial y descaradamente sexista. No pasaba por mi mente tener sexo con alguien que no conocía de nada. Tampoco buscaba una relación con aquel tío, pero sí una conversación o algo de flirteo antes de acostarnos. ¿Dónde había quedado la galantería de antes? ¿Ahora todo se limitaba al *aquí te pillo?* ¿Encajaba en estos tiempos de ligues exprés? Lo mejor sería que dejara de pensar tanto.

Con nuestro segundo daiquiri en la mano, nos apetecía acompañar a Elena en su baile. La música invitaba a dejarse llevar, a olvidarse de los problemas, del *capullo copulador* que me había asaltado hacía unos minutos y hasta de Sergio. La noche estaba resultando ser perfecta: risas, buena música, la compañía de mis amigas... Hasta que un chico me propinó un codazo consiguiendo que mi daiquiri se estampara contra el suelo. ¡Mierda! El chaval se disculpó y quiso pagarme la bebida. Rechacé su ofrecimiento y acepté sus disculpas. Avisé a Nuria que iba a la barra a pedir otra copa, con mucha dignidad, fingiendo que no me importaba que aquel *monstruo* me hubiese manchado mi preciosa falda al derramar el daiquiri.

A partir de aquel momento la noche cambió por completo. Lo que estaba siendo una agradable velada con mis amigas iba a convertirse en la noche más surrealista de toda mi vida.

Apoyé los brazos sobre la barra con actitud de derrota y pedí otro daiquiri al camarero. Este me sonrió, pero seguro que detrás de aquella sonrisa pensaba que yo era una alcohólica-bebe-daiquiris-a-la-velocidad-de-la-luz. Me entraron ganas de explicarle que no me había bebido mi anterior copa y que el motivo por el que volvía a estar en la barra pidiendo otro daiquiri era porque un torpe me había tirado la copa. Opté por callarme, supuse que al camarero le daba igual cuál fuera el motivo. Como si quería montarme un club clandestino de daiquiris. Él solo se limitaba a hacer su trabajo. Mientas esperaba, se acercó una chica rubia de unos veinticinco años y me sonrió.

—Hola, eres Ana, ¿verdad?

—Hola. Sí... —dije un poco confusa— ¿Y tú eres?

—Soy Abi. Si tienes un minuto me gustaría decirte unas cosillas.

Capítulo 3

¿No creerás en la magia?

00:45 h. Domingo 23 de junio

Pulsaciones: (no he mirado el smartwatch para comprobarlas)

Nivel de ansiedad: 7 (¿quién es esta chica?)

Nuevos likes en Instagram: (tampoco he mirado el móvil para contarlos)

Relación con los hombres: mal... me rompen el corazón, me acosan, me tiran las copas y manchan mi falda...

¿Cómo sabía aquella chica mi nombre? No la había visto nunca. Miré alrededor para asegurarme que se dirigía a mí. Y, después, hacia la pista para comprobar si era una broma de Nuria o de Elena, pero parecían ajenas a lo que estaba sucediendo. Elena me saludó borracha al ver que la miraba.

—¿Nos conocemos? —pregunté.

—No... Bueno, yo a ti sí. Un poco. —La chica se mostraba risueña y cercana—. Veo cosas. Soy adivina... Bueno, no trabajo como vidente, pero a veces veo cosas, sobre todo si voy un poco contentilla, cuando he tomado un trago de más.

—¿Te estás riendo de mí? —No entendía nada.

—Escucha —su tono era dulce y gesticulaba mucho con las manos—: No sé si creerás en estas cosas. Lo que estoy intentado explicar es que puedo ver el pasado y el futuro de las personas solo con tenerlas delante de mí.

—¿Y te pasa cuando vas borracha? —dije irónicamente.

—Puede que me haya explicado mal. No voy borracha ni estoy loca. Simplemente, cuando he bebido un poco, estoy más receptiva para poder leer el futuro —aclaró sin dejar de sonreír—. Desde que has entrado en la discoteca has sido como un libro abierto. No dejabas de enviarme imágenes. He visto tu pasado y tu futuro como si fuera una película.

—¿Me estás vacilando? —Era incapaz de dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Muy bien. —Cerró los ojos y a los tres segundos los abrió y me miró fijamente—. Ahora te dirá que no tiene lima.

—¿Perdona? —pregunté. Estaba a punto de largarme, me daba igual que no me hubiesen servido la copa.

El camarero nos interrumpió para indicarnos que se les había terminado la lima. Apenas pude articular palabra. Me quedé estupefacta con lo que acababa de suceder. Quizás supiese que no les quedaba lima porque había pedido una copa antes y estaba al corriente.

—¿Quieres que te ponga otra cosa? —preguntó el camarero.

—Un ron con cola —dijo Abi.

La miré sorprendida. Mi incredulidad estaba a punto de esfumarse porque esa chica, que no conocía de nada, había adivinado lo que iba pedir.

—Soy buena, ¿eh? —sonrió satisfecha.

—Vale. Vamos a pensar por un instante que te creo. Que, tal y como afirmas, puedes adivinar cosas —me temblaban las manos—. ¿Qué más has visto?

—Que dejaste a tu novio hace unos meses y has estado llorando desde

entonces.

—No me jodas —tragué saliva.

—Sé que esa cicatriz que tienes —señaló mi codo izquierdo—, te la hiciste al caerte de tu bicicleta cuando tenías cinco años. También, he visto que te apasiona tu trabajo como *community manager* para empresas y marcas de éxito. Estás pensando en perfeccionar tu inglés para ampliar mercado.

—Me has convencido. ¿Qué vas a tomar? Te invito a lo que quieras.

Abi soltó una pequeña carcajada. Pedimos otro ron con cola y fuimos a sentarnos a la zona donde estaban los pufs. Nadie podía imaginar que aquella chica que iba vestida con un *short* vaquero y una camiseta ajustada rosa poseía semejante don. Me encantaba la dulzura que desprendía, como si fuese un hada. Mostraba seguridad y una pizca de locura. Quizás sean los ingredientes necesarios para ser vidente. Nunca había ido a que me echaran las cartas o me leyeran la mano. No me seducían esas pamplinas, ya que las encontraba más amigas de los farsantes que de la magia. Pero tenía que reconocer que aquella joven había acertado en todo lo que dijo. Por mi trabajo, sé que investigando un poco en redes y en Google se puede conseguir mucha información. Pero mi instinto me decía que Abi no era una embaucadora. ¿Cómo podía saber que quería mejorar mi inglés si no lo había comentado con nadie? Tenía la intención de hacerlo, pero aún no me había puesto manos a la obra.

Nos acomodamos. Abi se disculpó por abordarme en la barra. Pensaba que compartir su don con quien tenía las visiones era lo más justo. De esta forma podía ayudar a mucha gente a mejorar su vida. Era la mismísima Jennifer Love Hewitt, pero con el pelo claro y con visiones de gente viva.

Me dijo que podía preguntarle lo que quisiera. Di un sorbo, bastante generoso, a mi cubata y pensé que lo mejor era no andarme con rodeos.

—¿Voy a volver con Sergio?

—¿Con tu ex? Sergio es tu ex, ¿verdad?

Asentí impaciente por saber su respuesta.

—A partir de esta noche no querrás saber nada de él —respondió sin dudar.

—Imposible, ¿por qué iba a hacer eso?

—Porque esta noche conocerás al amor de tu vida.

El corazón me dio un vuelco. Una parte de mí deseaba que sus palabras fueran ciertas. Que Sergio desapareciera de mi vida y pudiera volver a enamorarme de otra persona. Que no doliera cada vez que escuchara su nombre. ¿Sería capaz de desterrarlo de un día para otro tal y como aseguraba Abi? Di otro trago a mi cubata.

Observé a Nuria en la pista de baile. Me miraba confusa porque no reconocía a la chica con la que estaba hablando. Hacía señas con el brazo para que fuera con ellas. Negué con la cabeza. Quería que Abi me contara todo lo que sabía. Nuria no se dio por vencida y decidió venir a buscarme. Con paso firme, dispuesta a echarme una buena bronca por haberme escabullido. Aunque Abi tenía preparada una sorpresa para ella.

—¡Felicidades por tu nuevo puesto de trabajo! —dijo la vidente.

—¿Se lo has dicho? —preguntó Nuria extrañada mientras la señalaba con el dedo—. ¿Quién es esta chica?

—No le he dicho nada. Estoy tan asombrada como tú. Resulta que Abi es adivina y está contándome todo lo que ha visto.

—¿Qué maravilla! Entonces, ¿ves si la semana que viene firmo el contrato?

—A principios de semana. Pero debes tener cuidado —advirtió a mi amiga—. Hay un compañero en tu oficina que siente celos de ti. Querrá hacerte la vida imposible en cuanto te asciendan.

—Seguro que es Gerardo... —susurró con voz de despechada de telenovela. Ya había entrado al trapo.

Nuria se sentó a nuestro lado. Le fascinaba todo lo relacionado con la espiritualidad y lo sobrenatural. Asistía con frecuencia a cursos de meditación, astrología y energías... o algo por el estilo. Para Nuria poder hablar con una vidente era una oportunidad muy tentadora que no pensaba dejar escapar.

—Tenéis una unión muy fuerte —aseguró Abi.

—¡Qué emoción! —exclamó mi amiga—. ¿Qué te ha dicho? Cuéntamelo.

—Que esta noche voy a conocer al amor de mi vida. —Me encogí de hombros.

—Espero que no seas tan tonta de dejarlo escapar —dijo Nuria entre risas.

—Creo que Ana no está muy convencida de lo que le digo.

—No es eso. Es que me cuesta creer que vaya a olvidar a Sergio tan pronto.

—La mayoría de las veces, nosotras mismas somos nuestras peores enemigas. No pasas página porque no quieres hacerlo. Pero viviendo en el pasado te pierdes las cosas buenas del presente. ¿Acaso no has visto *El rey león*? «El pasado, pasado está».

Para ser tan joven daba buenos consejos, aunque los sacara de películas Disney. En parte jugaba con ventaja, porque, si realmente era vidente, conocía todos los pasos que había dado y los que iba a dar.

—No estoy aquí para convencerte de nada —continuó Abi—. Solo para decirte lo que he visto. Esta noche pasarán tres cosas que cambiarán tu forma de ver todo lo que te rodea. Primero, volverás a ver a alguien de tu pasado que te dirá algo importante. Segundo, harás el ridículo de una forma escandalosa y no le darás importancia. Y, tercero, conocerás a un hombre que te hará sentir especial. Te enamorarás locamente de él y él de ti.

Nos quedamos calladas durante unos segundos. Necesitaba tiempo para asimilar todo lo que acababa de escuchar. Parecía sacado de una película de Woody Allen. Amor a primera vista, pasados que vuelven, locuras... No, eso no solía pasarme a mí. Mi vida era mucho más sosegada o, siendo sincera, mi vida era mucho más aburrida. Ya me encargaba yo de que lo fuera. Todo tenía que estar calculado al detalle. En mi trabajo era meticulosa, no podía dejar nada suelto, tenía ordenados en un *excel* a todos mis clientes, sus días de publicación y toda la repercusión que habían tenido en redes sociales. Y en el amor no había espacio para improvisar. Tenía que tener todo calculado y bajo control. Detestaba las sorpresas; recuerdo la vez que me enfadé con Sergio porque me sorprendió con un viaje de fin de semana. Le eché en cara que no me había avisado para poder anular mis planes y estar preparada. Él, desilusionado, me reprochó que esa era la clave de la sorpresa, ¡que yo no supiera nada! Reconozco que era extremadamente organizada, pero me gustaba, me hacía sentir más segura. Escuchando las palabras de Abi, me sorprendí al desear que se cumpliera aquella revelación. Alejarme un poco de la rutina y dejarme llevar. Evité emocionarme demasiado por si no pasaba nada. De todas formas, era una estupidez perder el tiempo dudando de la veracidad de la predicción; a medida que fuera pasando la noche, comprobaría si era cierta.

Elena, en un estado de embriaguez cada vez era más alarmante, se acercó para piropearlos y decirnos lo mucho que nos quería. Antes de volver a la pista de baile, agarró mi cubata y se lo llevó.

—Sé que estás preocupada por tu hermana —Abi cogió a Nuria de la mano—. Tiene algo importante que decirte. No puedo adelantarte nada. Te lo diré cuando esté preparada. Sé comprensiva con ella, no tiene culpa de nada.

—Me tiene desconcertada con su actitud.

—Todos necesitamos liberarnos de nuestras cadenas —dijo Abi dejándonos más perdidas de lo que estábamos—. Chicas, ha sido un placer conoceros.

Pero voy a tener que marcharme. Mis amigas me esperan, aunque están acostumbradas a que haga estas cosas.

Abi cogió mi teléfono móvil y grabó su número. Me pidió que la llamara al día siguiente para contarle cómo había ido la noche. Le agradecí lo que había hecho por nosotras. Nos dimos un abrazo y susurró: «Si no hacemos pequeñas locuras, ¿qué sentido tiene la vida?». Se perdió entre la gente y me quedé pensando en esa última frase. ¿Sería algún refrán oriental? ¿Un consejo para que fuera más impulsiva? ¿Lo habría sacado de otra película? Su encuentro había sido especial. Me había empapado de su vitalidad. Quería que algo de lo que había dicho llegaría a hacerse realidad. ¿Por qué no? ¿Acaso no lo merecía? Había vivido para Sergio durante cinco años. Pensando solo en él... Nadie me había obligado, pero la dedicación fue absoluta. Antepuse sus necesidades a las mías. Lo amaba con toda mi alma y me había pagado marchándose en cuanto vio la puerta abierta... ¡Claro que merecía todas las cosas que aseguró Abi! Elena se iba a quedar corta con la borrachera que pensaba cogerme. Necesitaba esa *noche salvaje* que se citaba en el letrero de la discoteca.

Nuria y yo fuimos a pedir otra copa porque la mía había sido secuestrada por Elena. Mi imaginación echó a volar. Fantaseé con el aspecto del príncipe azul que supuestamente iba a conocer en unas horas. Abi no describió su aspecto y me apetecía imaginármelo. Sería alto, rubio y de ojos claros. Con cuerpo de gimnasio y tableta de chocolate... No es que fuera superficial, ¡pero puestas a imaginar! Un perfecto caballero. Amable y atento. Miré a los hombres de alrededor para comprobar si alguno encajaba en el perfil. Lo único que me llamó la atención fue Elena que venía hacia nosotras con alguien que me sonaba mucho. Abrí los ojos como platos y tragué saliva al reconocer a la chica que iba de la mano de Elena, ¡Alguien que hacía muchos años que no veíamos!, ¡alguien del pasado! Como dijo Abi. Las piernas me temblaban mientras observaba a Elena que venía hacia nosotras dando pequeños saltitos

y acompañada de aquella chica que tanto conocíamos.

—¡Chicas!, ¿A qué no sabéis con quién me he encontrado? —anunció Elena.

—¡No me jodas! —exclamamos Nuria y yo al unísono.

Capítulo 4

Galán digital

20:23 h. Sábado 22 de junio

Unas horas antes nuestra salida nocturna, el destino, si es que existe, movía sus hilos en dirección a Zaragoza. En el vagón número uno del *AVE Madrid – Zaragoza* viajaba Salva Ramos, uno de los locutores de radio más famosos del país. Aunque su popularidad había ido en aumento gracias a un canal de YouTube que había abierto hacía varios meses (seis para ser exactos) regalando consejos sobre relaciones sentimentales, bienestar emocional y contando parte de su vida. O lo que es lo mismo, un galán digital con un buen papel aprendido y que repite como un loro en sus redes sociales un mensaje muy *happy flowers* para engatusar a miles de seguidoras que suspiran por todo lo que dice... y por su perfecto físico.

—Estoy de camino. —Salva miró su reloj—. Llegaré a Zaragoza en media hora más o menos. No te preocupes, cenamos algo en el hotel y a la una y media estamos en el local.

—Muy bien, Salva, te estará esperando en la estación una persona de producción con un taxi y te traerá al hotel. Si quieres, durante la cena podemos repasar el discurso —dijo Alex Monje, el jefe de la empresa de espectáculos que organizaba el evento.

—Alex, el texto me llegó en un PDF a mi correo y lo he leído en el iPad. No hay nada excepcional, en fin, es lo típico: «Estoy muy emocionado de presentar esta fiesta». «Subid fotos a las redes sociales y etiquetad el local». Y «Bebed en cantidades industriales»...

—Ja, ja, ja... Muy gracioso —dijo Alex irónicamente—. Es obvio que no te has leído el PDF, de lo contrario no estarías tan chisposo.

—No te entiendo... —susurró con la voz entrecortada—, ¿qué pasa?

—Ya le dije a tu representante que no te haría ni puta gracia y resulta que no te ha dicho que presentas con Salma.

—¿Qué? —exclamó Salva, bajó el tono de su voz al comprobar que los demás pasajeros lo miraban después de gritar—. ¿Es una broma, Alex? Tú no me harías esto.

—Yo no, pero Michel, tu representante, sí.

Salva tragó saliva, incluso sintió un pequeño mareo que no fue a más. Tardó unos segundos en reaccionar, no podía creer que esa noche vería de nuevo a Salma, su exnovia. Pensó en colgar y llamar a Michel para despedirle, pero ya estaba el contrato firmado y a punto de llegar a la ciudad donde presentaba el evento. Tenía que demostrar que era un profesional, como siempre, y que no le podía afectar su vida sentimental. Por muy escandalosa que hubiese sido su ruptura.

—¿Por qué crees que te pagan tanto por este evento? Porque después de siete meses la parejita de oro se va a volver a juntar. Te falta comunicación con tu representante.

—Dime que por lo menos no cenaré con Salma... —suplicó.

—En el contrato solo está firmado que presentaréis juntos el evento.

—Ok, Alex. Gracias —dijo derrotado.

—Salva...

—¿Qué?

—Siento haber sido yo el que te diera la mala noticia.

—No te preocupes, ha sido el *shock* inicial —mintió.

Era mucho más que eso, Salma era la culpable de muchas cosas que le habían pasado desde su ruptura. Ella era la responsable de que Salva abriera un canal de YouTube explicando a todo el mundo sus sentimientos y aconsejando a sus seguidores que primero teníamos que pensar en nosotros mismos y después en la pareja. De lo contrario, si dependíamos demasiado del ser amado, corríamos el riesgo de que este nos pisara el corazón. Como hizo Salma.

Salva se levantó de su asiento y fue al vagón del bar, necesitaba refrescar su garganta y moverse de donde estaba. Los nervios bailaban por todo su cuerpo, era un puto festival de adrenalina y pánico, todo muy agitado y a punto de explotar. Marcó el teléfono de su representante mientras pedía una cerveza bien fría al camarero.

—¿Estás loco? Maldito cabrón.

—Supongo que ya te has enterado... ¿Estás con ella? —respondió Michel.

—¿Solo se te ocurre decir eso? Tío me has vendido. ¿Cómo voy a poder fiarme de ti? No sé cómo voy a reaccionar cuando la vea... Además, aparecer en público con Salma puede dañar mi imagen.

—Al contrario, Salva. Relájate y piensa con calma. No te he vendido. Soy tu representante y mi deber es hacerte ganar mucha pasta y lo sabes.

—Pero no a este precio.

—Escucha —pidió Michel con picardía—. Es la ocasión perfecta para demostrar a tus seguidores que todo lo que dices en tu canal es cierto. ¡Es una publicidad exquisita! Salma y Salva juntos de nuevo. ¡Joder, si parece el reencuentro de un grupo musical de éxito de los noventa!

Salva frunció el ceño, odiaba que Michel metiera en cada frase que podía la palabra *exquisita*.

—No estoy tan seguro —dijo confuso.

—Hazme caso... No te he dicho nada porque no quería que dejaras pasar la ocasión. Después de esta noche tus seguidores y visitas aumentaran de forma considerable. Serás el tío que todo el mundo quiere ser y el novio que toda tía quiere tener.

—Me lo explicas mejor o abro la ventana del tren y me tiro...

—Salva, si demuestras que, después de siete meses, con todo lo que te hizo Salma y el escándalo que se formó en la prensa, eres capaz de perdonarla y presentar un evento con ella, ¡serás un héroe! Serás un hombre sensible, atractivo, compasivo y que sabe pasar página.

—Pero es que no sé si la he perdonado.

—Salva —dijo más autoritario—. Déjate de chorradas, joder, han pasado siete meses. Salma te puteó, lo sé yo y lo sabe toda España, pero le estás sacando tajada con tu canal de YouTube y tu despecho disfrazado como superación personal. Es trabajo y es un trabajo muy bien pagado. Además, la terapia de choque es la más efectiva, así que enfréntate a ella, dile lo que te dé la gana y presenta la dichosa gala. Es la fiesta de aniversario de una discoteca, no la vuestra.

—No, si aún te tendré que dar las gracias.

—Pues deberías, coño. El lunes, cuando veas tu cuenta corriente, seguro que me lo agradeces... Así que vete a cenar, tómate unas copas, presenta el evento con esa petarda y mañana te vuelves en el primer *AVE*. No creo que sea tan complicado, y ahora te dejo que tengo que hacer unas cosas.

Michel colgó sin dar más explicaciones. Salva agarró el vaso de cerveza y le dio un sorbo generoso. No sabía si su representante tenía razón o si era un sinvergüenza. No era la primera vez que le hacía faenas en los bolos que presentaba: que si le iba a acompañar al evento y después no podía ir, le juntaba varios eventos en la misma noche sin previo aviso... La verdad es que la paciencia se le estaba acabando y, aunque fueran amigos desde la infancia,

el viejo dicho de «donde hay confianza da asco» lo estaba aborreciendo. Dio otro trago a la cerveza y miró por la ventana. El paisaje se movía a la velocidad del tren, efímero, fugaz y despertando el atardecer. Vio su reflejo en el cristal de la ventana, estaba tan acostumbrado a verse en los vídeos de internet que se sabía su imagen de cabo a rabo. Pero algo fallaba en ese reflejo, esta vez no sonreía como en la mayoría de sus vídeos. Era un hombre derrotado, golpeado por los recuerdos de una relación que le hizo daño, que aún no había superado y, que por mucho que presumiera en sus vídeos de independencia emocional, era incapaz de perdonar la traición de Salma.

—Vendes humo —susurró a su reflejo.

Pero entonces le vino a su mente los cientos de comentarios que recibía a diario de sus seguidores dándole las gracias por sus consejos. Animándole a seguir, porque inspiraba a los demás a ser más felices y menos dependientes. Confesándole que, gracias a sus palabras y a compartir con ellos sus experiencias, se valoraban y se querían más. En ese momento su reflejo le devolvió la sonrisa. No vendía humo, esa idea era efímera como el paisaje que se difuminaba por la velocidad del tren. Él había avanzado, no seguía en el mismo punto que estaba cuando Salma lo destrozó sin piedad. No la había perdonado, pero era mejor persona, menos frívolo y había descubierto la felicidad que le aportaba ayudar a los demás.

Ya estaba casi concienciado: esa noche vería de nuevo a Salma. ¿Se desmoronaría?, ¿le echaría en cara su traición?, ¿sería frío y distante con ella? No tenía ni idea. Iba a ser profesional, realizaría su trabajo con eficacia, como siempre lo había hecho. No aprovecharía la oportunidad para mostrarse de forma artificial junto a Salma delante de sus seguidores. Tampoco haría como si no hubiera pasado nada.

Dio otro sorbo a la cerveza, que estaba más caliente, y chasqueó la lengua.

Pensó en la posibilidad de despedir a Michel, esta vez se había pasado de la raya. Ocultarle que presentaría el evento con la mujer que le humilló en público no era actitud propia de un buen representante y menos de un buen amigo.

Volvió a su asiento y se dejó caer con soltura. De repente sonrió otra vez... una sensación extraña recorrió su cuerpo... Sentía curiosidad por volver a ver a Salma.

Capítulo 5

La Mami

01:08 h. Domingo 23 de junio

90 pulsaciones por minuto (¡ha vuelto el pasado!)

Nivel de ansiedad: 9

Nuevos likes en Instagram: 873 (lo he mirado hace un rato)

Relación con los hombres: ahora mismo tengo miedo de todo.

No había dudas, el pasado estaba otra vez aquí. Hacía dos años que no la veíamos. Mis pulsaciones estaban desbocadas, no solo por encontrarnos de nuevo con ella, sino porque la primera predicción de Abi se había cumplido. Esa persona del pasado que volvía a ver era ni más ni menos que ¡Fiona!

—¡Chicas! ¡Qué sorpresa tan ideal! —exclamó Fiona levantando los brazos—. Qué alegría me he llevado al ver a Elena, pero cuando me ha dicho que estabais con ella ha sido ¡ideal!

Nuria y yo nos miramos y forzamos una sonrisa. Nunca la habíamos soportado, siempre detrás de nosotras desde que nos conocimos en el instituto. Nos irritaba su voz de pito, sus gafas finas y de alambre y que siempre quisiera apuntarse a nuestros planes. No nos caía bien y por más que le

diéramos esquinazo no captaba nuestras indirectas. Pero una vez terminado el instituto no la volvimos a ver, salvo en la fiesta *Remember* de clase hace dos años, y no es que pudiera tener un buen *remember* de nosotras porque apenas le prestamos atención. No es que fuéramos de *guays* o rollo *Gossip Girl*, simplemente no nos caía bien. Era irritante, agotadora y descarada.

—Fi... Fiona —alcanzó a pronunciar Nuria—. ¡Cuánto tiempo!

—¡Eso dije yo! —coincidió Elena borracha—. Me ha dado mucha efusividad verla...

—Creo que eso no se dice así —intenté corregir a Elena, pero esta me ignoró.

—... Y le he dicho: «¡Vente con nosotras que hoy es mi falso cumpleaños!».

—¡Y aquí estoy! —Levantó aún más los brazos e inclinó el culo hacia un lado.

¡Cuánto me irritaba la jodida! A veces me preguntaba si lo hacía a propósito. Nuria agarró a su hermana y le dijo que Fiona no podía venir con nosotras, intentó hacerle entender que no era una buena idea que se apuntara a nuestra fiesta. Elena comenzó a protestar y le dio una rabieta de niña pequeña; su hermana no daba crédito a lo que estaba viendo. Nunca había presenciado semejante comportamiento en su hermana menor. Le dieron ganas de propinarle una bofetada. Fiona se percató y quiso apaciguar la situación, abrió su bolso y nos mostró unas entradas.

—¡Chicas! Sé que ha sido un impacto volver a reencontrarnos y verme tan fabulosa. Así que puedo mejorar la cosa aún más... —Se quedó unos segundos callada esperando a que le preguntáramos qué estaba tramando o simplemente por tocar las pelotas—. ¡Tengo entradas vips para la fiesta de aniversario de la Discoteca Imperial! ¡Van a estar Salma y Salva Ramos!

Nuria apartó la mirada de su hermana y quedó hipnotizada por el

movimiento de las entradas que Fiona sacudía en su mano. Acto seguido me miró y me pidió perdón con los ojos.

—¡Joder, Fiona! ¡Qué alegría verte! —mintió como una perra.

—¡Yo también me he alegrado mucho! —le devolvió el cumplido Fiona—. Así que, antes de ir a la discoteca, vamos a celebrar el falso cumpleaños de Elena y me invitáis a un mojito, ¿no?

Esa era Fiona, no había cambiado. Tan descarada como siempre y con el lema «yo te doy si tú me das». Sí que había cambiado físicamente, estaba más delgada. Había dejado sus horrorosas gafas metálicas por unas ideales de pasta color rosa. Se había cortado el pelo y teñido de un rubio casi platino. Tengo que reconocer que estaba guapa, pero seguía igual de toca narices que siempre.

Mientras hacíamos tiempo para ir a la fiesta de la Discoteca Imperial y tomábamos unos mojitos, que Fiona no pagó, claro está, nuestra *amiga* del pasado nos contó cómo había cambiado su vida. Intentó estudiar Diseño de Interiores, pero el primer año lo dejó porque le parecía un «coñazo» y «poco ideal». Así que se formó en moda y tendencias realizando varios cursos *online* y hace un año se montó una tienda de ropa en el centro de la ciudad. Su nombre no podía ser otro: Ideal. Me sorprendió en cuanto lo dijo porque había oído hablar muy bien de la tienda y ni de broma pensé que podía ser la propietaria.

—Colaboro mucho con Imperial y a veces les presto ropa para *performance* y eventos. Así que como estoy un poco enchufada me han regalado varias invitaciones vips para la fiesta de esta noche y me maravillaría ir con mis amigas del insti.

—Y nosotras te acompañamos encantadas —añadió Nuria.

—Claro que sí... —dijo Elena.

A la única que no le parecía buena idea era a mí. Claro que me apetecía ir a esa fiesta tan glamurosa, pero no con Fiona. Por otra parte, sentía curiosidad por conocer a Salma, una popular *influencer* que marcaba las tendencias en lo que se iba a llevar o no. Su popularidad había ido en aumento después del escándalo de la ruptura con Salva Ramos, que me parecía un tipo arrogante que no sabía afrontar una separación o que una mujer pasara de él. Era patético verle en YouTube contando sus experiencias amorosas, lo mal que lo había pasado al romper con Salma y que, gracias a ver lo cruel que ella había sido con él, había aprendido a valorarse más. Populismo y victimismo rancio. Creo que Fiona y Salva me caían igual de mal. A Fiona la conocía de sobra y me sacaba de mis casillas, y a Salva no me hacía mucha ilusión conocerlo... Por sus vídeos me resultaba un hombre sin personalidad. Estaba muy bueno, eso no lo podía negar. Era un hombre muy atractivo, me pareció leer en internet que tenía treinta y cinco años. Se cuidaba mucho, tenía el pelo corto y castaño y los ojos color miel. Su mandíbula era muy viril y en los vídeos parecía alto... A ver, me caía mal... pero tonta no era, el chico era muy guapo.

Nuria comenzaba a emocionarse de más y es que le podía lo vip y las *celebrities*. No paraba de decir que quería hacerse *selfies* con Salma y Salva. Pidió otra ronda de mojitos. Fiona nos forzó a brindar, aunque tampoco nos costó mucho esfuerzo. «¡Por la amistad!», gritó.

A la una y media salimos de Noche Salvaje para dirigirnos a la fiesta de Imperial. Fiona había quedado con una amiga para ir a la discoteca. No quiso desvelarnos quién era, pero nos garantizó que nos íbamos a sorprender. A los pocos minutos de estar esperando, se acercó a nosotras un Audi Cabrio descapotable color rojo y enseguida reconocí a la mujer que lo conducía. Me dio un vuelco el corazón. Ya no quería ir a la fiesta, pero no tenía otra opción. Se detuvo el coche a nuestro lado.

—¿Qué pasa, pedazo de zorras?

—¡Mamiiiiiiii! —gritaron Elena y Fiona al compás.

Estaba un poco asustada, mejor dicho, estaba acojonada. Había venido a buscarnos Noemí, conocida como la Mami. Nuria y yo nos quedamos inmóviles, pero Nuria, ilusionada con la fiesta vip, saludó a la Mami y gritó: «¡Fiesta!».

Yo me quise morir.

Capítulo 6

Y si la cosa funciona

01:40 h. Domingo 23 de junio

90 pulsaciones por minuto (necesito menos mojitos y más tilas)

Nivel de ansiedad: 9 (¿cómo lo disminuyo?)

Nuevos likes en Instagram: no estoy haciendo caso a las redes, demasiados sobresaltos.

Relación con los hombres: estoy empezando a quererlos más...

La Mami representaba todo lo que yo no quería ser: una mujer de cuarenta y tantos años, casada y con dos hijos, hasta ahí todo bien. Lo que no me gustaba tanto era que, a pesar de estar casada y con hijos, seguía saliendo de fiesta y liándose con tíos. No había tenido mucho trato con ella, pero su fama la precedía y no tenía ganas de intimar ni de ir a una fiesta vip con la Mami. La noche se estaba torciendo y mis ganas por irme a casa iban en aumento. Recordé las palabras de Abi y su predicción sobre que esa noche iba a encontrar al amor de mi vida. Había acertado con el reencuentro del pasado, tal vez tenía que ser un poco paciente e irme con mis amigas, Fiona y la Mami a la fiesta vip. Cerré los ojos, suspiré, los abrí de nuevo, volví a forzar mi sonrisa y saludé a la Mami. Subimos al Audi, que era precioso, y nos fuimos.

La Mami conducía con cautela, el volumen de la música era alto y sonaba *reggaeton* en plan *Bájame el pantalón y seremos felices los cuatro*. Nosotras éramos cinco, pero me tentaba irme a casa y que fueran cuatro. Elena se empeñó en sentarse delante y Nuria, Fiona y yo íbamos en la parte de atrás. Fiona estaba en medio de nosotras y no dejaba de berrear las espantosas letras de las canciones latinas. La tía se sabía todas. Elena pidió a la Mami que parara el coche porque había bebido mucho y se estaba orinando.

—¿Por dónde vamos? —consultó la Mami.

«Cómo si no supieras ir a la discoteca más popular de Zaragoza», pensó.

—Yo iría por el centro —se adelantó a decir Fiona.

—Creo que por el centro habrá atasco —señaló Nuria.

—¡Qué va! Son casi las dos de la mañana, es imposible que haya atasco —insistió Fiona.

—Pero es la fiesta de Imperial, seguro que hay mucho tráfico.

—¡Que no, joder! —exclamó Fiona y se dirigió a la Mami—. Ve por el centro que no habrá atasco.

—¡Pues vamos por el centro! —dijo con alegría la Mami.

¡Pues toma atasco que nos comimos! Nuria tenía razón, al ser la fiesta de Imperial las calles del centro estaban hasta arriba de coches. La Mami redujo la velocidad con brusquedad y se sumó a la hilera de coches que esperaban para entrar al aparcamiento de la discoteca. Estábamos a un kilómetro de distancia.

—Joder, has frenado tan fuerte que casi me meo —dijo Elena—. Para, que bajo.

—Te aguantas —le riñó Nuria—. Estamos en medio de la ciudad y no te vas a poner a mear en la calle.

—No querrás que reviente la muchacha —la acusó Fiona.

—No, quiero que se comporte, que menuda noche lleva.

—No sé qué he hecho, hermana, porque gracias a mí estás metida en un Audi descapotable, con dos de las mujeres más *guays* de la ciudad y en dirección a una fiesta vip con famosos.

—Me parece muy bien, Elena, pero no creo que sea lo más idóneo que te bajes del coche para orinar en la calle —defendí a Nuria.

—Ana tiene razón —dijo Fiona—. Mear en la calle es poco ideal.

Elena cruzó los brazos y se acomodó con desdén en su asiento. Yo intentaba buscar la mirada a Nuria para señalarle que todo esto me parecía una auténtica locura; Fiona, la Mami, *reggateon*, un descapotable y una fiesta vip. ¡Ni que estuviéramos en un videoclip de Maluma! La Mami se quejaba de que avanzábamos muy lento por culpa del atasco y decidió retocarse los morros. Sacó un pintalabios color rojo pasión de la guantera del coche y se miró en el espejo del retrovisor. Parecía un camaleón, con un ojo miraba de refilón la carretera y con el otro se concentraba en retocarse mientras conducía a cinco kilómetros por hora. Todo iba bien hasta que se le resbaló el pintalabios. ¡Lógico y normal! No se puede estar conduciendo y retocándose a la vez. Hizo un gesto para intentar cogerlo al vuelo, con tan mala suerte que el coche que teníamos delante de nosotras frenó. La Mami se asustó y tuvo el acto reflejo de pisar el pedal de freno, pero ya era tarde. Chocamos con poca fuerza contra el coche delantero. Nos sacudimos con cierta intensidad a pesar de que fue un golpe muy leve. Me dolió notar el cinturón de seguridad clavándose en mi pecho y en el hombro, pero no fue nada exagerado. Quizás me alarmé más por el susto que por el propio golpe.

—¡Mierda! ¡Ya lo habéis conseguido! —exclamó Elena enfadada—. ¡Me he meado encima!

La hermana pequeña de Nuria no pudo evitar dejarse llevar cuando se

produjo el impacto. El golpe del cinturón de seguridad contra su estómago le ayudó a realizar sus aguas menores. Fiona comenzó a reír; el grito de una urraca era menos estridente comparado con su carcajada, pero su risa fue tan contagiosa que todas la acompañamos. Había sido divertido, del sobresalto pasamos a las risas. Por un instante olvidé que estaba con dos tipas que apenas soportaba y me dejé llevar por la comicidad del momento.

—Menuda mancha llevas en el vestido —señaló Fiona, que se había incorporado para no perderse el *show*.

—¿Estáis bien, chicas? —preguntó la Mami—. Voy a hablar con el conductor del otro coche para disculparme y hacer los papeles. Elena, tengo unos vaqueros y unas camisetas en el maletero, no son nada del otro mundo, pero te servirán para no ir por la fiesta paseándote como si te hubiesen hecho la lluvia dorada. Coge lo que más te guste y cámbiate de ropa.

Mientras la Mami arreglaba los papeles con el conductor del vehículo con el que habíamos chocado, nosotras continuamos con las risas. Nuria le preguntó a su hermana si se encontraba bien, esta le restó importancia al incidente y se levantó para coger la ropa del maletero que la Mami le había ofrecido. Fiona nos pasó los brazos por la espalda a Nuria y a mí y dijo: «Os echaba en falta, chicas. Esto es solo un pequeño aperitivo de cómo lo vamos a pasar esta noche».

En ese momento intenté resetear mi mente, alejarme de los prejuicios que tenía contra Fiona y la Mami y disfrutar del momento. ¡Hacía mucho tiempo que no me reía tanto! Además, salir con ellas no significaba que fuéramos a ser amigas... Parecían divertidas y un poco alocadas, justo lo que empezaba a necesitar aquella noche. Así que cerré los ojos, levanté mi brazo derecho con el puño cerrado y grité:

—¡Hacemos unas fotos y la subimos a Instagram!

Capítulo 7

¿Hay vida después del amor?

22:40 h. Sábado 22 de junio

Salva Ramos había salido hacía unos minutos de la ducha de la habitación del hotel. Miraba desde el ventanal de su cuarto con una copa de ron con hielo en la mano, todavía tenía la toalla enroscada al torso, su espalda húmeda y el pelo mojado. Lo había intentado desde que puso los pies en Zaragoza, deseaba con todas sus fuerzas que no le afectara que Salma presentara el evento junto a él, pero era más complicado de lo que pensaba. Un dolor horroroso le azotaba al estómago y se notaba incluso torpe. No era el mismo de siempre, se recordó como en los primeros días después de cortar con Salma: triste, apagado y sin ilusión. Pasaron por su mente aquellas semanas de letargo maldiciendo su suerte, sintiéndose un desgraciado y extrañando a Salma. Pero ella se había ido. Le había humillado en público, de la forma más estrepitosa, y lo había apartado de su camino. Salva lo había aceptado, aunque pensar en la posibilidad de ver a la persona que le hundió le hacía flaquear.

Lanzó un suspiro al aire e intentó concentrarse en todo lo que había conseguido desde que rompieron. Quizás Salma no fuera de fiar, pero en estos meses había aprendido a ver el lado bueno de las cosas. No solo lo había aprendido, sino que también supo ponerlo en práctica. Recordó una tarde de

esas en las que no quería saber nada del mundo, necesitaba beber algo de alcohol que tuviera en casa, pero no quedaba nada. Dudó entre prepararse un cubata con agua oxigenada y cola, por no salir de su refugio, o ir a una tienda a comprar provisiones para aquella tarde y el resto de la semana. Era finales de octubre, así que agarró una chaqueta y se dirigió a la tienda más cercana. «Un poco de luz me vendrá bien», pensó. En su paseo algo llamó su atención, a través del escaparate de una librería vio a un grupo de gente que prestaba atención a una mujer que daba una especie de conferencia. Rápidamente buscó con la mirada algún folleto informativo para saber por qué la gente prestaba tanta atención. A su derecha leyó en un cartel pegado en el escaparate:

Presentación y conferencia de
Catalina Bustamante
Nuevo libro
Dependencia emocional
¿Hay vida después del amor?

Inmediatamente le vino a su mente la canción *Belive* de Cher, pero algo le sedujo más que el título de la obra: las personas que prestaban atención a Catalina sonreían y se las veía felices. Salva pensó que no tenía nada que perder; podía entrar, intentar prestar atención y escuchar algún consejito que le regalara la autora o marcharse a por sus botellas de licor. Empujó la puerta de la librería y discretamente se sentó en una de las sillas del fondo del local. Catalina era una mujer atractiva, con el pelo castaño y ondulado, de unos cuarenta años y con el cuerpo definido y estilizado. Cuando se sentó quiso reconocerla, le sonaba que podía ser colaboradora de programas de actualidad en televisión y radio. Se sintió cautivado por Catalina, no era por su atractivo físico, sino por la actitud poderosa que mostraba, su seguridad, su forma de hablar; Catalina se quería a sí misma y no vendía un mensaje. ¡Estaba totalmente convencida de lo que decía! Afirmaba que debemos de liberarnos del apego, ya que es la fuente principal de los problemas en una relación.

—El apego es una adicción —sentenció Catalina—. Depender de una persona es anularse a sí misma; es lo mismo que cavarnos nuestra propia fosa. Tenemos que ser afectivamente libres para amar de una forma más saludable y disfrutar de lo bueno de una relación. Nunca debemos dejar de ser nosotros mismos por otra persona.

Esas palabras resonaron en la cabeza de Salva como si fueran un mantra. Nunca había visto el amor desde esa perspectiva o, mejor dicho, nadie le había explicado cuál era la causa de su sufrimiento: él mismo. Salva se negaba a reconocer que Salma ya no era su pareja; la odiaba, la amaba, quería gritarle, volver con ella... Era una peligrosa mezcla de sentimientos que nunca había puesto a la palestra, pero en ese momento y gracias a las sabias palabras de Catalina Bustamante, se dio cuenta de que él tenía la llave para salir de aquella tortura. Y eso hizo, después de la conferencia, compró el libro y se acercó a que la autora se lo firmara. Mantuvo una interesante conversación con Catalina y le expuso su situación. Catalina reconoció a Salva, no solo por ser locutor de radio, sino por todo el escándalo sucedido con Salma hacía apenas unas semanas. Le recomendó que tenía que desapegarse de su expareja y comenzar a vivir la vida con él como protagonista, como el único y verdadero protagonista.

Cuando Salva llegó a casa devoró el libro con fervor y se olvidó de la *autopena*, del apego y del alcohol. Tenía mucho que contar. Sintió que Salma era parte de un pasado oscuro y lejano, ahora él era el protagonista de su historia y no quería perder el tiempo lamentándose con la ruptura.

Se sentía renovado, ¡liberado! Llamó a su amigo y representante Michel y le contó todo lo que había pasado. Michel no entendía nada de lo que le decía Salva, pero notó a su amigo con ánimo y, por primera vez en mucho tiempo, feliz. Michel celebró que regresara al mundo de los vivos y con una mala excusa le dijo que tenía que colgar.

Después Salva se preparó algo para cenar, era la una de la madrugada, pero

con la actividad de la tarde y la lectura el tiempo se le había pasado volando. Hizo un poco de pasta con verduras y justo cuando estaba preparando la mesa se le ocurrió la gran idea: ¿por qué no abría un canal en YouTube para contar cómo se sentía? Y así empezó todo. El *boom* fue espectacular porque estaba muy reciente la frenética ruptura con Salma y todo el mundo quería saber cómo estaba. Fue un gran éxito de visitas con más de un millón de reproducciones en cada vídeo que subía. Salva se sentía realizado al compartir sus experiencias. Michel tiritaba de emoción con las propuestas de los patrocinadores. En tan solo unos meses estaba a la cabeza de los *influencers* del país y todo lo que hacía era seguido, compartido y comentado por miles de seguidores.

Alguien llamó a la puerta de la habitación del hotel y trajo de nuevo a Salva a la realidad. Dio un trago al ron, que estaba aguado y abrió la puerta. Se encontró con Alex, uno de los promotores del evento de aquella noche, el mismo que se había encargado de hacerle saber que presentaba el evento con Salma. Llevaba una bandeja en las manos.

—Te traigo algo de cenar —dijo sonriendo—. Como no has querido bajar, he pensado que tendrías hambre.

Alex era un buen tío, había trabajado en varias ocasiones con él y le gustaba hacerlo. Era profesional y atento, sabía cómo tratar a la gente y eso le satisfacía a Salva.

—Muchas gracias, Alex. No tengo mucha hambre —cogió la bandeja—. Pero te lo agradezco igual.

—Ya me imagino que la noticia te ha quitado el apetito...

—Bueno... En parte sí, pero después de la ducha ya me está entrando hambre —mintió—. ¿Quieres una copa de ron?

—Ojalá tuviera tiempo, pero tengo que irme a Imperial a ocuparme de que esté todo listo para cuando lleguéis.

—Tú te lo pierdes —bromeó Salva.

—Luego me tomo una contigo —dijo en tono guasón—. Salva, no permitas que Salma te estropee la noche, ¿lo captas?

Salva sonrió y asintió con la cabeza. Alex se despidió y cerró la puerta. Una vez solo en la habitación echó un vistazo a lo que había en la bandeja, un sándwich vegetal y una ración de patatas fritas. La puerta volvió a sonar.

—¿Quieres tu vaso de ron con hielo? —bromeó en voz alta Salva antes de abrir la puerta.

Pero la broma pasó al drama en cuanto vio que no era Alex quien llamaba de nuevo, sino Salma.

Capítulo 8

Poco tacto

02:08 h. Domingo 23 de junio.

80 pulsaciones por minuto (perfecto para una noche de fiesta)

Nivel de ansiedad: 7 (con ganas de bailar y pasarlo de maravilla)

Nuevos likes en Instagram: 1100 desde que nos hemos hecho las fotos en el descapotable y en la puerta de Imperial.

Relación con los hombres: detesto a Sergio.

Acabábamos de entrar en la sala vip de la discoteca, el evento todavía no había empezado. Todos comentaban que se estaba retrasando, pero nadie sabía el motivo. Después del incidente con el coche, la Mami solucionó el papeleo. «Tengo seguro a todo riesgo así que le he dado el contacto de mi compañía y que lo solucionen entre ellos. De todas formas, solo ha sido un rasguño», dijo sin agobios. Me sorprendí de su apaciguada reacción, porque si me hubiera pasado a mí me hubiera vuelto loca, pero la Mami volvió al coche, subió la música y arrancó. Estuvimos unos quince minutos en el atasco hasta que llegamos al aparcamiento de la discoteca. En la puerta, un tipo de casi dos metros de alto y más musculado que Jason Statham nos pidió las entradas, Fiona le enseñó con soltura los cinco pases vips y *Mr. Musculitos* llamó a un compañero suyo que nos llevó hasta la tan deseada zona privada de Imperial.

Imperial es una discoteca moderna con un toque minimalista y se divide en dos alturas. La zona de la planta calle es una gigantesca pista para bailar y al fondo está ubicado un escenario donde hacen conciertos, pinchan DJ, realizan eventos... Esa noche la fiesta la presentaban Salma y Salva Ramos, el evento tenía que haber empezado a la una y media, pero no se sabía cuándo iban a aparecer los maestros de ceremonias, y la expectación era máxima. La sala de arriba era la zona vip, estaba reservada para los *influencers* de moda, famosos y la gente con pasta. Contaba con sofás, pequeñas mesas bajas distribuidas por toda la zona, ideales para apoyar las bebidas, y butacas con un estilo retro. Nosotras estábamos ahí con todos los personajes, blogueros, actores y gente de renombre de la ciudad. Imperial era la leche, pero en la zona vip era la *releche*. Intenté no parecer una chiquilla de pueblo y pude controlar mi excitado estado de ánimo.

—Menos mal que he meado en el coche porque, si no, lo hago aquí —dijo Elena—. ¡Esto es una pasada! ¿Las copas también son gratis?

—Tengo boletos para dos bebidas para cada una —dijo Fiona mientras nos los entregaba.

Puede que hubiera prejuzgado a Fiona con ligereza, no era la chica plasta y metomentodo que recordaba. Al contrario, era una mujer divertida y que quería que todo el mundo o, por lo menos, nosotras cinco lo pasáramos de maravilla.

—Con lo maja que es ahora Fiona, me siento mal por las veces que le hemos dado esquinazo —susurré a Nuria.

—Yo también —dijo en voz baja.

—O puede que no os molestarais en conocerla mejor —nos regañó Elena—. Cuando queréis, podéis ser muy petardas.

La reprimenda de Elena nos pilló por sorpresa. Pensábamos que no nos

escuchaba nadie, pero ella estaba muy cerca de nosotras y nos oyó.

—Ya te ha dicho la vidente esa que tienes que ser más comprensiva y menos rencorosa. —Señaló a su hermana.

—A mí no me ha dicho que sea menos rencorosa —se defendió Nuria.

—¡Pues te lo digo yo! —exclamó Elena con cierto síntoma de embriaguez y se fue corriendo con Fiona y la Mami, que estaban por delante de nosotras.

Nuria y yo acordamos que esa noche íbamos a dar una oportunidad a Fiona por su muestra de buena fe y a enterrar el pasado y el rencor. Pedimos cinco mojitos y nos sentamos en uno de los sofás de la sala. Fiona propuso un brindis.

—¿Por qué brindamos? —preguntó.

—Por la rencorosa de mi hermana, que la van a ascender, y por la sosa de Ana, que va a encontrar a su amor esta noche —vomitó Elena.

—No me jodas, Elena —dijo Nuria ligeramente molesta—. No es seguro lo del ascenso.

—Bueno, pues lo celebramos y, si te ascienden, será perfecto y, si no te ascienden, ¡que te quiten lo bailado! —bromeó la Mami quitando hierro al asunto.

—Tienes razón —Nuria no quiso tensar el ambiente—, pero no lo digáis a nadie.

—No te preocupes, no diremos nada —aclaró Fiona y se giró hacia mí—. Ana, ¿Tú no tenías novio? ¿Qué es eso de que vas a encontrar a tu amor esta noche?

—¡Qué va! Cortó con él porque no podía controlarlo —se adelantó a decir Elena.

Todas nos quedamos calladas, Elena se había ido de la lengua de una forma un tanto brusca. Yo enmudecí, me sentí humillada (delante de dos personas que

consideraba inferiores a mí). Estuve a punto de echarme a llorar y salir corriendo al baño.

—¡Pues que le jodan! —exclamó Fiona—. Siempre he dicho que es mejor tener un perro que un novio. Un perro es más fiel que un hombre y, si le llevas a clase, se puede controlar. A un tío ni aun así.

Con broma de Fiona comenzamos a reír las cinco. Elena pidió disculpas por el poco tacto que había tenido al contar mi ruptura. Fiona y la Mami se preocuparon por saber cómo estaba y me ofrecieron su apoyo. Empezaba a equilibrar la balanza y no me resultaban ni tan inferiores ni tan repelentes y, mucho menos, tan diferentes a mí.

—Los tíos son así, en cuanto ven que la relación se pone seria, salen cagando leches —aseguró Fiona—. Además, lo conozco poco. Sergio me cae fatal, es un soso y te mira por encima del hombro. No para verte las tetas sino porque el muy gilipollas se cree mejor que los demás. Y no sé dónde he leído que eso es síntoma de que la tienen pequeña.

Tragué saliva y dudé sobre si lo que acababa de decir Fiona era una indirecta por mi anterior actitud con ella o pura casualidad. Tenía que ser consciente de que en el pasado habíamos sido desconsideradas al dejarla de lado, aunque su comportamiento con nosotras siempre fuera sumiso y gentil. Di un sorbo a mi mojito y me uní a las risas del grupo. Miré a Nuria que estaba disfrutando de lo lindo y riendo sin parar.

Entre las divertidas ocurrencias de Fiona, las alocadas respuestas de Elena, los mojitos y las conversaciones con Nuria y la Mami la noche estaba siendo de lo más entretenida. Y que criticaran a Sergio me daba un poquito de *gustirrinín*.

Capítulo 9

Te lo debo a ti

22:55 h. Sábado 22 de junio

Salva se quedó petrificado al comprobar que la que llamaba a su puerta era su exnovia, la mujer que le había partido en dos el corazón, la persona a la que había evitado ver por temor a volver a enamorarse, la diosa que nublaba sus sentidos cuando la tenía delante... Pero esta vez notó algo diferente al verla, como un bofetón en la cara... Estaba preciosa con su piel morena, su larga cabellera rubia, sus pechos prominentes y el vestido blanco ibicenco y ajustado que llevaba.

—Salva... —susurró Salma.

—¿Qué haces aquí?

—Quería verte, por lo menos antes de presentar el evento... ¿Puedo pasar?

—¿Has venido con él? —Salva fue directo al grano.

—Déjame pasar, por favor.

Para él era complicado resistirse a lo que pidiera ella. Se sujetó bien fuerte a la puerta por si le fallaban las fuerzas e hizo un gesto con la cara invitándola a entrar.

—Dame un minuto, voy al baño a vestirme.

Salva cogió un bóxer, un pantalón y una camisa de su maleta y se dirigió al baño. El corazón le iba a mil, no daba crédito a lo que estaba sucediendo. ¡Salma estaba en su habitación! Hizo unas respiraciones profundas mientras se vestía para intentar relajarse. Una vez vestido se miró en el espejo, vio reflejado al hombre de sus vídeos, al tipo que tenía superado su ruptura. Estaba seguro de sí mismo y no iba a permitir que Salma lo pisoteara de nuevo. Abrió la puerta del baño y salió. Ahí estaba ella, sentada sobre la cama, con su cara angelical y de niña buena. Pero Salva sabía que de buena tenía poco.

—¿Qué quieres, Salma? —dijo bruscamente.

—Siéntate conmigo —le susurró.

—No tengo ganas de sentarme. Dime para qué has venido o te vas.

—Salva, quiero pedirte perdón. Fui muy cruel contigo, pero fue sin querer.

—Parecía sincera.

—¿Sin querer? —repitió con sarcasmo—. Salma, te pillaron follando con mi hermano en los baños de una discoteca, las fotos salieron por todas partes y yo me enteré en mi casa por una foto en Instagram.

—No quería que te enteraras así... —replicó arrepentida.

—Ah, bueno, pues entonces no pasa nada. Ya está todo aclarado, no querías que me enterara así y fue sin querer...

—Salva, no seas cruel. Tu hermano y yo pasábamos mucho tiempo juntos, había *feeling* y nos enamoramos. Queríamos decírtelo, pero entonces nos pillaron en el baño y no pudimos hacer nada.

—No, Salma. —Se inclinó hacia ella—. Claro que podíais haber hecho algo, podíais no haber follado en aquel baño, podíais haberme respetado... ¡Claro que pudisteis hacer muchas cosas! Pero no quisisteis.

—No he venido a discutir contigo —dijo Salma un poco más nerviosa—, solo a disculparme para que todo vaya bien en el evento.

—Ahora me cuadra todo. —Salva la señaló—. A ti solo te importa el

dinero, la fama y los medios de comunicación. Has venido para asegurarte de que no te monto un numerito en medio de la presentación. A eso has venido, ¿verdad? Pues, Salma, ya no soy el ridículo hombrecillo al que podías controlar. Mira mis vídeos de YouTube y lo sabrás.

—No he venido a eso —se intentó defender de la acusación de su expareja.

—Vete con mi hermano —miró el reloj—, aún quedan casi dos horas para la presentación, os da tiempo a follar por algún servicio público del hotel.

Se arrepintió en cuanto lo dijo, pero se hizo el duro. Salma se limpió las lágrimas que caían por sus mejillas, antes de salir por la puerta se volvió y dijo:

—Ya veo que has cambiado, Salva. De ser un buen tío ahora eres rencoroso y cruel.

—Salma, como dijo Alejandro Sanz: «Te lo debo a ti». Ah, y no te prometo que me comporte en la presentación.

Capítulo 10

Mesa redonda

02:28 h. Domingo 23 de junio

70 pulsaciones por minuto

Nivel de ansiedad: 2

Nuevos likes en Instagram: 807 (normal, ya es un poco tarde)

Relación con los hombres: no me importaría relacionarme con alguno de los que hay por aquí.

Fiona nos reunió a todas en una mesa redonda de la sala vip a la que le rodeaba un sofá banco acolchado con forma de U. Todas teníamos nuestros mojitos, excepto la Mami, que se pidió un refresco, tenía que conducir y prefería no tomar nada de alcohol, además, según ella, con unas risas y unos bailes tenía más que suficiente.

El ambiente era relajado, el *show* aún no había comenzado y nosotras conversábamos entre broma y broma. La sala vip estaba concurrida, pero no llegaba a saturar. No había exceso de gente. La mayoría de las chicas vestían muy elegante con vestidos llamativos en formas y colores y no paraban de hacerse fotos para subir a sus redes sociales. Los hombres llevaban vaqueros, zapatos y camisas. ¡Todos iguales! Siempre me había preguntado cómo eran las salas exclusivas donde solo podían acceder unos cuantos privilegiados. Mi

lugar no era ese. Es más, si no estaba detrás de una barra sirviendo copas para poder pagar el alquiler del piso, como hacía antes de conocer a Sergio, estaba en la pista de baile con la gente «no vip», apretada y con poco espacio para bailar. La zona privada era como si hubiera llegado a un local precioso antes de que abrieran y tuviera todo el espacio del mundo para poder hacer lo que quisiera. Ese no había sido mi lugar hasta ahora, pero podía acostumbrarme rápido.

—¡Vamos a contarnos cómo nos ha ido la vida! —propuso Fiona—. Hace tiempo que no nos vemos y, excepto de Elena y la Mami, no sé nada de vosotras.

—¿De Elena qué vas a saber si te la has encontrado esta noche? —preguntó Nuria sorprendida.

—¡Bah! Pero está tan borracha que me ha contado toda su vida en el rato que llevamos juntas —dijo Fiona con elocuencia—. Venga, Nuria, por listilla, empiezas tú. Pero nos lo cuentas sin recriminaciones ni rencores.

Esa última frase de Fiona me sonó extraña. ¿Sin rencores? ¿Qué quería decir?

—Después del instituto —comenzó Nuria—, estudié Filología Hispánica y me especialicé en Literatura. Siempre me ha encantado leer y escribir, así que envié mi currículum a distintas editoriales y me fichó la editorial de mis sueños.

—Todo eso está muy bien, cariño. Y la semana que viene te van a ascender... ya lo sabemos —la interrumpió Fiona—. Háblanos de cómo vas con el amor.

—¿Con el amor?! —Se sorprendió Nuria—. Pues lo tengo más presente en la ficción de los manuscritos que leo y corrijo que en la vida real.

—No me digas que con lo buena que estás no estás saliendo con nadie.

—Tontea con Julián —se me escapó—. Un tío que está muy bueno, pero es

un jeta y está casado.

—Vaya, vaya con Nuria... ¿Te van los casados? —bromeó Fiona.

—No, claro que no —se defendió Nuria—. Cuando nos conocimos no sabía que tenía familia. Es un compañero del gimnasio, compartimos clase de *spinning* y siempre se ponía a mi lado. A mí me atraía y me atrae mucho físicamente; un día me propuso ir a tomar unas cervezas después de clase y me pareció buena idea. Lo vi tan guapo esperándome en la puerta del gimnasio que nos saltamos las cervezas, el bar y la conversación. Fuimos a mi casa y nos acostamos.

Nuria contaba su historia de amor con ilusión, como si Julián la correspondiera y fuera a dejar a su mujer para comenzar una relación con mi amiga. Quizás Nuria estaba convencida de que eso iba a pasar, aunque desde fuera la perspectiva era distinta. Dejé que mi amiga hablara para saber las opiniones de las demás, sobre todo, la de la Mami, que estaba casada y salía de fiesta los fines de semana.

—Y así quedamos varias veces para vernos en mi casa y hacer el amor.

—¡Uy! «Hacer el amor». ¿Todavía se dice así? —bromeó Fiona.

—Total, un día le propuse ir a cenar y después al cine. Entonces Julián me dijo que no podían verme conmigo por ahí, que estaba casado y en una situación muy complicada. Su mujer es muy mala y, aunque él quiere separarse, ella le amenaza con no dejarle ver a su hijo.

—Eso suena a excusa barata —señaló la Mami.

Sonreí al coincidir con ella. Claro que era una excusa pobre e incluso sexista. Julián era un jeta que quería seguir con su familia y mientras tanto cumplir sus fantasías a escondidas con Nuria. No le importaban los sentimientos de mi amiga.

—No sé... Yo creo que dice la verdad, de lo contrario no nos veríamos con

tanta frecuencia y no me prometería que va a dejar a su mujer.

—Cariño, si me permites, tú estás muy buena y ese tío no se ha visto en otra igual; sexo sin compromiso con una tía despampanante y la típica excusa de que no puede pasar la noche contigo porque está casado con una mujer horrible y cruel —la Mami intentó abrirle los ojos a Nuria.

—Estáis hablando sin conocimiento de causa —dijo Nuria—. Luego vendrá a tomar algo con nosotras y podréis juzgar. Además, no creo que me esté utilizando porque yo también me lo paso muy bien.

—Pero cuando no te llama pasas unos ratos muy amargos y te comes la cabeza. ¿O me equivoco? —le pregunté a mi amiga.

Nuria me hizo un gesto divertido con la mano diciendo que la dejara en paz. Es típico de ella, cuando no le interesa lo que dices, ni te habla, simplemente te ignora o te manda a la mierda con un gesto.

—Bueno, la que siempre quiere tener la razón, te toca, Ana —soltó Fiona.

Casi no pude articular palabra debido al calificativo que me había impuesto Fiona. ¿No habíamos dicho que sin rencor?

—¡Vamos, di algo! —exclamó Fiona—. Era una broma.

—Bueno, pues yo —dije finalmente—, estudié Periodismo y me especialicé en redes sociales. Es algo que me apasiona, que me vuelve loca.

—Ya lo veo, sigo tu cuenta y muchas de los negocios y marcas que mueves. ¡Tienes que llevarme las redes de la tienda! —señaló Fiona risueña.

—¡Claro que sí! —Me sentí halagada. ¡Me sentí muy halagada por el comentario de Fiona!

—Y ahora al grano. ¿Qué pasó con el gilipollas de Sergio? La tenía pequeña, ¿verdad?

Directa al asunto. Las cuatro me miraban con expectación, agarré mi mojito

di un trago generoso y me dispuse a hablar.

—Pues muy grande no es que la tuviese, para qué nos vamos a engañar.

—¡Lo sabía! —exclamó Fiona.

—Y sí, es un gilipollas. Siempre decía que yo era una sosa, que teníamos que probar cosas nuevas como hacer un intercambio de parejas...

Nuria escupió la bebida que estaba tomando. Nunca le había dicho nada de las estafalarias propuestas de Sergio, me daba vergüenza, pero esa noche me sentía liberada, comprendida y arropada.

—A mí todo me parecía muy extraño. No quería compartirlo, con él me sobraba todo lo demás.

—Eso tampoco está bien —añadió la Mami—. Mimar a tu pareja está genial, pero hay más vida que dedicarte solo a ella.

—Bueno, el caso es que Sergio, cada vez con más frecuencia, hacía más cosas sin contar conmigo. Yo no quería cortar, pero si darle un susto y decirle que o todo tenía un orden lógico en nuestra relación o que lo mejor era romper. Él no dudó en terminar lo nuestro, se lo puse en bandeja y decidió marcharse.

—¡Tampoco veo el drama! —exclamó Fiona—. Nos estás contando que un tipo, que cada vez se distanciaba más de ti y que la tenía diminuta, decidió irse de tu lado porque tú le diste dos opciones: o quererte como te mereces o que se fuera a la mierda. Tuviste un par de ovarios al decirle eso y fuiste muy inteligente al dejarlo marchar.

No lo había visto desde ese punto de vista. ¡Coño! Visto así, ¡era una heroína! Había sido capaz de exigir que me amaran como yo merecía. Fiona tenía razón y, como no me conformé con lo poco que me daba Sergio, decidí echarlo de mi lado. Bueno... se fue él, pero apenas hay diferencia.

—¡Tienes razón, Fiona! —exclamé feliz.

—¡Me toca! —pronunció enérgicamente Fiona—. Pues yo estoy en una fiesta ideal con mi buena amiga la Mami, la simpática Elena y dos pedorras que me trataron fatal en el instituto.

Nuria y yo nos miramos. No sabíamos qué hacer. La acusación de Fiona nos cogió totalmente por sorpresa. Pero así era ella, cuando parecía que todo iba bien, te daba un buen susto.

—A veces pienso que no sé si me ignorabais, cuando yo era un sol con vosotras, porque erais medio retrasadas o por la presión social. Espero que sea por lo segundo, porque, a pesar de todos esos momentos de amargura que me hicisteis sentir, recuerdo que vosotras dos junto a Elena erais de las pocas personas que veníais a mis fiestas y celebraciones, y no sé muy bien por qué, pero siempre os he tenido cariño. Creo que en el fondo sois buenas personas, aunque vosotras mismas lo dudéis en algunas ocasiones. Todo esto lo digo sin rencor. Después, y gracias a que la gente me puteaba cuando era una adolescente, me dije a mí misma que no iba a dejar que nadie más me pisara y que alcanzaría todos mis sueños. Si mi sueño era montar una tienda, tendría la tienda más ideal de la ciudad. Si mi sueño era entrar a la zona vip de una discoteca con las dos chicas que me amargaron la existencia en el instituto, lo haría. Si mi sueño era tirarme al exnovio de Ana y al amante de Nuria, lo haría. —Fiona se echó a reír—. No, eso último es coña, yo nunca haría eso. Lo que quiero decir es que no soy la chica ingenua que creíais que era en el instituto y que, a pesar de que a veces no erais todo lo simpáticas que podíais haber sido conmigo, os perdono y me quedo con lo bueno. Os considero mis amigas, aunque no sé si vosotras a mí también.

—Pues yo sí —dijo Nuria convencida—. Te pido disculpas por lo antipáticas que fuimos contigo y me encantaría ser tu amiga.

Nuria abrazó a Fiona y se echó a llorar. Yo me uní al abrazo.

—Discúlpanos Fiona, fuimos unas idiotas al tratarte de esa forma.

—Lo sé, lo sé... —bromeó—. Elena es genial y algo bueno tenéis que tener vosotras que sois hermana y amiga de ella.

—¡Sí que lo soy! —exclamó Elena.

Nos echamos a reír. La situación se había vuelto muy tensa, pero Fiona supo perdonarnos y ver que no éramos tan malas. Me sorprendió su actitud, porque ahora ella gozaba de popularidad, de contactos, tenía una de las tiendas más punteras de la ciudad. Podía restregárnoslo por la cara y optó por disculparnos y olvidar nuestro desafortunado comportamiento.

—Pues yo soy secretaria en una empresa de servicios técnicos —dijo la Mami—. No es que me apasione mi trabajo, pero pago mis facturas y no le falta nada a mis hijos. Estoy muy enamorada de mi marido y llevamos más de diez años casados.

—Y ¿por qué sales de fiesta sin él? —pregunté sin pensar.

—Porque alguien tiene que cuidar a los niños, ¿no crees? —respondió un tanto molesta.

—¡Me toca!, ¡me toca! —gritó Elena con una mano levantada. No sé si lo hizo a propósito para evitar una discusión entre la Mami y yo.

—Dispara, Elena —dijo Fiona.

—Pues yo estoy un poquito borracha —bromeó—. Trabajo como profesora en Londres y me encanta lo que hago. Hace poco me he enamorado como una quinceañera de un chico guapísimo... Hermana, tengo que decirte algo. Pero recuerda que la adivina te ha dicho que tienes que ser comprensiva y no rencorosa.

—¡Que no me ha dicho que no sea rencorosa! —exclamó Nuria—. ¿Qué pasa? Me tienes un poco intranquila y la adivina me ha dicho que querías contarme algo...

—¿Estás preñada? —preguntó Fiona.

—¡No! No es eso, Nuria... No te enfades...

De repente, un ruido nos sobresaltó. Nos giramos hacia el escenario. Una voz en *off* anunció a Salma Montés y Salva Ramos. ¡Comenzaba la fiesta!

Capítulo 11

Boxeo

02:38 h. Domingo 23 de junio

Era el momento de salir al escenario, la voz en *off* había anunciado que los anfitriones iban a hacer su aparición estelar. Todo el mundo estaba pendiente de ellos, querían saber si salían juntos, de la mano, o separados; si se sonreían o se esquivaban... la expectación era enorme y el morbo también.

Salva esperaba detrás del escenario, justo en el lado contrario de Salma. Estaba nervioso, y no eran los nervios típicos de antes de salir a presentar un evento. No era el gusanillo del artista. Esta vez su ansiedad era distinta, no tenía nada que ver con el subidón que le daba hacer su trabajo y sentir el aplauso del público; su malestar era por Salma. ¿Cómo se había atrevido a ir a su habitación? Desde ese instante había sido incapaz de centrarse. Puede que no tuviera tan superada la ruptura como él creía o simplemente eran los nervios de volver a verla por primera vez. Fuera como fuera, para él había sido una tragedia su reencuentro. Antes de salir, se repetía: «Tú puedes, el apego te limita, Salma no es nadie para ti». Esas palabras le daban fuerza, confianza y libertad.

El *show* empezaba con una hora de retraso por culpa de Simón, el hermano

de Salva. Se había empeñado en tener una reunión con Salma y Salva antes de la presentación en Imperial. Él rechazó la imposición de su hermano y este amenazó con que Salma no trabajaría si no conseguía lo que se había propuesto. Al final, la organización del evento logró convencer a Simón de que aquella reunión a tres bandas no era una buena idea y que todo iría de maravilla, aunque no hubiera un contacto previo. Sobra decir que Simón iba más borracho que una cuba y lo único que quería era un poco de protagonismo. Su pataleta consiguió que la presentación se retrasara una hora. Simón y Salva nunca habían tenido una relación muy fluida y mucho menos después de su aventura con su exnovia.

Salva suspiró antes de salir. Por su mente pasaban mil pensamientos y sentimientos. Pidió un poco de agua a un responsable de producción para aclarar su garganta. Hizo unas gárgaras y tragó la bebida. Se limpió la boca con la mano, como un boxeador y, en ese momento, vio el escenario como un ring de boxeo. Por un lado, saldría Salma, peso pluma y como arma secreta poseía veneno. Dulce pero retorcida. Por el otro extremo, Salva, cuerpo definido y trabajado en el gimnasio, alto y como arma secreta usaría la ironía. Un tipo legal, pero no idiota. Y así se lo tomó, como una batalla. La gente quería un buen *show* y es lo que les iba a dar. No iba a tener piedad, pues Salma no la había tenido con él. Era la guerra y pensaba ganarla.

Capítulo 12

Mejor calibrar las consecuencias

02:40 h. Domingo 23 de junio

Salva salió al escenario con seguridad, incluso tuvo la sensación de haber dejado atrás su albornoz de boxeador. Dispuesto a humillar a Salma, que se acercaba hacía él con una sonrisa muy forzada. Casi chocaron al juntarse y evitaron besarse. Se ubicaron en el centro del escenario mientras la gente enloquecía a ritmo de silbidos y aplausos.

—¡Buenas noches Zaragoza! —gritó Salma.

—¡Buenas noches! —repitió Salva—. Me encanta esta preciosa ciudad.

Los dos presentadores tenían una pantalla en la parte inferior del escenario con el texto que debía leer cada uno.

—Es todo un honor presentar la fiesta del quinto aniversario de la discoteca Imperial —comenzó Salma con la presentación—. Este local es un referente de marcha y diversión en esta ciudad. Vamos a celebrarlo por todo lo alto.

—A ti sí que te gusta celebrar las cosas por todo lo alto —Salva se saltó el guion.

Salma quedó descolocada, no esperaba que el copresentador se inventara lo

que tenía que decir y mucho menos que la atacara delante del público.

—Claro..., claro..., una celebración como la de Imperial tiene que ser por todo lo alto, ¿no crees, Salva? —improvisó la presentadora en un intento por volver al guion predefinido.

—Para ti soy Salvador, que te tomas muchas libertades.

La sala enmudeció. Nosotras desde la sala vip estábamos alucinadas, parecía un espectáculo de teatro que podíamos verlo desde el palco. No sabíamos si lo que estaban diciendo los presentadores era un guion o una pelea en directo.

—¡Qué bromista eres! —Salma comenzó a ponerse nerviosa.

—Tú sí que haces buenas bromas, sino pregúntaselo a mi hermano; cómo os gastáis los dos las bromas en los baños públicos —Salva se arrepintió de haber dicho eso.

El público comenzó a reír. Todo el mundo sabía cómo Salma había engañado a Salva con Simón y la sonora pillada en el baño de una discoteca en Madrid. Sonaron aplausos, gritos y Salva sonrió satisfecho, hasta que se escuchó entre el público:

—¡Guarra!

—¡Fresca!

—¡Eres una ninfómana folla hermanos!

Las risas se hicieron más agudas y los insultos hacia Salma cada vez estaban más fuera de lugar. Salma se puso más nerviosa de lo que estaba, no sabía qué hacer, sus ojos se volvieron vidriosos y no pudo evitar ponerse a llorar delante de todo el mundo. Salva no estaba orgulloso de lo que había hecho, quería vengarse de Salma, pero no de aquella manera. No quería que la

insultaran ni que la humillaran. Quería desahogarse él, pero no que el resto se sumara. No tenían derecho de tratar de aquella forma a una persona que había sido tan importante para él. Salva buscaba ponerla en un apuro, pero no hacerla llorar ni mucho menos que la agredieran verbalmente. Cuando ideó su plan de forma fugaz no calibró las consecuencias y olvidó que vivimos en un país machista y retrógrado.

—¡Ya basta! —gritó—. No voy a permitir que nadie más vuelva a insultar a Salma o de lo contrario se las verá con mi puño. ¿Estamos locos o qué? ¿Con qué derecho os creéis para poder agredir de esta forma a esta mujer? Será que vosotros sois unos santos.

El público quedó en silencio. Todos prestaban atención a las palabras de Salva y que fuera tan protector con ella me excitó. Soy lo peor, lo sé... pero me pareció muy erótico.

—Me gustaría que volviéramos a empezar y mostrarais el respeto que merece Salma. Que le pidierais disculpas y continuáramos con el *show*.

—Tú eres el primero que ha empezado a meterte con ella —gritó un espontáneo del público.

—Tienes razón —dijo con voz arrepentida—. Y por eso, Salma, te pido disculpas.

Salma se giró hacia él, dio unos pasos y le cogió de la mano. Aceptó sus disculpas y le abrazó. Salva se sintió bien, respiró hondo y notó el cuerpo de su expareja. Sonrió, en ese instante supo que la había perdonado, que había pasado página. Al compadecerse de ella y protegerla, al defenderla del ataque de los demás, sintió que Salma le importaba, pero de una forma distinta a cuando eran pareja. Ya no estaba enamorado, simplemente la respetaba. Había sido una persona muy importante en su vida y no iba a permitir que nadie, incluido él, le hiciera daño. Estaba feliz; en ese escenario, delante de cientos

de personas, había pasado página.

—Ignoraré los comentarios machistas que desgraciadamente hemos oído —dijo Salma recuperada de su llanto—. Salva, quiero agradecerte tu cariño y tus palabras de apoyo.

—Cualquier persona con dos dedos de frente hubiera hecho lo mismo. Me encantaría que seguridad echara a los imbéciles que se han pronunciado dejando en evidencia su falta de sentido común, pero sé que con tanta gente es complicado. Como han sido chicos los que han gritado los insultos, vamos a descalificarlos del concurso y que solo participen las chicas. ¿Qué te parece, Salma?

—¡Me parece brutal!

Todas las chicas que estábamos en la discoteca comenzamos a gritar porque sabíamos que los concursos con Salva terminaban con la afortunada ganadora encima del escenario haciendo una prueba y como premio obtenía una foto con el presentador y un beso de él.

—Por favor, que el equipo reparta las barritas luminosas a todas las chicas del local —ordenó Salma.

—Como decíamos, es el quinto aniversario de esta discoteca y es un honor estar con todos vosotros. Antes de que empiece la fabulosa sesión de música con los DJ residentes, ¡vamos a jugar!

El público enloqueció. Parecía un circo romano en plena ebullición.

—Vamos a explicar cómo funciona el juego —dijo Salma, que cogía de la mano a Salva—. De todas las barras luminosas que se repartan, como es el quinto aniversario, solo cinco se iluminarán de color azul. —Abrió la mano y la levantó mostrando los cinco dedos al aire—. Las demás barritas se

iluminarán de color rojo.

—Las cinco chicas que tengan las barras de color azul serán las elegidas para jugar con Salma y conmigo en el escenario —anunció Salva.

—Y la afortunada que gane el juego se llevará un viaje a las islas Canarias y una foto...

—... Con Salma y conmigo —se adelantó a decir Salva.

Salma miró a su ex con cariño, sabía que el premio no era ese. La foto era solo con él, pero Salva fue generoso e incluyó a los dos en el premio.

—¡iii¿Y el beso?!!! —gritamos las chicas de la discoteca.

Los presentadores se echaron a reír.

—El beso también será de los dos —gritó Salma.

Capítulo 13

¿Rojo o azul?

02:50 h. Domingo 23 de junio

90 pulsaciones por minuto

Nivel de ansiedad: 8 (quiero besar a Salva Ramos)

Nuevos likes en Instagram: si consigo esa foto, ¡tendré miles!

Relación con los hombres: me van cayendo mejor, menos Sergio.

Nos repartieron una barrita luminosa a cada una y nos dijeron que teníamos que esperar a que los presentadores dieran la señal para retorcerla y que esta se iluminara. Estaba nerviosa, excitada y hasta sobreactuada. Una parte de mí quería que cuando retorciera la barrita se iluminara de color azul para subir al escenario y conocer a Salma y a Salva. Seguía a Salma en las redes sociales y me alucinaba su estilo, no sé si la admiraba, pero me sentía muy identificada con las cosas que subía a su Instagram. Salma tomando un té en una famosa cadena de cafeterías, ¡como yo!; Salma haciendo un *boomerang* con su nueva compra, ¡cómo yo! O yo como ella, no me importaba, me caía bien y quería conocerla. Salva me había resultado un engreído y un listillo en todos sus vídeos, pero la defensa que hizo aquella noche protegiendo a su exnovia consiguió que lo viera con otros ojos. Era arrebatadoramente sexy y guapo, pero ahora el atractivo era también intelectual. Por otra parte, tenía tanto

miedo y vergüenza de subir al escenario que casi prefería que mi barrita fuera de color rojo para no ser elegida. Nunca había estado tan expuesta y delante de tanta gente y no sabía cómo podía reaccionar. ¿Rojo o azul? ¿Qué color saldría?

—¡Qué nervios! —gritó Fiona—. Mira que si son nuestras cinco barritas las que se encienden de color azul...

—¡Ojalá! —exclamé sin pensar.

—Si es así, dejadme ganar el juego a mí para poder comerle los morros a Salva —pidió como si nadie más suspirara por besar al galán de la noche.

Mientras el equipo de la discoteca repartía las barritas a todas las chicas que estábamos dentro, sonaba una canción de Demi Lovato; los presentadores animaban a las chicas a coger las barritas y bromeaban diciendo que solo podían coger una por persona.

La música paró, todas las chicas teníamos nuestras barritas. Los presentadores ya lo sabían y la expectación era mayúscula. Dejé a un lado mis prejuicios e imploré para que mi barrita fuera una de las elegidas, quería probar nuevas experiencias, saber qué se siente al estar delante de tantas personas y no siempre detrás de una pantalla de un *smartphone*, quería probar los viriles labios de Salva Ramos.

—Chicas, ¡es el momento, retorcer vuestras barritas y mucha suerte! —ordenó Salma.

Cogí mi barrita con fuerza y la retorcí, la agité, me volví tan loca que podía exprimir limones y naranjas con ella. La barrita se fue iluminando y el color que apareció fue... el rojo. Decepción total, no había tenido suerte y por lo tanto no iba a subir a conocer—besar—fornicar con Salva Ramos. Ya sé que lo último no estaba incluido en el *pack*, pero puestas a fantasear.

—¡AAAAAAH! —gritó Elena—. ¡Azul! ¡La mía es azul! ¡He ganado!

No daba crédito a lo que estaba viendo: Elena gritando, dando saltos de alegría y con la barrita iluminada de color azul en una de sus manos. Todas la felicitamos, aunque con un poco de envidia, nos alegramos por nuestra amiga. Los presentadores pidieron que las cinco chicas que tenían las barritas azules levantaran las manos para que el personal de seguridad pudiera verlas y así acompañarlas hasta el escenario. Elena estaba eufórica, gritaba y no se creía que le hubiera tocado la barrita azul. Era la única chica de la sala vip que había tenido la suerte de ser elegida. A lo lejos vimos cómo un hombre de seguridad se acercaba hacia nosotras para recoger a Elena. Le di un abrazo a la hermana de Nuria y esta cambió su sonrisa por un incomprensible gesto serio.

—No puedo subir —me susurró.

—¿Qué dices? —No sabía si había entendido bien.

—Que no puedo subir al escenario —repitió.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Joder, Ana, que tengo novio y no quiero subir a morrear me con Salva. Con la racha que tengo esta noche seguro que gano el juego y le tengo que besar.

—Elena, no creo que sea obligatorio el beso —supuse.

—Si gano el juego y no le beso, todas las chicas de esta discoteca me acribillarán, ¿no crees?

—Pues no sé... ¿Y qué hacemos?

—Sube tú —me dijo seria.

Mi corazón dio un vuelco. Me regalaba su barrita para subir y conocer a Salma y a Salva.

—¿Perdona? —dije confusa.

—Claro, hazme ese favor, Ana, sube tú por mí. Serás una heroína, como cuando la prota de *Los juegos del hambre* se cambia por su hermana.

—No creo que sea lo mismo...

—Si no la quieres tú, se lo doy a la Mami —señaló.

—Ok, dámela a mí. Subiré yo —dije con poca seguridad.

Elena me abrazó de nuevo. Las dos saltamos de felicidad y nos cambiamos la barrita. Nuria vio el intercambio y frunció el ceño confusa. El responsable de seguridad se acercó a nosotras y preguntó quién iba a subir al escenario, Elena me señaló. Él me pidió que le acompañara. Antes de iniciar mi trayecto, Elena me cogió por el brazo y me dijo:

—Mucha suerte. Y ten cuidado.

—¿Cuidado, por qué? —pregunté sin entender su advertencia.

—Sí. Recuerda que la vidente te dijo que esta noche harías el ridículo de una forma brutal, puede que sea ahora. Ten cuidado y ve alerta.

«¡Muchas gracias, hija de puta!», pensé. Ni me acordaba de las predicciones de Abi. La verdad es que Elena tenía razón, la joven vidente me dijo que haría el ridículo, pero no comentó ni cuándo ni cómo, solo que lo haría aquella noche. Por si no estaba lo suficientemente nerviosa por subirme a un escenario delante de cientos de personas y por ver a los presentadores, ahora mi nivel de ansiedad era alarmante. Elena podía haberse callado, aunque quiero pensar que lo hizo con la mejor de las intenciones. Siempre tan prudente y tan desafortunada.

Seguí al gorila musculado que caminaba a paso ligero y apartando a la gente de nuestro camino con sus fuertes brazos. Pasaron por mi mente mil formas posibles de cómo podía hacer el ridículo: tal vez me cayera del escenario, eso sería bastante vergonzante. Puede que me quedara desnuda delante de todos, eso sería bastante improbable. Podían ser tantas cosas... que eructara, que

pareciera tonta, que vomitara por culpa de los nervios... Y entonces me di cuenta de que en aquella extraña situación no tenía nada bajo mi control. No podía hacer nada para que todo saliera como yo quería y me sorprendí al apreciar que era la primera vez que me sentía así. Desnuda. Libre. Yo. Todavía podía escuchar los crueles calificativos con los que Sergio me había tachado cuando éramos pareja, de sosa, aburrida, miedosa, calculadora y poco instintiva. Siempre me habían dolido, pero a partir de ahora me iba a despojar de todos esos títulos que mi ex me puso y que tanto odiaba. Lejos de agobiarme más, me sentí como si me hubiera quitado una carga de encima. Estaba en la zona vip de una glamurosa discoteca camino hacia el escenario para conocer a dos de los *influencers* más atractivos y famosos del país. «¡¿Por qué no te limitas a disfrutar!?» me pregunté a mí misma. Era algo que no pasaba todas las noches e iba a gozarlo. Además, las predicciones de Abi no tenían por qué ser ciertas, ¿no? O podía hacer el ridículo más tarde en algún lugar más íntimo. Esa noche estaban cambiando muchas cosas y sentía que tenía que subir a ese escenario y darme el lote con Salva Ramos. También es verdad que los mojitos que llevaba encima me ayudaron a desinhibirme.

—Espere aquí —me dijo el responsable de seguridad.

Había dos chicas con sus barras azules, estaban nerviosas e ilusionadas. Al momento llegaron acompañadas de los de seguridad las otras dos chicas que faltaban. Desde detrás del escenario no se escuchaba bien lo que decían los presentadores, los altavoces estaban ubicados de tal forma que el sonido fuera ideal (¡ya hablaba como Fiona!) y perfecto para que lo escucharan en la sala, pero detrás era poco claro. Estaba impaciente, quería subir y ver a Salva Ramos.

—¡Chicas, arriba! —gritó uno de los de seguridad—. ¡Os esperan en el escenario!

Capítulo 14

Chistes

03:00 h. Domingo 23 de junio

110 pulsaciones (voy a reventar)

Nivel de Ansiedad: 10

Nuevos likes en Instagram: ni idea

Relación con los hombres: ¿hombres? Ahora solo me interesa Salva Ramos.

Todavía no podía creer que estuviese subiendo los peldaños de la pequeña escalera que me llevaba hasta el escenario de la discoteca Imperial para encontrarme con Salma Montes y Salva Ramos. Cuántas veces había bailado en la pista del local sin imaginarme que un día iba a ser una de las protagonistas de su llamativo escenario.

Salva nos saludó a todas a medida que íbamos llegando, yo era la tercera. Nos ubicaron a las cinco en fila mirando de cara al público. Salma nos dio dos besos a cada una, olía muy bien, dulce y con cierto toque a vainilla. Se mostraba simpática y jovial. Miré sus prominentes pechos y me pregunté si eran operados, tenía las tetas perfectas. Supuse que sí y después mi atención fue para Salva, estaba de espaldas a nosotras hablando con el público; el

pantalón vaquero color marrón le hacía un culo estupendo. Entre las tetas de Salma y el culo de Salva me proclamé la reina de la superficialidad en ese instante; a mi lado, *Bad Bunny* podía parecer un cantante de poesía del romanticismo.

La gente estaba animada y el ambiente cargado de adrenalina. Estaba impaciente por saber qué teníamos que hacer.

—Pues aquí están nuestras preciosas participantes para ganar un fabuloso viaje para dos a las Islas Canarias, una foto con Salma y conmigo y un beso con los dos —anunció Salva.

—¡Es hora de que las chicas sepan en qué consiste el juego! —exclamó con energía la *influencer*—. O quiero decir... ¡los juegos!

—Pues sí, Salma, no te confundes y es que habrá dos juegos para elegir a la ganadora.

—¡Me gusta la idea!

—El primero y el más sencillo, como me han dicho que las chicas de Zaragoza son muy divertidas, tendrán que contarnos un chiste corto y el público con sus aplausos elegirá qué dos chicas de las cinco que participan pasan al siguiente juego.

Sonreí con picardía. No es que fuera un lince contando chistes, pero sabía uno que conseguía que todo el mundo se riera a carcajadas.

—¿Y el segundo juego? —preguntó Salma.

—Es el complicado. Tendrán que retarme a un duelo de risa —dijo travieso—. La participante y yo nos miraremos a los ojos sin poder decir nada y el que antes se ría perderá. La concursante que esté más tiempo sin reír será la ganadora.

El público enloqueció y comenzó a aplaudir. Parecía que esas dos sencillas

pruebas fueran parte de las Olimpiadas y todos se emocionaron al conocerlas. ¡*Ains*, lo que hace el alcohol!

—Pues comenzamos con la primera participante —dijo Salma abriendo los brazos.

—Como he dicho antes, las chicas de Zaragoza tenéis fama de ser muy divertidas. Por lo tanto, que nos diga su nombre esta zaragozana tan guapa. — Salva señaló a la chica que estaba en la primera posición.

—No..., no soy de Zaragoza, soy de Málaga... —dijo la chica con la voz entrecortada.

—¡Vaya, qué casualidad! —maldijo susurrando—. No pasa nada mi *arma*, las malagueñas también sois muy graciosas. —Salió victorioso de su traspíe—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Jessi y tengo veinticinco años —respondió.

—No te había preguntado la edad, pero está muy bien saberlo —bromeó Salva—. Cuéntanos tu chiste y que te valore el público.

La malagueña era bajita, con el pelo largo y oscuro. Se la veía resuelta y dicharachera. Carraspeó, dio unos pasos hacia delante y comenzó con su chiste.

—Esto es un *shico* que va a una entrevista de trabajo —su acento del sur era muy marcado—, y el entrevistador le pregunta: «¿Nivel de inglés?» y él responde: «Alto». El entrevistado le pide que traduzca la palabra *juguete* y él dice: «Toy». Y por último le dice: «Úselo en una oración». Y el muy *jodio* responde: «Toy triste».

La gente comenzó a aplaudir con fervor, reían y silbaban alabando su chiste. Yo solté una pequeña carcajada porque lo había contado con mucha gracia. No tenía miedo, el mío era mejor.

—Muy bueno —dijo Salva riendo.

—El público ha reaccionado muy bien, así que tienes muchas opciones para pasar al siguiente juego —dijo Salma.

—Seguimos con la concursante número dos. Dime que tú sí que eres de Zaragoza.

La chica estaba visiblemente nerviosa y asintió con la cabeza. Salva se percató de su estado de ánimo y le pasó el brazo por encima para intentar tranquilizarla. La chica era jovencita, tendría unos veinte años, estaba muy delgada para mi gusto. Eso sí, tenía un pelo rizado rubio fabuloso.

—¿Cómo te llamas, preciosa?

—Nadia...

—¡Qué nombre más bonito! —exclamó Salva con tono cariñoso. Cada vez me resultaba más erótico—. Cuéntanos tu chiste.

—Es que no me acuerdo de ninguno... —sollozó con vergüenza.

—Seguro que te recuerdas alguno..., aunque sea muy malo —insistió Salva intentando animarla.

La joven negó con la cabeza. Salma, para no perder el ritmo de la fiesta, tuvo que advertir con delicadeza que o contaba algún chiste o tendrían que hacer la cuenta atrás del tres al cero y quedaría eliminada. La chica no pudo decir ninguna palabra más, el público contó del tres al cero y Nadia fue eliminada. ¡Mejor! Una menos con la que competir. Y entonces me di cuenta de que me tocaba a mí.

—Pues vamos con esta chica tan... —Salva Ramos hizo una pausa al verme, abrió sus ojos y, pasados unos segundos que se me hicieron eternos, sonrió— guapa. ¿Cómo te llamas?

—Ana y sí que soy de Zaragoza —bromeé segura de mí misma.

—¡Así me gusta, Ana! Con confianza —jugó Salva con su tono de voz sexy

y masculino—. Espero que tu chiste sea bueno porque se te ve muy tranquila.

—Y si no lo es te perderás mi beso —vacilé sin pensar.

Salva se atragantó con su propia saliva ante mi respuesta y después comenzó a reír. Yo me sorprendí de lo ágil que había sido y escuché al público dar palmas de apoyo.

—Pues espero que pases al siguiente juego —siguió con la broma una vez que se había recuperado.

Mi chiste era malo, muy malo, pero de esos chistes que son tan ilógicos que te hacen llorar de risa. Se me escapó una carcajada al recordarlo antes de contarlo.

—Esto son dos amigos y le dice uno al otro: «No sé si conseguiré enamorar a esa chica». Su amigo le preguntó: «¿Tienes vacas y ovejas?», el chico le respondió: «Sí», y su amigo le dijo —hice una pausa para reírme y por fin pronuncié—: «¡Pues ya tienes mucho ganado!».

La gente enloqueció, el chiste era muy malo, pero a todos les gustaba. Los aplausos sonaron con fuerza y los silbidos y gritos también. Yo sonreí y saludé muy satisfecha, como si hubiera dicho un gran discurso a favor de los derechos humanos. Salva y Salma reían a gusto.

—Bueno, creo que tenemos una finalista —señaló Salma—. Entre el *zasca* que le ha metido a Salva y su divertido chiste a fascinado al público.

—¡Cierto! —exclamó Salva Ramos—, pero aún hay que escuchar a las dos concursantes que faltan.

Las otras dos concursantes se presentaron, una se llamaba Brittany —«¡Y una mierda!»—, pensé—. Sería su nombre artístico o el de Instagram, pero una

chica tan morena de piel y pelo y sin acento inglés dudo mucho que se llamara así. Contó un chiste sexista que no hizo mucha gracia y tenía pocas opciones de pasar al siguiente juego. ¡Qué pena! La última chica intentó imitar mi actitud atrevida, pero se le vio un tanto forzada y poco natural. Su chiste fue peor que el de Brittany y quedó eliminada de forma inmediata. Yo lo estaba pasando realmente bien, me estaba gustando la placentera sensación que producía salir de la zona de confort y desmadrarme un poco.

—¡Pues ya tenemos dos finalistas! —anunció Salva.

Se escuchó un redoble de tambores, aunque las cinco sabíamos perfectamente quiénes íbamos a pasar.

—¡Jessi y Ana! —exclamó Salva—. Felicidades, sois las candidatas para ganar el viaje, la foto y nuestro beso.

¡Claro! Con la emoción del beso había olvidado que podía ganar un precioso viaje a las Islas Canarias. Di unos pequeños saltos para soltar adrenalina y moví mi cuello de lado a lado como si fuera una deportista profesional a punto de comenzar una prueba de resistencia. Quería ganar, podía ganar e iba a comerle los morros a Salva Ramos. ¡Joder, ya estaba hablando de nuevo como Fiona!

Capítulo 15

Instinto

03:20 h. Domingo 23 de junio

100 pulsaciones por minuto

Nivel de Ansiedad: 10 (no baja, no)

Nuevos likes en Instagram: Lo miro más tarde.

Relación con los hombres: Quiero besarle. (Me noto un poco encenegada, pero da igual mientras no lo note él)

Las tres participantes eliminadas ya se habían bajado del escenario. Estaba tan eufórica con la situación, los aplausos del público y el evidente coqueteo entre Salva y yo que me hubiera encantado gritarles: «¡Hasta luego, pringadas!», pero no me parecía correcto. Dos personas del equipo de producción colocaron dos sillas en medio del escenario, una enfrente de la otra. Los duelos de risas iban a comenzar. Observé cómo sudaba Salva debido al calor de los focos que había encima de nosotros.

—¡Las reglas son muy sencillas! —señaló Salma—. Cada uno se sentará en una silla, os miraréis directamente a los ojos y el primero que se ría perderá. No se puede evitar o apartar la mirada, no se puede hablar ni levantarse de la silla. Quien lo haga perderá, ¿Lo habéis entendido?

El público pronunció un sonoro «¡sí!». Salma ordenó a Jessi y a Salva que se sentaran en las sillas, por lo tanto, yo sería la segunda participante. Estaba impaciente, pero jugar la segunda podía favorecerme. No sabía muy bien por qué, pero me pareció buena idea. Jessi y Salva ya estaban sentados, preparados para comenzar con el juego. En una pantalla que había en el escenario se puso en marcha un cronómetro y empezó el duelo de risas. En la discoteca reinó un silencio sepulcral. Salva mantenía la mirada serio y sin perder la concentración. Jessi sujetaba con sus manos la silla y estaba intranquila. A simple vista, nunca mejor dicho, el juego parecía muy sencillo, pero tenía su cosa. No era fácil aguantar la mirada a un desconocido y, aún más, si ese desconocido es un atractivo *influencer* que vuelve loca a miles de mujeres. Jessi soltó una carcajada cuando el cronómetro marcaba veintiocho segundos. La gente aplaudió y respaldó que la malagueña aguantara casi medio minuto.

Salma indicó a Jessi que abandonara la silla y me hizo una seña para hacerme saber que era mi turno. El corazón me palpitaba a más de ciento veinte pulsaciones o eso me parecía. Me senté, miré a Salva a la cara y pensé que era uno de los hombres más guapos que había visto. Puede que en realidad no fuera para tanto, pero la emoción del momento magnificaba las cosas. ¡Ese escenario era como la casa de *Gran Hermano*! Salva saludó con una sonrisa y me susurró: «Tal vez tenga suerte y pruebe tu beso. O a lo mejor la afortunada eres tú y pruebas el mío». Esa vacilada me excitó y desconcentró más de lo normal. Intenté no darle vueltas a su bravuconería y respiré con calma. La presentadora ordenó que nos miráramos, recordó las reglas y el cronómetro comenzó con su cuenta.

Sus ojos estaban clavados en los míos, sus preciosos ojos color miel no permitían dar a los míos ni un poco de libertad. Comencé a sudar. Quería apartar la mirada para ver cuánto tiempo llevábamos con el juego, pero no podía hacerlo o perdería. Me concentré en mis pensamientos. «Aguanta la

mirada, no te pongas nerviosa: Es muy guapo, ya lo sé... No te pongas nerviosa». Estábamos realmente cerca, casi podía oler su fragancia mezclada con el sudor de su cuerpo. De reojo observé su boca. ¡Qué apetecible! ¡Qué bien olía! «¡Vamos, Ana, concéntrate y no pienses en lo atractivo que es! No pienses en sus ojos, en sus brazos, en su pelo despeinado que te encantaría acariciar, en su boca, en el irresistible sabor de su boca...». No pude evitarlo, sin apenas pensarlo, agarré a Salva por la nuca con mis manos, lo acerqué a mí y le comí la boca. Él me agarró con sus manos por el brazo, en un primer intento de apartarme, para después bajar la intensidad de su fuerza hasta convertirla en una suave caricia. Introdujo su lengua en mi boca y bailó junto a la mía. Notaba el aire de su respiración resoplando en mi cara mientras nos besábamos apasionadamente. Me pareció excitante, morboso y, sobre todo, mágico. El tiempo se detuvo, de fondo solo podía escuchar el sonido de la gente ovacionándonos y parecía que estuvieran muy lejos, a miles de kilómetros. Cerré los ojos e imaginé que nos desnudábamos para dar rienda a nuestro instinto delante de todos. Ese beso era magia pura. De repente una voz aguda interrumpió nuestro beso.

—¡Chicos, vale ya! —exclamó Salma molesta—. Si queréis nos vamos todos y os dejamos a solas —bromeó para disimular su cabreo.

El público estalló en risas.

—Es evidente que como... esto... se me ha olvidado tu nombre... —mintió con resentimiento.

Salma estaba celosa. ¡Estaba celosa de mí! No le había hecho ni la menor gracia que Salva y yo nos besáramos y que todos fueran testigos. Recibió de su propia medicina. Eso sí, en una dosis más *light*. Salva sonrió, no sabía muy bien si porque Salma estaba molesta o porque le había gustado nuestro beso.

—Ana —le recordé mi nombre.

—Gracias, Ana. Como decía, es evidente que Ana se ha saltado las reglas y ha quedado eliminada —Obligó a levantarme de la silla para separarme lo más lejos posible de su expareja—. Has perdido el viaje, la foto y...

—¡El beso no! —gritó Salva—. Lo ha tomado por su propia cuenta.

Me ruboricé y sonreí. Tenía razón, me había saltado las reglas del juego, incluso las mías propias, pero había merecido la pena. Estaba segura que a Salva también le había gustado nuestro beso, puesto que yo lo inicié, pero él me acompañó con entrega. Proclamaron a Jessi la justa ganadora del juego y, mientras yo esperaba detrás de ellos, le dieron una gigantesca tarjeta con una foto de las Islas Canarias y el nombre de una agencia de viajes, que seguramente lo patrocinaría. Salma y Salva se hicieron una foto con ella y después le dieron un beso inocente en la mejilla. Yo miraba feliz todo lo que estaba pasando, todo tan surrealista y desenfrenado. Me sentía pletórica. Salva se volvió hacia mí e hizo un gesto para que le esperara. Me sorprendí, incluso miré alrededor para asegurarme de que se dirigía a mí. No había nadie más, así que indudablemente se refería a mí.

Los presentadores anunciaron que iban hacer un pequeño descanso y que mientras tanto los DJ residentes amenizarían la noche con la mejor música. Salma salió del escenario con Jessi por el lado contrario al que estaba yo. Salva caminaba hacia mí con una preciosa sonrisa dibujada en su cara. Mis pulsaciones comenzaron a revolucionarse, no sabía muy bien qué hacer. Tal vez darle la mano o dos besos u otro morreo. Qué calor tenía y esta vez los focos no tenían nada que ver porque estaba situada al fondo del escenario y ahí no iluminaban. Salva estaba a punto de llegar a mi lado cuando yo eché un pie atrás y resbalé con un cable. No puede mantener el equilibrio y caí de espaldas. Mi culo se golpeó con el suelo y yo hice uno de los mayores ridículos que recordaba. Tal y como predijo Abi.

Capítulo 16

Intimidad

03: 40 h. Domingo 23 de junio

120 pulsaciones por minuto

Nivel de ansiedad: ¡menuda torta me he metido! No estoy ansiosa, estoy avergonzada.

Que le den a los likes, a Instagram y a los hombres. Bueno..., a Salva no... Ni a mi Jon ni a mi Ricky.

Casi había olvidado la predicción de hacer el ridículo aquella noche, pero no me perdonó. Tuvo que ser en ese instante y delante de Salva Ramos. Por lo menos él fue el único testigo, hubiera sido peor que me hubiese caído por delante del escenario en plan estrella de rock.

Sentada en el suelo comencé a reír, Salva aceleró sus pasos y se agachó delante de mí. Preguntó si estaba bien, asentí con la cabeza, me dio la mano y me ayudó a levantarme.

—Me he resbalado con el cable —expliqué entre risas.

—No hay que fiarse de ellos, ¡son muy traicioneros! —bromeó—. Si te apetece, vamos al *backstage* y nos tomamos una copa.

Me sorprendió su invitación. Pero claro está, ya teníamos mucho ganado. Sabía mi nombre, de dónde era, cómo besaba... Quería aceptar la invitación, pero no aparentar que estaba desesperada por ir.

—Claro, si Salma no me pega... —dije irónicamente—. Parece que se ha puesto un poco celosa.

—No hay ningún problema. Ella está con su novio, que como bien sabrás es...

—Simón —terminé su frase—. Toda España lo sabe...

—Supongo que la sobreexposición es el precio que hay que pagar por ser famoso —murmuró con poca alegría.

—Me encantaría tomarme una copa contigo —dije sexy.

Caminamos por un pasillo que estaba detrás del escenario por donde había parte del equipo del evento hablando, estirando cables, comprobando papeles..., hasta llegar a la zona del *backstage*. Era una habitación con poca luz, sofás pegados a las paredes y una barra donde la gente se abastecía de alcohol. Salva me cogió de la mano al entrar y nos dirigimos a uno de los sofás. Se escuchó un taconeo que venía hacia nosotros, era Salma que nos vio llegar y llamó a Salva. Me senté en el sofá y él se volvió hacia su expareja.

—Salva, quería agradecerte que me defendieras antes —confesó Salma ignorando mi presencia.

—No pasa nada. Cualquier hombre con un poco de decencia hubiera hecho lo mismo —quitó importancia a su hazaña.

—Me gustaría que tú y yo pudiéramos retomar nuestra relación... de amistad. Han pasado muchas cosas y me gustaría contártelas.

—Salma, lo que ha pasado en el escenario no significa que seamos amigos. Eso va a ser muy complicado. Simplemente he hecho lo que consideraba que tenía que hacer.

—Yo pensaba...

—Necesito tiempo. No digo que nunca más hablemos, pero necesito tiempo. Y, si me disculpas, estoy acompañado —me señaló.

Salma abrió los ojos al reconocermé y saludé con picardía. Me regaló una mirada asesina que rápidamente camufló con una falsa sonrisa y se despidió. Salva se sentó a mi lado. Lo noté tan cerca que me dio un micromareo. No sabía que eso existiera, pero perdí y recuperé el conocimiento en décimas de segundo. Todo era muy surrealista. De la zona vip había pasado al *backstage* con Salva Ramos. Recordé un artículo de la prensa sensacionalista que afirma que los famosos suelen llevarse a sus conquistas a su camerino para intimar con ellas y me sentí un tanto desnuda, desprotegida, en zona enemiga. No es que no me gustara Salva, sabía que yo había dado el primer paso, pero no era el tipo de chicas que se acuesta con un tío la primera noche que lo conoce. No soy la Mami. Un camarero nos preguntó qué queríamos tomar, pedimos dos mojitos.

—Disculpa a Salma, a veces se comporta como una niña.

—No. Tienes que disculparme a mí por mi actitud en el escenario —intenté relajar la tensión sexual.

—¿Por qué? A mí me ha encantado. De hecho, es lo mejor que me ha pasado en meses.

Sonreí como una tonta. Me encantó el cumplido, pero tenía que dejar claro que no era una fresca *cazafamosos* que tanto critican las revistas de papel *couche*.

—A mí también...

—Entonces, ¿Dónde está el problema? —Se acercó más a mí.

—Pues..., no sé... Tú y yo en el *backstage*... ¿eso significa que quieres follar? —Comenzaba a tener el poco tacto de Elena—. No busco eso.

—¡Vaya, qué pena! Yo que pensaba hacérmelo aquí contigo delante de todos

y ahora me dices que no —dijo irónicamente y sin dejar de sonreír—. Ana, no busco sexo. Va a parecer que soy un engreído, pero, si quisiera follar, tengo una legión de fans dispuestas. Me apetece charlar contigo y conocerte mejor.

En ese momento mojé las bragas. Literalmente no, pero mi corazón dio un vuelco al escuchar sus palabras. Me dieron ganas de ir a la barra y preguntarle a Salma cómo había sido tan gilipollas de dejar escapar a un tío así.

—Ahora te pido disculpas por lo tonta que he sido —dije arrepentida.

—¿Qué tal si dejamos de pedir disculpas y me cuentas con quién has venido a la fiesta?

—Con mis amigas. Están en la sala vip y seguramente preguntándose dónde me he metido.

—En media hora tenemos que salir otra vez a presentar. Amenizaremos la velada y después estaré libre. Si quieres me paso por la zona vip y seguimos charlado.

—Claro, me gustaría mucho.

—Toma —me dio su teléfono móvil—. Escribe tu número y te mando un wasap para que tengas el mío.

Grabé mi número en su lista de contactos y le devolví el teléfono. Él hizo lo acordado. Me sentía muy a gusto a su lado. Se mostraba seguro de lo que hacía y cariñoso.

—¿Sabes? Me ha sorprendido mucho tu beso. Por un momento he pensado en apartarme, pero me ha sabido tan bueno. No me cruzo con muchas personas tan espontáneas como tú.

—¿Espontánea? No suelo ser así, te lo aseguro. Ha debido ser por todos los mojitos que he tomado o el momento en sí, tus ojos en mí, tu boca... Lo recuerdo y me enciendo.

¿Qué me pasaba aquella noche? Estaba fuera de mí. Como si mi lado atrevido hubiera estado tanto tiempo reprimido que esa noche necesitaba salir a borbotones.

—Pues si quieres podemos repetirlo.

—Desde luego.

Una voz masculina llamó a Salva antes de que volviéramos a besarnos. Le ordenó que tenía que reunirse con Alex, el organizador del evento, y Salma para repasar el siguiente pase en el escenario. Salva me miró, se encogió de hombros y sonrió.

—Lo siento, el deber me llama. Puedes esperarme aquí si quieres — propuso.

—Mejor voy a la zona vip con mis amigas y vienes después —dije para hacerme la interesante. Aunque también tenía ganas de ver a las chicas y contarles todo.

—Me parece fenomenal.

Se inclinó hacia mí, me dio un beso con ternura y se fue. Me pasé la mano por el pelo para sofocar el calor que tenía. Le pregunté a un chico de seguridad cómo volver a la zona vip, este insistió en acompañarme. Yo estaba eufórica, llena de energía e impaciente por decirle a mis amigas que Salva Ramos quería volver a verme.

Capítulo 17

No soy como tú, ¿o sí?

03:55 h. Domingo 23 de junio

100 pulsaciones por minuto

Nivel de ansiedad: 7 (ya estoy un poco más relajada)

Nuevos likes en Instagram: 178

Relación con los hombres: meditándola.

Nuria corrió a abrazarme nada más verme llegar a la zona vip. Elena se sumó al abrazo y después llegaron Fiona y la Mami.

—Estoy tan orgullosa de ti —dijo Fiona—. Eres mi nueva heroína.

—¿Por qué has tardado tanto en llegar desde que se ha terminado el juego? —preguntó Nuria.

—Salva me ha llevado al *backstage* —presumí—. Y...

—¿Te lo has tirado?! —interrumpió Fiona—. Pues sí que dura poco el semental.

—No, no me lo he tirado —aclaré—. Hemos estado hablando y después del siguiente pase que van a hacer ¡vendrá a la zona vip con nosotras!

Las chicas chillaron emocionadas y comenzaron a bombardearme con

preguntas. No podía responder a todas.

—¿Cómo te has atrevido a besarle? Casi no te reconozco —quiso saber Nuria.

—No sé... lo tenía tan cerca, olía tan bien, es tan guapo... que me dejé llevar.

—¿Qué habéis hecho en el *backstage*? —insistió Fiona.

—Hemos tomados algo, pero un tipo de producción se lo ha llevado para ensayar el siguiente pase. Lo que sí que me ha hecho flipar ha sido la actitud de Salma. ¡Estaba supercelosa! Me miraba con ojos de gata enfurecida.

—¡Y por lo menos no has hecho el ridículo! —exclamó Elena sin venir a cuento.

—¡Calla! Que después del juego, cuando Salva ha venido a buscarme, me he resbalado con un cable y me he caído delante de él. Así que Elena, he hecho el ridículo.

—¡Qué bien! ¡Felicidades! —soltó risueña.

—¿Por qué? —pregunté confusa.

—Porque ahora solo te falta conocer al amor de tu vida y puede que ¡sea Salva!

Elena estaba que se salía recordando las predicciones. Tragué saliva, con la emoción de todo lo vivido olvidé la tercera predicción. Esa noche iba a conocer al amor de mi vida. Me puse nerviosa, tartamudeé y empecé a sentir mucho calor. Necesitaba una copa, cogí el vaso con mojito que llevaba Elena en la mano y di un trago largo. Noté la bebida fresca bajando hasta mi estómago y calmando mi calor.

—Pues, ¿sabes qué te digo? ¡Qué bienvenido sea el amor! —dije feliz.

—Y otra ronda más, porque te has bebido mi mojito.

Nos sentamos en el sofá de antes, todas teníamos nuestros mojitos, a

excepción de la Mami que seguía la fiesta a base de refrescos *light*. Querían saber cómo era Salva, de qué habíamos hablado, si me había llevado a su camerino. Yo no quise hacerme la interesante y les conté todo tal cual había sucedido. Desde el arrebató del beso en el escenario hasta mi metedura de pata al pensar que se quería acostar conmigo.

—Tampoco pasa nada si te hubieras acostado con él —replicó la Mami.

—¡Ni loca! —me defendí.

—Pues no lo entiendo. Es algo que tienes muchas ganas de hacer y por ser la primera noche que lo ves ¿te vas a negar a hacerlo? —insistió.

—No soy así —dije con aires de superioridad.

—¿Así? ¿Cómo? —siguió con su interrogatorio. Pensaba que estaba buscándome y a punto de encontrarme.

—Como tú —dije sin pensar.

—¡Lo sabía! —gritó señalándome con el dedo.

—¡Chicas, vamos a relajarnos! —propuso en vano Fiona.

—No quería decirlo, pero ya está. No soy como tú.

—Y ¿cómo soy yo? Porque te recuerdo que la que ha besado a un desconocido has sido tú —me increpó la Mami.

—Al menos yo no me voy de fiesta por ahí mientras mis hijos están en casa y mi marido los cuida para que yo pueda follarme a quien me dé la gana.

—¿Vas a darme tú consejos de moralidad? —La Mami se levantó del sofá —. La mujer controladora que obligó a su pareja a salir corriendo porque lo asfixiaba.

—Por lo menos no soy una guarra promiscua.

Me dio una sonora bofetada. Todas se quedaron de piedra. Después de propinarme el bofetón, vi cómo varias lágrimas resbalaban por su cara y se fue corriendo hacia el baño. Yo me toqué la mejilla que había golpeado y me quejé.

—Te mereces otra más —me reprendió Fiona—. ¿Tú te crees que puedes hablar así a la Mami? ¡Si no la conoces de nada!

—¡Estás loca! —la apoyó Nuria—. Has sido muy cruel.

—Simplemente me defendí.

—¿De qué? Te estaba apoyando en el caso de que te hubieras acostado con el famoso y tú has saltado como una leona —aclaró Fiona.

—La Mami se ha portado muy bien con nosotras esta noche y se lo pagas insultándola. Ana, no te reconozco.

Un pinchazo sacudió mi estómago, eran los remordimientos. Puede que esa noche hubiera sido más liberal, pero solo para mí. Quizás me había excedido al juzgar tan duramente a la Mami, total era libre de hacer lo que le diera la gana. Me sentía mal, como una niña traviesa que acababa de darse cuenta de que su picardía era más cruel e inhumana de lo que ella pensaba. La Mami nos había ido a buscar a la anterior discoteca con su coche, me había apoyado y aconsejado cuando conté que Sergio y yo ya no estábamos juntos, no había bebido nada de alcohol para después llevarnos a casa y yo la premié humillándola. «Ana, eres idiota», pensé.

—Tenéis razón, he sido muy injusta con ella —dije arrepentida.

—La Mami no engaña a su marido. ¿Acaso has visto que haya hecho el menor indicio de acercarse a un hombre? Estoy hasta el coño de que los tíos casados puedan salir con sus amigos por ahí y no pase nada. En cambio, como lo haga una mujer eso ya la convierte en infiel, pervertida o mala madre. Ana, ¡eres muy machista! —dijo Fiona.

Esa bofetada me dolió más que la física. Quise llorar, estaba tan consternada y me sentía tan culpable del dolor que seguramente le había causado a la Mami que no podía casi hablar.

—Estaría bien que le pidieras perdón —propuso Nuria.

—¡Joder! Claro que sí —me levanté para disculparme.

Fui corriendo hacia el baño en busca de la Mami. No sabía muy bien qué iba a decirle, pero sentía que era mi obligación expresarle que lo sentía y retirar todo lo que había dicho. Me detuve en la puerta de los servicios al ver a la Mami hablando con un chico joven de unos veinticinco años. Él la sujetaba por el brazo y ella estaba incómoda. Me acerqué para saber qué pasaba.

—Eres la Mami, ¿no? —preguntó el joven.

—Mira crío, déjame en paz —dijo molesta.

—No seas tan estrecha y me haces una mamada en el baño. Dicen que las haces de puta madre.

—Si te oyera mi marido, te cruzaba la cara.

—Será que te importa mucho tu marido cuando estás aquí *zorroneando* en el baño.

—¡Mira, niñato de mierda! —exclamé—. O la sueltas o llamo a seguridad y te sacan a patadas.

El chaval se sorprendió al verme y sonrió. Sentí la necesidad de defender a la Mami de aquel mocoso mal educado que estaba acosándola. Los críos de hoy en día están muy salidos y son muy mal educados.

—¡Joder! Tú eres la guarra que le ha comido la boca a Salva. —El joven era todo un galán—. Si queréis nos montamos un trío.

La Mami no se lo pensó, en cuanto el chico la soltó del brazo, le dio una bofetada que lo dejó mudo. Lejos de tranquilizarse, se acercó desafiante a la Mami. Me puse al lado de ella y entre las dos le plantamos cara.

—O te marchas o llamo a seguridad —le amenacé.

—Sois un par de zorras —dijo rindiéndose mientras se marchaba.

—Tu puta madre —se defendió la Mami.

El joven al escuchar el insulto se volvió hacia nosotras y vino dispuesto a seguir con su chulería. Me puse nerviosa, no sabía qué tenía que hacer. ¿Lo empujaba? ¿Gritaba? ¿Pedía ayuda? La poca gente que estaba a nuestro alrededor se mostraba confusa y le gritaron al joven que se detuviera. Entonces la Mami, sin pensárselo dos veces, le dio una patada en sus partes y lo tiró al suelo. La gente que vio lo sucedido aplaudió a la Mami.

—La próxima vez que te metas con una mujer piénsalo mejor, sobre todo si tienes menos pelotas que ella —le dijo al joven que estaba tumbado en el suelo retorciéndose de dolor.

La Mami me miró y me preguntó si estaba bien. Seguía siendo gentil después de todo lo que le había dicho. No pude contenerme, la abracé y me eché a llorar. Le pedí disculpas y le supliqué que me perdonara, que había sido muy injusta y no quería lastimarla. La Mami me secó las lágrimas con sus pulgares y me dijo que estaba todo olvidado. Me confesó que era duro lidiar con los chicos que sabían de su falsa fama y la acosaban, pero lo que peor llevaba eran las críticas sin fundamento y machistas de muchas mujeres que la tachaban de fresca y promiscua. Ella jamás había engañado a su marido y él tampoco a ella. No concebía ni compartía la idea de estar casada o tener pareja y que fuera sinónimo de no poder salir a bailar y tomar algo con sus amigas, puesto que a la Mami le encanta hacerlo. Y no se lo iban a impedir.

—Gracias —le dije después de abrazarnos.

—Nadie es perfecto y a ti te queda mucho por aprender —no lo dijo desde el rencor, sino desde el cariño.

Me sentí muy unida a la Mami, maldije mis prejuicios y me prometí no

dejarme llevar por ellos. La Mami era una mujer estupenda, con las ideas claras y con ganas monumentales de divertirse. De ser alguien a la que detestaba y no quería relacionarme, pasó a ser una buena amiga de la que, estaba segura, que iba a aprender mucho.

Capítulo 18

MA-LI-BE

04:20 h. Domingo 23 de junio

80 pulsaciones por minuto

Nivel de ansiedad: 6 (comienza a estabilizarse)

Nuevos likes en Instagram: 98 (No he subido ni una foto en horas)

Relación con los hombres: detesto a los niñatos inmaduros.

Cuando volvimos del baño, le contamos a las chicas el incidente con el joven descarado. Fiona nos dijo que se habían enterado de algo y que un hombre de seguridad lo había echado de la discoteca. La Mami y yo sonreímos satisfechas. ¿Sería el karma? ¿O acaso en Imperial despachaban a los gilipollas cuando se hacían notar? Nos daba igual y, sinceramente, íbamos a estar más cómodas sin ese niñato revoloteando alrededor de nosotras. Les dije a mis amigas que tenía ganas de bailar, quería dejar de beber mojitos o cualquier cóctel que llevara alcohol y mover un poco la cintura. Elena se emocionó y se puso a bailar con energía. El resto de las chicas la siguieron y todas nos dejamos llevar por el ritmo. Sonaba *Lo malo*, de Ana Guerra y Aitana, una canción muy oportuna para el momento, que canté gritando a coro con Elena: «Yo no quiero un chico malo, no, no, no». Nuria se detuvo para mirar su móvil y sonrió. Esa curva en su boca solo era capaz de provocarla

Julián.

—¡Chicas! Julián me ha mandado un wasap —anunció.

—Hablando de chicos malos —murmuré.

—Hoy es su cumpleaños y quiere venir a celebrarlo con nosotras.

—¿A las cuatro de la mañana? —pregunté con sarcasmo—. Pues sí que le hacía ilusión pasar su cumpleaños contigo.

—¡A la hora que sea! No ha podido venir antes —respondió malhumorada y se volvió hacia Fiona—. ¿Puedes colarlo en la sala vip?

—Claro, cariño. Cuando llegue avísame y en la puerta le doy una de las tarjetas para que pase.

Nuria abrazó a Fiona y le dio una decena de besos por toda la cara en señal de agradecimiento. Fiona se dejó querer y le cogió de la mano para seguir bailando.

—Hermana, ¿no sabías que hoy era su cumpleaños? —preguntó Elena.

—Sí que lo sabía, pero no estaba segura si podría verlo hoy para felicitarle y darle su regalo —contestó.

—¿Y qué le vas a regalar? —insistió su hermana.

—¡Mierda! Tengo su regalo en casa —puso un gesto de preocupación—. Tengo que ir a buscarlo.

—¡Ni de coña! —exclamé—. Tu casa está tan lejos que Julián llegará antes de que tú puedas volver con el regalo.

—¡Tienes razón! Y ¿qué hago?

—Puedes tirártelo en el baño —propuso Fiona.

—Yo creo que es un buen regalo —bromeó Elena.

—O puedes ir al chino que hay en la calle de al lado, que es un veinticuatro horas, y comprarle algo —dijo la Mami.

Nuria se emocionó al recordar que justo al lado de Imperial había una

pequeña tienda regentada por chinos, que vendía todo tipo de regalos y que abría las veinticuatro horas. Dio saltos de alegría, estaba feliz, podía regalarle algo al imbécil de Julián por su cumpleaños. Me hubiera encantado recordarle cuántos regalos había recibido ella por parte de Julián en lo que llevaban saliendo. Ninguno, ni un solo detalle. Decidí callarme, puesto que aquella noche ya había metido suficientemente la pata al abrir la boca. Nuria me pidió que la acompañara al chino a comprar el regalo. No me hacía mucha gracia, pero conocía la insistencia de Nuria y no quería que fuera sola; accedí a acompañarla. Antes de salir le pedí a las chicas que si Salva se pasaba por la zona vip le dijeran que ahora volvía o que me llamara al teléfono.

Después de sortear a decenas de personas y de que el gorila de la puerta de la discoteca nos sellara en la mano para poder acceder de nuevo a local, Nuria y yo salimos en dirección al puto chino. Mi amiga estaba emocionada, como si en aquel antro fuera a encontrar perfumes de *Dior* o carteras de *Vouitton* ¡Lo que hace el encoñamiento!

—Sé que te vas a enfadar conmigo, pero Julián no se merece todo lo que haces por él. Te utiliza y en el fondo creo que lo sabes. —No pude callarme.

—Ana, no todos los tíos son como Sergio —dijo harta de que me metiera con su amante—. Tienes que darle una oportunidad, a mí me hace feliz.

Pobre Nuria, ¡con qué poco se conformaba! La verdad es que no lograba entender por qué ella lo tenía tan valorado. Puede que su cuelgue fuera físico... Aunque, que a las cuatro y media de la mañana estuviéramos yendo a una tienda de chinos a comprar un regalo para Julián, significaba que su cuelgue no era solo físico, sino también emocional. Le dije que le daría una oportunidad y que intentaría ser más comprensiva. Aunque ya le había dado unas cuantas y el muy jeta no cambiaba su actitud.

Cuando entramos a la tienda, una mujer de unos sesenta años, oriental y con

pintas de ser simpática nos saludó. Le pregunté a Nuria qué quería regalarle, esta no lo tenía muy claro. La tienda afortunadamente no era muy grande y solo había dos pasillos. Uno con artículos de ultramarinos, detergentes, lavavajillas, lejía... Y otro con productos de regalo. Nuria estaba indecisa, no sabía si comprarle un marco de fotos, un llavero... y entonces vio un peluche con forma de corazón. Mi amiga sonrió y cogió el corazón, no era de tamaño grande y, por lo tanto, era cómodo de llevar. Fuimos a la caja para pagarlo. Nuria indicó a la mujer oriental que queríamos comprar el peluche. La china sonrió y comenzó a gritar:

—¡MA-LI-BE!

Nos asustamos y retrocedimos unos pasos.

—¡MA-LI-BE! —Volvió a chillar.

—¿Qué dice? —me preguntó Nuria en voz baja.

—No sé, no lo entiendo.

—¡MA-LI-BE! —exclamó por tercera vez.

—Creo que dice: «¡Hay madre!»— intenté traducir.

De repente apareció una chica del pasillo número dos con cara de pocos amigos.

—¡Qué me llamo MARIBEL! No MA-LI-BE —dijo enfadada.

Aquella chica era la cajera y los gritos que pegaba la china eran los intentos orientales por pronunciar el nombre occidental de su trabajadora. Nuria y yo intentamos contener la risa, pero nos fue imposible disimularla. La cajera nos cobró de muy mal modo y ni nos atrevimos a preguntarle si nos podía envolver el peluche. Miré de reojo su placa identificadora en la que ponía claramente *Maribel*. Salimos muertas de risa de la tienda y gritando: «MA-LI-BE».

Al regresar a la discoteca, el portero nos saludó. Nos recordaba porque habíamos salido hacía unos minutos y nos hizo un gesto para que pasáramos de prisa. Dentro se respiraba un ambiente extraño, diferente al que había antes de marcharnos a por el regalo. Nuria y yo nos miramos sin saber lo que pasaba. La gente de la sala vip miraba por el balcón hacia el escenario y hacia otro punto que no podíamos distinguir. Se escuchó algún grito y nadie nos hacía caso, todos estaban mirando algo que desconocíamos. Fuimos corriendo hacía donde estaban Elena, Fiona y la Mami, que se sorprendieron al vernos.

—¿Qué pasa? ¿Por qué todos miran al escenario y hacia arriba? —pregunté con preocupación.

—Es Simón, el hermano de Salva —dijo la Mami.

—¿Qué pasa? —insistí.

—Está en la segunda planta —señaló Fiona. Nuria y yo hicimos un esfuerzo para verle en una especie de balcón individual ubicado justo en frente de donde estábamos nosotras.

—Ha amenazado con tirarse.

Capítulo 19

¡Salta!

04:45 h. Domingo 23 de junio

90 pulsaciones por minuto

Nivel de ansiedad: 9 (nivel acojone)

Nuevos likes en Instagram: no lo he mirado.

Relación con los hombres: ¡no te tires, Simón!

¿Qué había pasado en la discoteca durante nuestra salida a la tienda de chinos? Cuando salimos de Imperial, nuestras amigas estaban bebiendo y bailando tranquilamente. Todo el mundo estaba disfrutando de la fiesta. Al regresar, la gente estaba expectante porque Simón, el hermano de Salva Ramos, estaba de pie en el borde de un balcón de la segunda planta amenazando con tirarse. Se escuchaban murmullos del público, opinaban sobre la delicada situación que se vivía en el local, algunos incluso decían que debía tirarse por haber traicionado a su hermano con Salma. Pero la verdad es que nadie sabía por qué Simón Ramos estaba con medio cuerpo al aire en aquel balcón y con tentaciones de saltar. Parte del equipo de seguridad se acercó a Simón, pero este les pidió que se detuvieran o se tiraba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nuria.

—Nadie lo sabe. Salma y Salva han salido a presentar y, al poco rato, Simón nos ha sorprendido con su amenaza —dijo Elena—. ¿Creéis que será parte del espectáculo?

—Lo dudo mucho —dijo La mami—. Mirad la cara de Salma, es un poema.

Salma estaba estupefacta, asustada y sin saber qué hacer. Se la notaba intranquila, como si ella fuera la responsable de que Simón estuviera en aquel balcón con ganas de saltar. Sin embargo, a Salva se le veía despreocupado. Se ubicó al principio del escenario para escuchar mejor a su hermano. Salva y Salma llevaban micrófonos y todo el público los oía a través de los múltiples altavoces que estaban colocados por toda la discoteca. Simón no llevaba ningún micro y por lo tanto se comunicaba a través de gritos.

—¡Nadie puede detenerme! —chilló Simón—. ¡Voy a saltar!

—¿Qué te pasa, hermano? —preguntó con desdén Salva—. ¿Por qué quieres saltar?

—¡Porque Salma quiere dejarme!

Todo el mundo se sorprendió, sonó un «¡oooooh!» mayúsculo. No daba crédito a lo que estaba sucediendo, Salma iba a dejar a Simón... Puede que aquella noche y debido al beso que nos dimos se le antojara volver con Salva. ¡Puede que yo fuera la responsable de que Simón quisiera saltar!

—Pues únete al club —bromeó Salva. Se volvió hacia Salma pidiendo disculpas por el comentario.

—¡Me niego! ¡Salma, te quiero! —exclamó Simón—. No me dejes.

—Venga, no seas crío y sal de ahí. Salma no te va a dejar.

Salma miró a Salva con los ojos llorosos y negó con la cabeza. Salva tragó saliva porque sabía que ese gesto de su expareja significaba que iba a dejar a su hermano.

—¡Lo ves! Sí que va a dejarme, está saliendo con Alex.

—¿Con Alex? No me jodas... —respondió.

Salva volvió a mirar a Salma y esta se encogió de hombros. Todo le encajaba. Alex había estado especialmente afectuoso con Salva aquella noche, preguntándole cómo estaba, llevándole la cena... Puede que lo hiciera por el sentimiento de culpa o porque quería contarle que estaba saliendo con Salma. Alex siempre se había portado bien con él y sabía que era honesto. Salva sonrió.

—¿Sabes qué? —dijo Salva—. Me alegro por Salma porque Alex es un buen hombre. Mejor que tú, que eres un cobarde.

El público enmudeció. Nadie daba crédito a las palabras que Salva estaba pronunciando y aún menos a las que iba a decir a continuación.

—¡Venga, Simón! ¡Salta! —Hizo un gesto con la mano animándole a tirarse.

—¡No me provoques, que sabes que lo hago! —se defendió confuso.

—¡Hazlo! ¡Salta! ¡No tienes pelotas! Nunca las has tenido y nunca las tendrás. Como cuando te liaste con Salma, no tuviste el valor para decírmelo. Tuve que enterarme por una foto en Instagram. ¡Venga, machote, salta!

—¡No saltes! —gritó Salma preocupada y asombrada por el comportamiento de Salva.

—¡Pues no me dejes! Sé que estás con Alex, os he visto liándoos en el camerino de él —la acusó Simón.

—¡Venga, gallina, salta! —le increpó Salva.

Todo era surrealista. Simón sujeto a la barandilla del balcón asomando su cuerpo al vacío. Salma llorando y pidiendo a su novio que no saltara y Salva acusando a su hermano de cobarde y animándole a que se tirara.

—¡Joder! No hemos pagado entrada, pero no me hubiera importado sabiendo que íbamos a ver semejante espectáculo —dijo Fiona.

—Yo creo que no se tira, es un *cagao* —añadió Elena.

La gente miraba con intriga al trío protagonista del espectáculo. Salma y Salva en el escenario y Simón sujeto a la barandilla del balcón. Parecía un culebrón venezolano.

—¿Vas a tirarte o tengo que explicarte cómo se hace? —bromeó Salva.

Todos reían. Simón estaba nervioso, se daba cuenta de que su intento de llamar la atención para que Salma no le dejara se estaba convirtiendo en una mofa por parte de su hermano. Entonces, resbaló y perdió el equilibrio. Los pies quedaron al aire y tuvo que sujetarse con las manos para no precipitarse. Simón, desesperado, pidió ayuda a seguridad para que lo rescataran. Y así fue, tardaron dos segundos en agarrar a Simón y levantarlo para dejarlo en un lugar seguro.

—¿Lo ves? Eres un pringado, te has resbalado y te has meado encima —se rio Salva.

—¡No me he resbalado! —gritó Simón mientras los agentes de seguridad se lo llevaban—. Me he tirado yo, pero han impedido que pudiera hacerlo.

El público comenzó a reírse por la poca soltura que tuvo Simón al mentir sobre su falsa tentativa de suicidarse. Yo me relajé y agradecí que todo aquello hubiera terminado bien, aunque para Simón el dolor no había sido físico sino emocional. Menudo bochorno tuvo que pasar al quedar como un patán delante de tanta gente.

Salva pidió un aplauso para el payaso de su hermano y la gente le acompañó. Se estaba quedando a gusto, quizás fuera por los años de abuso por

parte de Simón o porque estaba dolido por cómo lo engañó con Salma. Después bromeó sobre su caché y lo injusto que le parecía lo que iba a cobrar esa noche con el espectáculo que había dado. ¡Todo ese culebrón no estaba acordado en el contrato! Tenía al público en el bolsillo. Continuó con la presentación hasta que llegó el momento de terminar. Estaba eufórico y feliz. Invitó a todo el mundo a disfrutar de la fiesta y se despidió con la siguiente frase:

—Ahora, todo el mundo a bailar. Y, si me lo permitís, yo me voy ya porque una mujer increíble me espera.

El público enloqueció y estalló en aplausos. Yo dibujé una gran sonrisa en mi rostro y sentí un pequeño orgasmo.

Capítulo 20

Un abrazo reconfortante

05:14 h. Domingo 23 de junio

Salva Ramos apresuraba sus pasos en dirección al *backstage*. Había terminado la presentación y varias cosas le rondaban por su cabeza, entre ellas volver a verme, y de inmediato ir a hablar con Alex para aclarar todo el asunto con su hermano y Salma. No es que quisiera pedir explicaciones, pero moralmente se veía obligado a intervenir, al fin de cuentas, Simón era su hermano y Salma su expareja. Quería comprobar si todo estaba bien.

En la puerta del *backstage* le esperaba Alex de pie, con un gesto de preocupación en su cara y los hombros encogidos.

—Te pido disculpas, Salva. Quería contártelo, pero te vi tan afectado cuando te dije que Salma venía a la fiesta que pensé que sería mejor esperar un poco —dijo arrepentido.

—No pasa nada, Alex —respondió comprensivo—. No tienes que darme ninguna explicación, aunque te agradezco que lo hagas.

—¡Joder!, Salva, sabes que te aprecio mucho y que nunca haría algo que pudiera lastimarte. Pero así es el amor... Salma y yo nos hemos encoñado como dos adolescentes.

Salva sonrió y se alegró de corazón por su amigo. En el fondo pensó que Salma estaría unos meses con él y que más tarde se cansaría e iría a por otra conquista, pero intentó disipar ese pensamiento cruel y centrarse en animar a Alex.

—Yo estoy bien, de verdad. Salma es parte del pasado. Cuando me dijiste que vendría esta noche me sorprendí e incluso me agobié porque hacía mucho tiempo que no la veía. Ahora que he estado con ella, sé que ya no siento nada.

—¿Seguro? —insistió Alex.

—Seguro. Deberías preocuparte más por mi hermano.

Salva hizo un gesto con la cara indicando a Alex que se diera la vuelta. Dos agentes de seguridad sujetaban a Simón y lo llevaban a su camerino. Si es que tenía camerino... No sé muy bien a dónde lo llevaban, quizás lo despachaban de la discoteca.

—¡Te odio! —gritó Simón—. ¡Me has arruinado la vida!

—Siempre tan exagerado... —murmuró Salva sin que su hermano pudiera oírlo—. No sé muy bien si se refiere a ti o a mí. Ahora mismo yo no le caigo muy bien.

—¡Alex, eres un hijo de puta! ¡Te odio! —sentenció Simón dando respuesta a la duda de su hermano.

—Pues ya sabemos a quién se refería —bromeó Alex.

—¡Hermano, no pasa nada! ¡Móntate un canal de YouTube y verás lo bien que te va! —exclamó Salva con ironía.

Los agentes de seguridad se llevaron a Simón, digamos, a un cuarto desconocido. Alex cogió a Salva por los hombros y le dio las gracias. Se sentía afortunado al conocerlo y quería manifestar su agradecimiento al ser tan comprensivo. Salma apareció en el *backstage* y al ver a Alex le abrazó.

—¡Qué mal rato he pasado! —dijo entre lágrimas—. Pensaba que Simón se tiraba del balcón.

—Eso es porque lo conoces poco. Mi hermano no tiene el valor suficiente para hacer eso, aunque sí el afán de protagonismo como para fingir un suicidio en público.

—Tú me has hecho pasar un mal trago animándole a que se tirara —le reprochó.

—Peor me lo hiciste pasar tú cuando os liasteis a mis espaldas —dijo sin pensar—. Disculpa, se me ha escapado.

—Puede que Salma no sea tan parte de tu pasado cómo pensabas —reflexionó Alex.

—Sí, claro que es parte del pasado. Lo que pasa es que me he metido tanto en el papel de víctima despechada por la traición y me he regocijado tanto en el dolor estos meses que, a veces, suelto estas cosas, pero no las pienso —Salva fue sincero. No era rencor, ya no. Simplemente le costaba desprenderse del mal hábito de quejarse y autocondpadecerse.

Salma se acercó a su ex y le dio un abrazo. Salva se sintió reconfortado, sentía que ese abrazo llegaba tarde, lo extrañó en la soledad de su habitación cuando se maldecía por no estar con ella. Aunque, en ese momento, el calor de Salma lo reconfortó, supo que el pasado quedaba atrás, que las noches en penumbra y llenas de rabia habían desaparecido. Se sentía con fuerzas para caminar sin Salma, con energía para seguir trabajando en lo que más le gustaba y afortunado de poder vivir de ello. Estaba ilusionado por volver a mirarme a los ojos y saber más sobre mí.

—Espero que algún día puedas perdonarme —le pidió Salma.

—Yo también —se sinceró—. Creo que vamos por el buen camino. Has sido muy importante para mí, Salma. Siempre lo serás, por eso necesito tiempo para quedarme con lo bueno y borrar tu traición.

—Tómame el tiempo que necesites. Si alguna vez puedes perdonarme, sabes

que tienes una amiga.

Salva le devolvió el abrazo y fue incapaz de no derramar unas lágrimas. La había querido con locura y los recuerdos le golpeaban la mente. Supo, mientras abrazaba a Salma, que muy pronto la perdonaría, cuando no doliera verla. Y eso ya estaba pasando.

Capítulo 21

Trabajo duro

05:22 h. Domingo 23 de junio

80 pulsaciones por minuto

Nivel de ansiedad: 5

Nuevos likes en Instagram: ¡NO ME LO PUEDO CREER!

Relación con los hombres: ¡espero que sí!

Mis amigas me felicitaron por las palabras que había dicho Salva Ramos refiriéndose a la mujer que tenía ganas de ver, sabían de sobra que era por mí. Estaba emocionada, había sido tan intenso nuestro encuentro en el escenario y en el *backstage* que tenía ganas de más. Miré el móvil para comprobar la hora que era y entonces me di cuenta de algo increíble. Mi móvil echaba humo. En menos de dos horas había obtenido más de cinco mil nuevos seguidores en mi cuenta de Instagram. No daba crédito a lo sucedido. Era imposible, había tardado dos años en tener siete mil seguidores y ahora en dos horas casi los había duplicado. Reinicié la aplicación para asegurarme de que no era un error de la *app*. Al volver a entrar, observé que no era un fallo, tenía doce mil seguidores en total. Por un momento pensé que iba a saludarme el famoso algoritmo de Instagram y soltarme: «Jódete, Ana. Es una broma» y volver a

mis siete mil seguidores. Pero no, los seguidores eran reales.

—Chicas, ¡tengo doce mil seguidores en Instagram! ¡He pasado en dos horas de siete mil a doce mil! —chillé como una loca y les mostré la pantalla de mi móvil con mi perfil.

—¡Qué bien! Ahora que tienes más de diez mil seguidores podrás poner enlaces externos en los *stories* —dijo Elena con alegría.

—Sí, hermana, en eso está pensado Ana ahora, en los enlaces externos.

—¡Felicidades, Ana! —exclamó la Mami.

—No me extraña que te haya seguido tanta gente y más que te van a seguir.

—¿Por qué? —pregunté confusa.

—Tu vídeo del morreo con Salva Ramos lleva dos horas siendo el más viral en las redes —Fiona nos enseñó en su móvil la grabación del nuestro apasionado beso—. Lo habrán grabado cientos de personas y estás número uno en YouTube.

—¡Como Camila Cabello cuando saca videoclips! —celebró Elena.

En todos los años que llevaba trabajando como *community manager*, desarrollando estrategias y campañas de publicidad digitales para que las empresas que me contrataran tuvieran visibilidad *online*, nunca había conseguido tanta repercusión. Incluso, en mi Instagram personal, del que podía presumir de tener más de siete mil personas que me seguían a base de mi esfuerzo y dedicación, jamás había conseguido tantos seguidores en un tiempo tan reducido. «No hay nada como liarse con un famoso», pensé con pena. Aunque esa era una de las pocas cosas que estaba convencida de no cambiar aquella noche ni nunca, iba a seguir trabajando duro y disfrutando para conseguir mis sueños. Y hablando de famosos, Elena nos asustó a todas al gritar:

—¡Mira, Ana, por ahí viene Salva!

Capítulo 22

¿Cómo estás, preciosa?

05:30 h. Domingo 23 de junio

90 pulsaciones (fruto de ver a Salva)

Nivel de ansiedad: 7

Nuevos likes en Instagram: ¿cientos, miles, millones?

Relación con los hombres: vuelvo a simpatizar con el género masculino. Aunque prometo no emocionarme demasiado.

Salva Ramos buscaba entre la gente que estaba en la sala vip con la esperanza de volver a verme. Por un momento pensé en hacerme la interesante y actuar como si no lo hubiese visto. Así en cuanto me encontrara y posara su mano en mi hombro o en mi cintura (prefiero en la cintura) optaría por dar un giro triunfal a lo *chica Bond* y le dedicaría la mejor de mis sonrisas. Pero caí en la cuenta del alarmante estado de embriaguez de Elena y, si optaba por ir de divina, seguramente ella metería la pata con algún «¡te hemos visto desde lejos!» o peor aún: «Ana, no mientas. Si has gemido desde que lo has visto venir». Así que decidí ir en su búsqueda y ahorrarme pasar el mal trago. Salva sonrió al verme y me saludó con la mano. ¡Qué guapo estaba! A medida que nos acercábamos el corazón me latía con más fuerza y mi piel se erizó cuando lo tuve justo delante de mí.

—¿Cómo estás, preciosa? —me saludó.

—Bien, contenta de volver a verte —pude responder sin atragantarme o tartamudear—. Ven, quiero presentarte a mis amigas.

—¡Claro! Pero antes, si me lo permites...

Rodeó con sus brazos mi cintura, me acercó a él y me besó. Deslicé mis manos hasta su espalda y me dejé llevar. No levanté una pierna ni nada de eso, pero sí que sentí su vientre junto al mío, su sexo pegado a mí, su respiración acelerada. Separamos nuestros labios y nos miramos a los ojos, como si no hubiese nadie más en aquella discoteca repleta de gente.

—Lo siento, tenía que hacerlo —sonrió de nuevo.

—¿Ya empezamos con las disculpas? —solté una pequeña carcajada. Cogí a Salva de la mano y lo llevé hasta donde estaban mis chicas.

Elena dio saltos de emoción y abrazó al *influencer*. Fiona y la Mami lo saludaron con confianza, como si lo conocieran desde hace tiempo y lo colmaron de halagos. Por último, le presenté a Nuria, haciendo hincapié en que era mi mejor amiga. Nuria le dio dos besos y le aconsejó con gracia que me tratara bien. Salva le respondió que esa era la idea y les hizo saber que era un placer conocerlas. Nos hicimos unas cuantas fotos todos juntos para después subirlas a las redes sociales. Fue un poco complicado enmarcar a tanta gente y aun más porque Elena no paraba de revolotear de un lado para otro. Al final sacamos dos o tres medio decentes. Me hizo mucha ilusión fotografiarme con él y mis amigas, era un bonito recuerdo que quería preservar. Tenía sed y le propuse a Salva ir a la barra a tomar una copa, algo sin alcohol, un zumo o un refresco. Él aceptó de muy buena gana y esta vez fue Salva el que me cogió de la mano para ir a por nuestras bebidas.

—Ha sido un poco fuerte lo que ha pasado con tu hermano —solté mientras esperábamos a que el camarero nos atendiera.

—Es un pringado, Simón es incapaz de saltar o de hacer algo que requiera un poco de valor.

—Ya lo he visto, le ha cambiado la cara cuando se ha resbalado —bromeé.

—Pues eso, solo quería dar pena y llamar un poco la atención. Siempre ha sido un cobarde, de pequeño hacía cientos de trastadas y, cuando mis padres descubrían el pastel, el muy gallina me culpaba a mí. Estoy acostumbrado a sus juegos sucios.

—¡Joder, pues nos ha dejado a todos alucinados! Aunque la tensión ha subido cuando le has propuesto que saltara.

—A eso se le llama terapia de choque. Si tienes miedo a saltar y en realidad es lo que quieres hacer, ¡saltas! —explicó con ironía. Sabía de sobra que su hermano no quería saltar—. Solo quería dar pena y eso me sabe muy mal. Que asuma que Salma ya no le quiere y pase página.

Tuve muchas ganas de preguntarle si él lo había hecho. Si había pasado página respecto a Salma. Algo que me desagradaba de sus vídeos de YouTube es que Salma solía estar presente, o bien a modo de recuerdo, reproche, o bien como ejemplo ilustrativo de su tortuosa relación. No me gustaba cómo exponía a su expareja en aquellos vídeos tan exitosos y con tantas visualizaciones y, antes de conocerle en persona, me hacía sospechar que era un amargado incapaz de olvidar su anterior relación y que mentía en muchos de sus vídeos. Claro está, no era el momento ideal para comunicar a Salva lo que opinaba sobre él. Un camarero se nos acercó y pedimos dos refrescos de naranja. Salva me miró y me acarició el pelo con su mano.

—En cuanto te vi en el escenario supe que eras especial —soltó sin anestesia ni vaselina, como si una estuviera acostumbrada a escuchar esas cosas a diario.

—Seguro que le dirás eso a todas —fue mi respuesta automática para ganar un poco de tiempo y asimilar el cumplido.

—No. Nunca regalo mis palabras, digo lo que siento. Ana, después de

romper con Salma y tras meses de terapia con mi psicóloga y con mis vídeos, aprendí que solo me entregaría a la mujer por la que sintiera algo especial. No me voy con cualquier persona, tal y como te dije en el *backstage*, eso no me llena. De hecho, nunca me ha llenado.

—Pues entonces es todo un halago, no estoy muy acostumbrada a que los hombres me traten así —me sinceré. Salva me hacía sentir muy cómoda.

—Y ¿cómo te han tratado?

—Como algo que pueden utilizar y cuando ya no les sirvo se van. —Esa era la cruda realidad.

—Yo no te estoy prometiendo amor eterno. —Mal empezamos, Salva—. Pero sí que me gustaría conocerte y jamás se me pasaría por la cabeza utilizarte a mi antojo. Apenas sé de ti, pero algo me dice que eres una mujer increíble. —Bueno, había mejorado con creces su desafortunado comienzo.

—A mí también me encantaría conocerte. Yo sí que te he visto en tus vídeos, pero sospecho que no eres el hombre de hielo que sale en YouTube.

Salva sonrió ante la evidencia. Pocas personas habían sido capaces de ver más allá del popular personaje de internet que era Salva Ramos. Le gustó escuchar aquella afirmación.

—¿Tienes pareja? —preguntó con interés.

—No, ya no.

—¿Ya no?

—Lo dejamos hace unos meses.

—Y ¿tú estás bien? —prosiguió con el interrogatorio.

—Sí, esta noche han cambiado muchos pensamientos que tenía. Me he dado cuenta de que se puede disfrutar de la vida sin tener pareja.

—¡Celebro tu reflexión! Parece que esta noche no soy el único que está cambiando su forma de ver las cosas.

—Me ha costado lo mío —bromeé, aunque era la verdad.

—Pero ¿no le cierras la puerta al amor?

—No. Pero no cualquiera va a tener pase.

El móvil de Salva no dejaba de vibrar en el interior de su bolsillo derecho. Lo sacó y comprobó que tenía cuatro llamadas perdidas de Michel y un sinfín de wasap pidiéndole que le respondiera.

—Es mi representante. Tengo que hablar con él.

—Si quieres te acompaño a la puerta, aquí hay mucho ruido y no escucharás nada.

Avisé a mis amigas de que íbamos afuera para que Salva pudiera hablar con Michel. Tenían una conversación pendiente.

Capítulo 23

Puente de Piedra

05:50 h. Domingo 23 de junio

70 pulsaciones

Nivel de ansiedad: 3

Nuevos likes en Instagram: 1070 (todos en la foto que he subido con Salva y mis amigas)

Relación con los hombres: sí, ¿por qué no?

Corría una leve brisa que sofocaba el calor que me impregnaba el cuerpo. Apenas pasaba gente por la calle y, aunque era de noche, se intuía que en poco rato comenzaría a amanecer. Salva recibió otra llamada de Michel justo cuando salíamos, yo me apoyé en la pared de Imperial y me limité a observarlo. Él me acompañaba con la mirada haciéndome cómplice de la conversación.

—Michel, ¿por qué me llamas tan tarde? ¿No duermes?

—Tío, eres la leche —Michel ignoró sus preguntas—. El vídeo del morreo con la pava esa ha hecho que estés en todas las revistas digitales, redes sociales y portales como número uno en tendencia. Esto va a ser muy bueno para tu canal y para que subamos tu caché.

—No me has respondido, ¿no estás en casa? —insistió. Salva conocía el currículum de su representante y algo le hacía sospechar que no se había quedado en su casa con su mujer.

—No, joder... me he ido de fiesta con unos amigos y unas pibitas y lo estamos pasando de puta madre.

—¡Qué sorpresa!

—Oye, no pasa nada. Estamos en el piso de un amigo, unas rayas y un poco de sexo de vez en cuando no vienen mal.

—Eso díselo a tu mujer —respondió enfadado.

Salva comenzaba a estar harto de los vicios y deslealtades de su amigo, si es que le podía llamar así. Entonces cayó en la cuenta de otra de sus mentiras.

—¿Por eso no me has podido acompañar a Zaragoza? ¿Para correrte una juerga?

—No te pongas así, Salva. En teoría sí que estoy en Zaragoza o eso cree mi mujer.

Esa fue la gota que colmó el vaso. Salva pensó en lo que yo le había dicho, en que aquella noche estaba cambiando mi forma de ver la cosas y de actuar. Cerró los ojos y se enfrentó a Michel.

—Ni de broma voy a formar parte de tu engaño —dijo en un tono serio—. Michel dudo mucho que me vayas a seguir representando. Ahora mismo me das asco.

Antes de que Michel pudiera responder, Salva colgó y apagó el teléfono. Me miró y sonrió con un cierto sabor a tristeza, apoyó sus manos en la pared y se inclinó a mi lado. Supe que necesitaba desconectar, olvidar aquella conversación por un momento para poder digerirla más tarde y con menos nivel de rabia. Me puse delante de él y le pasé mis brazos por encima de sus

hombros.

—Sé lo que necesitas. Vamos a dar un paseo, esta parte de la ciudad es una maravilla.

Estábamos en el centro de Zaragoza, la discoteca estaba ubicada en una parte privilegiada de la ciudad. Cuando estaba triste me encantaba pasear por sus calles estrechas y antiguas, bañadas de piedra con historia, salpicadas por el pasado y el presente. Caminamos por el Paseo Echegaray, una de las avenidas más amplias del casco de la ciudad. Por el día está concurrida de tráfico, por la noche es un remanso de paz y serenidad donde solo se escucha algún que otro coche que pasa y la fuerza del río Ebro. Quería llevarle a uno de los sitios más especiales para mí y estábamos muy cerca. Pisamos el Puente de Piedra, que es vecino de la majestuosa Basílica del Pilar, y sus pies los baña el Ebro. Es un puente grueso, precioso y, como su nombre indica, de imponente piedra. Nos apoyamos en uno de los bordes contemplando la basílica, el río y el inminente amanecer.

—Ana, es precioso —susurró y me besó.

—Este es uno de mis lugares favoritos de la ciudad. A veces vengo aquí cuando necesito desconectar. Siempre está muy transitado, pero aun así me relaja.

—No me extraña, aquí todo se olvida —dijo feliz.

—Salva eres un tío estupendo —me sinceré.

—Menos mal que piensas eso y no que soy el hombre de hielo de mis vídeos —bromeó. Era evidente que le había calado mi comparación.

—Es que en YouTube pareces un poco chulo y creído. —Volví a no pensar antes de hablar—. Pero en persona eres encantador.

—Ana, en mis primeros vídeos hablaba el dolor y el despecho. Salma me lo hizo pasar muy mal. Además, la escandalosa forma de enterarme de su infidelidad y con mi hermano, ni más ni menos, potenció la sed de venganza.

Después me di cuenta de que el personaje de chulo autosuficiente funcionaba y le saqué partido. Pero es solo eso, un personaje.

—Tampoco puedo hablar mucho... —suspiré—. Mi novio me dejó por controladora.

—No te entiendo —frunció el ceño.

—Pues que como estaba harta de que no contara conmigo, de que yo siempre fuera la última en enterarme de lo que iba a hacer y no podía controlarle, le di un ultimátum. Y se fue. —Me encogí de hombros.

—¿Eras feliz viviendo así? —Me sorprendió su pregunta.

—No, claro que no. De lo contrario no le hubiese dicho nada.

—Pues yo lo veo de otra forma —sonrió—. Creo que estabas en una relación que te amargaba y no disfrutabas y tuviste el valor de plantarle cara a tu exnovio y decirle que no querías seguir así. No opino que fueras controladora, sino inconformista.

—Puede ser... —susurré poco convencida.

—Claro que sí. Ana, tuviste las narices para despachar de tu vida a una persona con la que no estabas bien. ¡Fuiste muy valiente y ni si quiera te habías dado cuenta! No te imaginas cuanta gente sigue en una relación por miedo a estar solo, aunque de esa forma no sea feliz.

Una sensación de alegría y autorreafirmación me invadió. No lo había visto desde el punto de vista de Salva. Puede que no fuera una controladora en potencia y que mi justo calificativo sea inconformista. Tuve el coraje de cambiar mi vida y decirle a Sergio que lo que hacía no me llenaba, que era infeliz en aquella relación y decidí apostar por mí. Lo malo es que no lo había entendido de esta forma y había estado tres meses llorando y cabreada conmigo misma por haber dejado escapar a Sergio. Cuando en realidad inconscientemente ese era mi objetivo: echarlo de mi vida. Me sentí aliviada y orgullosa de mí misma. Salva sacaba lo mejor de mí.

—¡Joder! Estoy tan eufórica que podría ponerme a correr —espeté con

alegría.

—Es un poco temprano para hacer *running* —dijo entre risas. Me preguntó la hora, ya que él había apagado el teléfono. Pasaban de las seis de la mañana —. Tengo que volver para despedirme del equipo del evento y dar por terminado mi trabajo.

Tardamos diez minutos en regresar a la puerta de la discoteca. Paseamos sin prisa cogidos por la cintura como dos enamorados. Me encantaba su compañía, su olor, su voz...

—Salva, me ha encantado conocerte.

—Y a mí —respondió—. No sé si te parecerá precipitado, pero si te apetece puedes venirte al hotel conmigo.

Claro que me apetecía. Me moría de ganas por verlo desnudo y acariciar su cuerpo. Por fundirme con él debajo de las sábanas, sentirlo dentro de mí y que me demostrara toda su pasión. Era tan excitante pensarlo que me estremecí. Pero yo no era así, no era un juicio de valor ni nada por el estilo, simplemente me gustaba lo romántico. Conversar un poco más antes de acostarme con aquel dios griego. Lo reconozco, estaba un poco chapada a la antigua. Me da pena toda la velocidad y prisa desmedida que hay hoy en día por acostarse con alguien en cuanto se atraen un poco. Me encanta el sexo, pero también el arte del cortejo por ambas partes, la seducción, el juego...

—Me gustaría mucho, pero soy un poco clásica. —No tuve recelo en sincerarme—. Me gusta que haya por lo menos una cita antes de pasar a la cama.

—Me parece perfecto. —Salva estaba de acuerdo y sonrió—. Algo especial tiene que tratarse de forma especial. Si quieres podemos tener nuestra primera cita.

—Pero ¿no tienes que marcharte?

—Mira, en la puerta de esa cafetería —señaló una tetería que estaba en frente de nosotros, cerca de la discoteca—, pone que abren en una hora. Si quieres podemos tener nuestra primera cita aquí. Después ya veremos lo que hacemos.

—Me encanta la idea —sonreí ilusionada y nos besamos. Estaba empezando a sentir algo muy especial por Salva. Me gustaba su espontaneidad, su carisma, su dulzura.

Después de fijar e improvisar la hora de nuestra primera cita, entramos en Imperial. Nos separamos, no sin antes deleitarnos con otro beso, todo parecía sacado de un sueño. Salva fue al *backstage* y yo a la sala vip. Llevaba unos segundos sin él y ya tenía ganas de volver a verlo, lo sé, una actitud de quinceañera, pero ¡qué bien sentaba, joder! Mi sonrisa se borró a medida que me acercaba a mis amigas y vi al payaso de Julián. «Disimula, Ana. Hazlo por Nuria», pensé y volví a dibujar otra sonrisa en mi cara, por supuesto, esta mucho más falsa.

—¡Hola, Julián, me alegro mucho de verte! —chillé.

Falsa, falsa, falsa.

Capítulo 24

Cara de niño bueno

06:10 h. Domingo 23 de junio

70 pulsaciones

Nivel de ansiedad: 5 (Julián me incomoda un poco)

Nuevos likes en Instagram: 572

Relación con los hombres: ¡tengo una cita!

Todas mis amigas se interesaron por saber qué habíamos hecho Salva y yo en la calle. Les conté lo sucedido, la forma en que había sido casi una superheroína al cortar con Sergio y que en menos de una hora tenía una cita con el amor de mi vida, así lo había dicho Abi. Las predicciones se estaban cumpliendo.

—¡Qué romántico! —exclamó la Mami apoyando su mano sobre mi hombro—. Me alegro mucho por ti, cariño.

—Estoy muy ilusionada —confesé.

—Entonces, ¿te has dado el filete con Salva Ramos? ¡Eres una campeona! —dijo Julián—. Y ¿Salma también está dispuesta a repartir besos? —Detestaba a ese hombre con todas mis fuerzas; ¿cómo era capaz de hacer esa pregunta con mi amiga delante? O, mejor dicho, ¿cómo podía gustarle a Nuria?

—No, Salma tiene novio —dije tajante. Me di cuenta de mi tono de voz serio y quise relajar el ambiente—. Por cierto, ¡felicidades!

—¿A mí? Si has sido tú la que te has enrollado con un famoso.

—¡Por tu cumpleaños! —le indicó Nuria.

—¡Ah, joder! Como es tan temprano se me había olvidado —afirmó.

—Joder, por un momento he pensado que también te lo habías inventado, como el de Elena —le dije a Nuria.

—No, en realidad, me inventé el de mi hermana por el cumpleaños de Julián —explicó orgullosa.

Elena lamentó que no fuera su cumpleaños y siguió bailando. Julián miraba mucho a la Mami, parecía que le estaba haciendo un escáner con los ojos. Ella se dio cuenta y se sintió incómoda. Nuria parecía ajena al asqueroso comportamiento de su amante o se hacía la tonta muy bien.

—¡Necesito una copa! —mentí, solo quería apartarme del cerdo de Julián. Agarré a la Mami por la espalda—. ¿Me acompañas?

La Mami y yo nos fuimos a la barra a pedir un botellín de agua. Julián y Nuria se quedaron bailando.

—¿Te ha gustado el regalo? —le preguntó Nuria.

—¿Qué regalo? ¡Ah, el peluche! Sí, claro. Es una muestra de nuestro amor —respondió el muy hortera.

—¡Qué bonito! Yo también te quiero.

—Nena, ¿qué te parece si me das otro regalo en el baño? Me daría mucho morbo que me la chuparas en el aseo. —Le dio el peluche—. Toma, así podrás apoyarte para hacerlo mejor.

Menos mal que lo dijo cuando nosotras no estábamos; más tarde nos lo contó Nuria, después del escándalo, pero no quiero adelantarme. A mi amiga

le pareció excitante la propuesta de Julián y dejaron a Fiona y a Elena en el reservado mientras ellos se iban al baño.

—Es un poco orangután el amante de Nuria, ¿verdad? —me preguntó la Mami.

—No puedo con él. Es un egoísta y solo la utiliza.

—Además, si dijeras que es guapo, pero no tiene ni eso y va de dandi.

Abracé a la Mami con fuerza y le dije: «¡Qué bien me caes!». El camarero nos dio un botellín de agua a cada una, pagué las bebidas y caminamos hacia nuestro reservado. De repente, una voz muy familiar me llamó por mi nombre. Una voz que tenía casi olvidada, que pensaba que me daría escalofríos al volverla a oír. No había ninguna duda, era su voz. No tenía que darme la vuelta para comprobarlo e, incluso, pensé en salir corriendo. Pero era una mujer valiente, ya no era la asustadiza y conformada de antes, tenía que plantarle cara. Me giré y ahí estaba Sergio, llamándome con cara de niño bueno.

Capítulo 25

La ruptura

Hace tres meses...

Sergio buscaba una toalla para secarse después de salir de la ducha. Había una que le gustaba especialmente y no la encontraba. Yo estaba en la cocina recogiendo la vajilla que había lavado después de comer. Él me llamó desde el cuarto donde guardábamos las toallas.

—¡Ana!, ¿se puede saber dónde está mi toalla de Adidas?

—¿De qué color es?! —grité desde la cocina.

—Joder, ven aquí y me lo dices —me pidió con muy mala leche.

Dejé lo que estaba haciendo y me dirigí hacia el cuarto.

—Sergio, ¿de qué color es la toalla? —insistí molesta.

—Negra, la toalla es negra con el logo de Adidas.

—Pues está en el cuarto cajón con las toallas oscuras. Está todo ordenado.

—¡Joder, Ana, eres una maniática! —Abrió el cuarto cajón y buscó la toalla —. ¡Aquí no está!

—¡Pues yo qué sé! Quizás esté para lavar.

—¡Lo que me faltaba! —Cogió otra toalla y se secó—. Empiezo a estar hasta las pelotas de tu ridícula manera de ordenar todo. Las toallas tienen que

estar como tú quieres, la casa tiene que estar bajo tu control... esto es insoportable.

Las quejas de Sergio me afectaron más de lo normal. Yo hacía todo con la mejor de las intenciones y para que fuera más cómodo de encontrar. Intenté no enfadarme y ser comprensiva, pero llevaba mucho tiempo soportando sus insistentes protestas. Mi paciencia comenzaba a colmarse de tanto escuchar lo controladora, maniática y absorbente que era. Eran muchos reproches para lo poco que colaboraba él en casa, bueno, en casa y en nuestra relación.

—Sergio, solo creo que todo es más sencillo si está ordenado.

—Pues me toca un poco las narices tanto orden. Me voy a vestir y me marcho con los amigos a ver el partido.

Aquella tarde habíamos quedado en acompañar a Nuria a comprar una mesita a Ikea y después a ayudarla a montarla. Me sentó fatal que no recordara nuestra cita con mi amiga y, para variar, que no contara conmigo para sus nuevos planes.

—Le dijimos a Nuria que iríamos con ella a Ikea —le reproché.

—¿Qué se me ha perdido a mí en Ikea? —dijo con ironía mientras se ataba las deportivas—. Ve tú con tu amiga, que yo me voy con los míos.

—¡Joder, macho! Siempre me haces igual, evitas mis planes y no me incluyes en los que haces.

—Oye, Ana, me tienes muy harto ya con tanto control sobre mí. Me agobias, no me dejas tranquilo ni un minuto.

Esas palabras fueron como patadas en mi estómago. Me sentí humillada. Si yo era una controladora tenía que ser espantosa, porque por más que intentara hacer cosas con Sergio, siempre se salía con la suya. Vivía en un sinvivir. Desesperada, opté por enfrentarme a él.

—No puedes hacer lo que te dé la gana, siempre me tienes como segunda opción.

—Desde que vine a vivir contigo te has vuelto una amargada. No haces otra cosa que estar pendiente de lo que hago. Te sabe mal si quedo con mis amigos y te vuelves loca como ahora.

—No me sabe mal que quedes con tus amigos —me defendí, aunque Sergio sabía darle la vuelta a todo con mucha soltura—. Simplemente me disgusta que hayamos quedado con Nuria y como no te encaja el plan te vas con tus amigos. O, aún peor, como no te acordabas haces tu marcha sin contar conmigo. Muy típico de ti.

—Ana, es insoportable vivir contigo, no paras de acusarme de cosas que hago mal y no te das cuenta de que así te estás cargando nuestra relación. Joder, que no estamos casados y parecemos un matrimonio.

Su crueldad provocó que comenzara a llorar. No daba crédito a lo que estaba escuchando. Para una vez que le decía cómo me sentía, Sergio decidía atacarme con toda su artillería.

—¡Lo que faltaba, ahora te pones a llorar! —protestó sin hacer nada de autocrítica, sin pensar que él era el culpable de que yo derramara aquellas lágrimas—. Mira, Ana, me voy a ir y cuando vuelva espero que hayas razonado y te des cuenta de que es absurdo el numerito que estás montando. Vete a Ikea con Nuria y me criticáis por los interminables pasillos de ese laberinto de muebles.

Todo el rato me culpaba, se reía de mí, me hacía la única responsable de nuestras peleas. Sentí rabia e impotencia, no quería que esta vez se saliera con la suya.

—Si te vas hemos terminado —me atreví a decir.

Él se dio la vuelta sorprendido. Me miró confundido y dijo:

—No sabes lo que estás diciendo...

—Sé perfectamente lo que estoy diciendo, Sergio. Si te vas con tus amigos y no vienes con Nuria y conmigo, hemos terminado.

—Ana, te conozco. Te vas a arrepentir de tus palabras. Me voy a ir y luego cuando vuelva me pides perdón.

—Te lo digo por última vez —mi tono fue más serio y contundente—. Si te marchas hemos acabado.

Se me escapó un suspiro por los nervios y Sergio se aprovechó de mi momento de debilidad. O quizás se dio cuenta de que no me quería y, si rompíamos, era totalmente libre para hacer lo que quisiera. Ya lo era, pero, si no estaba conmigo, nadie le pediría explicaciones cuando llegara tarde a casa o no se inventaría excusas para salir con sus amigos... Sería libre, sin dar justificaciones sobre nada. La idea debió de seducirle por completo porque no dudó en romper la relación.

—Ana, esto te va a doler más a ti que a mí, pero si insistes me voy.

Cerró la puerta de un portazo y escuché sus pasos alejándose del portal. Fui al cuarto y me tumbé en la cama. No estaba segura de lo que había pasado, no sabía si había hecho bien o mal, me ahogué en mi propio llanto. Su frialdad me dejó rota. No vaciló al marcharse. No le dolió. Llamé a Nuria para contarle lo sucedido.

—¿Qué tal, cariño? ¿Cuándo venís a buscarme? —preguntó.

—Ha pasado algo, Nuria —dije llorando—. Sergio y yo hemos roto.

—¿Qué dices? ¿Estás bien?

—¿Puedes venir y hablamos un rato?

—Claro que sí. Ahora mismo voy.

—Nuria.

—Dime.

—Trae vino y helado.

Capítulo 26

Márchate

06:18 h. Domingo 23 de junio

100 pulsaciones (sobra decir el porqué)

Nivel de ansiedad: 10

Nuevos likes en Instagram: no sabe, no responde.

Relación con los hombres: detesto a Sergio.

No podía creerlo, el pasado había vuelto a mi vida cuando menos lo esperaba, como una broma macabra del destino. Delante de mí, después de tres meses de no saber nada de él, estaba Sergio con su sonrisa de oro y llamándome. Parecía que se alegraba de verme, algo que contrastaba mucho con nuestro último encuentro. Cogí a la Mami de la mano, no sé muy bien si para no perder el equilibrio o para no darle un bofetón a Sergio. Aunque, conociendo a la Mami, si no se lo daba yo, es probable que se lo diera ella cuando supiera quién era el chico que pronunciaba mi nombre.

—Ana, ¡cuánto tiempo! —dijo como si nada.

—Sergio, ¿qué haces aquí? —pregunté sin rodeos.

—Estaba en la sala de abajo y te he visto participar en los juegos de antes y cómo te has morreado con el presentador. ¡Joder, Ana! ¡He flipado! Nunca

imaginé que fueras capaz de hacer eso.

—¿Por qué no? —Ya había entrado en su juego, qué bien me conocía.

—No sé, porque no es propio de ti. Tú eres más fría, piensas las cosas mil millones de veces antes de hacerlas...

—Sergio, si has venido a insultarme o a echarme algo en cara no estoy para mierdas —le solté.

—No, de verdad. Solo quería volver a verte porque me ha molado mucho lo que has hecho en el escenario. Incluso me has puesto un poco cachondo —dijo acercándose a mí y casi susurrando.

En otro momento me hubiera derretido saber que aquello le había excitado a Sergio, pero ya estaba en otro nivel. No me importaba lo que él quisiese. Esta vez la que no quería saber nada de él era yo. Me aparté de su lado.

—Tengo que volver con mis amigas —dije seria.

—¿Qué te pasa, Ana? —preguntó molesto. No estaba segura si se había drogado, aunque parecía un poco nervioso.

—Sergio, no quiero volver a verte. Ya tuviste tu oportunidad.

—Vamos, cariño..., no seas así... —protestó.

—¿Cómo? —No entiendo a los tíos. Cuando tienen a una chica a sus pies la ignoran y cuando son ellas las que pasan se vuelven locos de amor.

—Vamos a tomar algo y recordamos los buenos momentos —propuso convencido.

—No me has respondido, Sergio. ¿Cómo soy? —insistí dispuesta a atacar en cuanto respondiera.

—No sé, antes eras una puta aburrida y controladora. —Estaba herido en su ego, pero aquellas palabras me lastimaron—. Joder, era más divertido un mitin político que follar contigo.

—¡Vete a la mierda! —le dije dolida.

—No te entiendo. Vengo a buscarte desde abajo, que me ha costado lo mío colarme aquí para verte. Te digo que me ha molado lo que has hecho esta

noche y me mandas a la mierda. ¿Y los wasap que me mandabas diciendo que me querías ya los has olvidado?

Eso me dolió mucho más que los insultos. Toda la fuerza y seguridad que había ganado aquella noche se estaba esfumando con cada palabra que soltaba Sergio.

—¡Anda, márchate! —le dijo la Mami al comprobar que se me escapaban las lágrimas.

—¡Qué lo diga ella! —exigió—. No tiene cojones porque aún me quiere.

No sé muy bien qué quería conseguir Sergio. ¿Torturarme? O acaso una improvisada venganza al ver que ya no quería saber nada de él. Cada vez me parecía más repugnante, pero no podía evitar que me causaran dolor sus reproches.

—¡Sergio, que te vayas! —grité entre lágrimas y acercándome a él—. No te puedes ni imaginar el daño que me hiciste cuando estábamos juntos y de la forma tan cruel en que me dejaste. Ahora no voy a consentir que sigas lastimándome, así que o te marchas o mi amiga la Mami te destroza de una patada las pocas pelotas que tienes.

—Me encanta dar patadas, sobre todo, a mierdecillas como tú —afirmó la Mami, que estaba a mi lado.

Sergio nos miró a las dos y al ver mi cara empapada en lágrimas se dio cuenta de que se había excedido y del daño que me había causado. No pidió disculpas, bajó la mirada y se fue. Se evaporó como un fantasma del pasado que ya no iba a regresar más. Dolió, pero ya estaba, Sergio se había marchado. Abracé a la Mami y solté las últimas lágrimas que iba a derramar por culpa de Sergio.

Al regresar al reservado donde estaban nuestras amigas, les contamos lo sucedido; a los pocos minutos llegaron Nuria y Julián del baño. Nuria se asustó al ver mi cara y preguntó qué había pasado. Les expliqué que había sido muy fuerte volver a ver a Sergio, cómo se había dirigido hacia mí y que quizás era muy pronto para volver a meterme en una relación. Salva me gustaba, era atractivo y conectábamos, pero puede que necesitara más tiempo para comprometerme con alguien. ¿Y si me partía el corazón? Tal vez no fuera lo suficientemente fuerte para aguantarlo. Me agobié. No sabía si acudir a la cita en la tetería. ¿Para qué? ¿Para sufrir pasado un tiempo?

—No pienses así —dijo Nuria—. Que Sergio sea un gilipollas no significa que todos los hombres lo sean.

—Nuria tiene razón —afirmó la Mami—. Tienes que dar un voto de confianza a Salva.

—Y a ti misma —añadió Fiona.

Elena no decía nada. Estaba intranquila, como si se encontrara mal, caminaba dubitativa en círculos cerrados. Fiona la miraba de reojo con cierta preocupación.

—No sé... Ver a Sergio me ha traído muy malos recuerdos —me lamenté y me senté en el sofá para intentar tranquilizarme.

—Hasta hace nada te considerabas una heroína por haberle dejado. ¡Eres valiente! No dejes que un capullo como tu exnovio te joda tu futuro —me aconsejó con cariño la Mami.

—Tal vez tengáis razón y simplemente me he alterado al verlo. Ha sido muy desagradable conmigo, ¿verdad? —le pregunté a la Mami.

—Ha sido un completo idiota —me respaldó.

—Además, Salva es el amor de tu vida —remarcó Nuria y me dio la mano para ponerme de pie—. La adivina dijo que te pasarían tres cosas: ibas a encontrar a alguien del pasado y hemos coincidido con Fiona, ibas a hacer el

ridículo y te caíste delante de Salva y, por último, conocerías al amor de tu vida y has sentido una unión maravillosa con Salva Ramos.

—¡Ideal! —exclamó Fiona nerviosa.

—¡Salva es el amor de tu vida! —gritó Nuria.

—¡Chicas, no aguanto más! Tenemos que hablar —dijo Elena menos borracha de lo que tenía que estar—. Ni existe una adivina, ni nos encontramos a Fiona por casualidad, ni Salva es el amor de tu vida. Todo ha sido una bola y se me ha ido de las manos.

—¡Oh, qué sorpresa! —exclamó con falsedad Fiona.

—No más mentiras —afirmó Elena.

Capítulo 27

El vuelo

15:45 h. Sábado 1 de junio

Elena subió al avión con cargo de conciencia. Estaba ilusionada por volver a España para pasar los meses de verano con su familia, pero tenía un secreto que le pesaba y que no sabía cuánto tiempo podría guardar. Lo peor de todo es que sabía que al contarlo desataría la cólera de alguien que quería mucho y sería juzgada sin contemplación. Siempre había sido la sensata de la familia, la que sabía ir por el buen camino, la que no se equivocaba y al contar lo que había sucedido en Londres estaba convencida de que su imagen quedaría dañada y decepcionaría a más de uno.

Miró su billete para comprobar cuál era su número y anduvo por el pasillo del avión hasta llegar a su asiento. Su sorpresa fue mayúscula cuando observó quién era la chica que estaba en el asiento de al lado y por lo tanto su compañera de viaje hasta Madrid.

—¡Fiona, cuánto tiempo! —exclamó feliz Elena, sabía que con ella se distraería de los pensamientos que la atormentaban.

—¡Coño, Elena! ¡Qué alegría verte! —respondió con energía—. ¿No me digas que somos compañeras?

Elena asintió con la cara mientras guardaba su equipaje de mano en el compartimento superior.

—Eso parece.

—¡Es ideal! Así podremos contarnos todo lo que nos ha sucedido desde la última vez que quedamos.

Se dieron dos besos y Elena se sentó al lado de Fiona. El avión comenzó a moverse y a los pocos minutos despegaron. Elena estaba tan acostumbrada a viajar que apenas notaba las mariposas en el estómago que revolotean cuando un avión despegue. Fiona le contó a Elena que había ido una semana a Londres de vacaciones.

—Es un capricho que me doy una vez al año. Hago un viaje sola a una ciudad que me encanta para hacer lo que me dé la gana. Si quiero ir de compras, pues me voy. Que quiero follarse, ¡pues a follarse!

Se le escapó una carcajada a Elena, siempre se había llevado genial con Fiona. En alguna ocasión habían compartido aficiones, como clases de teatro *amateur* o ir juntas cuando eran adolescentes a karaokes para dar rienda suelta a sus berridos musicales. Lo habían pasado realmente bien y Fiona también sentía el mismo cariño por Elena.

—Si llego a saber que estabas en Londres, te hubiese escrito por Messenger para quedarme —aclaró Fiona.

—Me hubiese encantado.

—Pero bueno, el destino nos ha juntado de nuevo para ponernos al corriente de cómo nos va. ¡Es ideal! —celebró—. ¿Vas a ver a tu familia a España?

—Sí, voy todos los veranos —dijo seria y bajó la mirada.

—Elena, te conozco, ¿qué te pasa? Parece que vayas a ver a la *Familia Monster* en vez de a la tuya. Aunque tu hermana un poco bicho sí que es.

Elena miró de lado a lado para comprobar que nadie la escuchaba y así poder liberarse de la caga de lo que había sucedido en Londres.

—Fiona, he hecho algo terrible... aunque para mí no lo es tanto. ¡Mi hermana me va a matar! Tengo un cacao mental que no puedo más.

—Hija, me estás asustando, ¿me lo vas a contar? —preguntó intrigada.

—Me he liado con Eric, el ex de Nuria, ¿te acuerdas de él?

—¡Claro, estaba buenísimo!

—Sí, y le rompió el corazón a mi hermana. No puede oír hablar de él.

—Bueno, hija, tampoco es para tanto. —Quiso quitarle importancia.

—Es que no te he contado todo. Hemos estado saliendo unos meses y...

—¿Estás embarazada?!

—No, embarazada no. Prometida, ¡estoy prometida con Eric!

—¡Felicidades, cariño! —Fiona abrazó a Elena. Se puso de pie y gritó—: ¡Mi amiga está prometida con un tío impresionante!

El resto de los pasajeros no le hicieron mucho caso, salvo algún aplauso que se escuchó tímidamente. Fiona se volvió a sentar y examinó las manos de Elena.

—¿Y el anillo? —preguntó al no encontrarlo.

—Me lo he quitado, si me lo ven preguntarán y no sé cómo contarlo.

—Joder, Elena, pero es algo muy bueno. No lo escondas.

—Nuria me mata si se entera. No sé cómo pasó. Un día me encontré con él en una cafetería y me alegré al ver a alguien conocido. Nos seguimos encontrando por todas partes: en el parque cuando iba a correr, cuando cogía el autobús... Al principio pensé que me seguía y después resultó que éramos casi vecinos. Entonces empezamos a quedar y poco a poco surgió la chispa y nos enamoramos.

—¡Qué bonito, tía! —exclamó Fiona embobada al escuchar la historia de amor de Elena y Eric.

—Sí, estoy muy enamorada... Pero, ahora, al regresar a España, no sé cómo se lo voy a decir a Nuria.

Fiona se inclinó hacia ella, como si fuera Conchita con la máquina de la verdad y le hizo una pregunta clave.

—Dile lo mismo que a mí, ¿Tú crees que lo comprenderá?

—Ni loca, es muy rencorosa. Solo lo aceptaría si se lo dice una adivina, ella cree en los horóscopos, predicciones, galletas de la suerte y todas esas chorradas.

—¡Pues que se lo diga una adivina! Eso haremos.

Elena frunció el ceño, no comprendía lo que le había dicho Fiona. Acaso quería contratar a una adivina para que esta le dijera a Nuria que su ex y su hermana estaban prometidos. No le veía sentido, el resultado sería igual de desastroso.

—No te entiendo, Fiona.

—A ver, no te asustes. Tengo una amiga muy mona que es actriz y a veces le pido el favor, a cambio de ropa de mi tienda, de que interprete algún papelillo en la vida real. Así inclino la balanza para que todo salga como yo quiero, ¿lo pillas?

—Creo que no.

—Hija, pues que podemos llamar a mi amiga para que se haga pasar por adivina y le diga a Nuria que tiene que ser menos rencorosa y más comprensiva contigo. Si es tan devota con esas cosas, le obedecerá y cuando le des la noticia su reacción será más comedida.

—¡Me gusta la idea! —Elena juntó las palmas de las manos como si estuviera ideando un plan terrorífico—. A problemas desesperados, medidas desesperadas.

—La clave está en los detalles —siguió Fiona—. Si vamos directas al

grano sospechará. Necesitamos un cómplice.

—¡Ana!

—Pero Ana es muy amiga suya, nunca nos ayudará...

—Pero podemos engañarla también —propuso Elena. Ya no había quién la parara.

—¡Vas aprendiendo! Podemos pedirle a mi amiga que le diga unas cuantas predicciones, que nosotras nos aseguraremos de que se cumplan, y así cuando le des la noticia a Nuria tendrá que dejar de lado el rencor y ser comprensiva. ¡Me encanta! ¡Me encanta!

—Pero será complicado trazar todo este plan y llevarlo a la práctica.

—¡Para nada! —Fiona hizo un gesto de suficiencia con la mano—. Ya he hecho cosas así y han salido bien. Una vez llamé a Marta, mi amiga actriz, para que se hiciera pasar por mi novia y así poner caliente a un tío que me molaba. La cosa funcionó, pero como resultó ser muy cerdo el tío al final no hice nada con él. No hice nada que no me llevara a cuatro orgasmos seguidos. —Fiona estalló en risas.

—Has sido muy explícita... —bromeó Elena.

—¡Coño, tú me has contado tu romance con el ex de Nuria! No te preocupes, cariño, tenemos todo el viaje en avión hasta Madrid y el *AVE* a Zaragoza para prepararlo todo y no dejar ningún cabo suelto.

Y así fue. Una vez en Madrid, llamaron a Marta por teléfono y acordaron con ella que se haría pasar por Abi, una joven con dotes adivinatorios que me entraría en una noche de fiesta para decirme que me pasarían tres cosas en las próximas horas. Tres cosas que Elena y Fiona se encargarían de que me sucedieran. La primera era fundamental para que Fiona pudiera entrar en escena, reencontrarme con alguien del pasado, el reencuentro sería con ella. La segunda, que haría el ridículo, cosa que con un poco de alcohol sería sencillo. Y la tercera la dejaron al libre albedrío de Marta. Al contarle un poco sobre mi pasado y mi presente, improvisó en que lo mejor sería decirme

que encontraría al amor de mi vida. Para animarme un poco, la hija de puta. Una vez que yo picara el anzuelo —era importante que lo hiciera porque yo representaba *los detalles* del plan—, irían a por Nuria y, además de que la falsa adivina le dijera cosas que apenas nadie sabía, como lo del ascenso, le advertiría de que su hermana tenía algo importante que decirle y el universo le ordenaba que fuera comprensiva y que no tuviera rencor.

Un plan descabellado que no tuvieron reparo en poner en práctica y ejecutarlo aquella noche. Un plan en el cual picamos Nuria y yo como dos tontas, del cual la Mami tampoco sabía nada y que estaban a punto de contárnoslo.

—¿Estás segura de lo que vamos a hacer? —le preguntó Fiona a Elena antes de bajar del avión—. En cuanto llame a Marta no hay vuelta atrás.

—Es la única forma de que mi hermana no se vuelva loca.

—Sabrás actuar y disimular, ¿verdad? Tú eres muy santurrón y puede que te vayas de la lengua.

—Estaré a la altura... ¿Tú me ayudarás?

—Claro. Y, si no, unos cuantos cubatas te darán el valor y el salero suficiente para ser una actriz brillante. Si engañas a Ana y a Nuria te darán el Goya a la mejor interpretación.

Capítulo 28

¡No soy rencorosa!

06:30 h. Domingo 23 de junio

100 pulsaciones

Nivel de ansiedad: 7

Nuevos likes en Instagram: no es el momento

Relación con los hombres: buena

Elena vomitó toda la verdad. Entre llantos y arrepentida nos contó toda la movida de aquella noche: cómo Fiona y ella se encontraron en el avión que las traía a España y cómo tramaron el plan. Nuria enloqueció, le recriminó a su hermana su cruel comportamiento y su nulo sentido común.

—¿Cómo has podido hacernos esto? —dijo cual protagonista de telenovela.

—Lo siento, Nuria. Solo quería que no te afectara mi compromiso con Eric. Ya sabes cómo te pones cuando algo no te gusta.

—¡No lo sé! ¡Dímelo tú! —Nuria gritó como una histérica y levantando los brazos.

La gente de alrededor se dio cuenta de que estábamos discutiendo y nos miraba. Comentaban y rumoreaban sobre lo que podía acontecer. Nuria estaba

muy nerviosa. Yo, sin embargo, opté por escuchar a las demás.

—¡Tranquilízate, mujer! —exclamó Fiona sin ningún ápice de arrepentimiento—. Puede que se nos haya ido un poco de las manos, pero tu hermana lo ha hecho con la mejor intención.

—¿Con la mejor intención? —Qué bien se le daba a Nuria el papel de despechada. A veces pienso que le sentaría de maravilla ser la protagonista en *El secreto del Puente Viejo* o algún serial del estilo—. Habéis hecho creer a Ana que esta noche encontraría al amor de su vida, habéis jugado con sus sentimientos y a mí... A mí me habéis tenido toda la noche en vela con el puto secreto de mi hermana. Toda la noche pensando qué le pasaba.

—Creo que os habéis pasado un poco —nos apoyó la Mami.

Entonces, en ese justo momento, comencé a reír yo sola. No podía parar de soltar carcajada tras carcajada. Todas me miraron asombradas, menos el cerdo de Julián, que bajó su mirada a mi escote.

—¿Y a esta qué le pasa? —preguntó Fiona confusa.

—¡Pues que le habéis hecho entrar en *shock*! —exageró Nuria sin abandonar su perfil dramático.

—No es eso... La verdad es que con todo lo que habéis hecho podía estar enfadada con vosotras —comencé con mi explicación y me acerqué a Elena y Fiona—. Pero lo que siento es un profundo agradecimiento por vuestra travesura.

—¿Travesura? ¡Es una traición! —gritó Nuria.

—No te entiendo —dijo Elena.

—Pues que gracias a vosotras y a vuestro engaño con Abi me he atrevido a hacer cosas que de otra manera nunca hubiese hecho. Entiendo por qué lo habéis hecho. Tu hermana puede llegar a ser muy cabezona y rencorosa. Eso lo entiendo, pero quizás las formas no han sido las adecuadas —razoné—. Dicho todo esto, me encanta que el destino no haya sido el artífice de todo lo que ha

pasado esta noche. Me encanta que todo haya pasado porque lo he hecho yo, porque yo me he atrevido. Esta noche no han mandado los miedos, ni las inseguridades, ni la incertidumbre. ¡Esta noche mando yo! Y gracias a vuestro ridículo plan he sido capaz de hacerlo.

—¡Joder, ahora va a resultar que somos unas *coaches* de la leche! —celebró Fiona.

—¿De verdad que no estás enfadada? —me preguntó Elena.

Le di un abrazo y le susurré que no estaba molesta. La hermana pequeña de Nuria me abrazó con fuerza y me dio un beso en la mejilla como señal de agradecimiento. No estaba cabreada, gracias a su plan había cambiado. La antigua Ana se hubiera dejado llevar por la ira y el victimismo y sumado de muy buena gana a la protesta desmedida de Nuria. Ahora ya no, con todo lo que había pasado aquella noche, con mi nueva seguridad, haber sido capaz de despojarme de unos cuantos prejuicios y la confianza que tenía en mí misma, ya no buscaba autocondolencia, sino disfrutar.

—¿Qué yo soy rencorosa? —Nuria volvió a protestar con energía.

—Nuria, claro que eres rencorosa —afirmé—. Si Elena te hubiese contado su compromiso con Eric sin una adivina de por medio, seguro que hubieras enloquecido.

—Como estás haciendo ahora —apuntó Fiona.

—Esa no es la cuestión, no me confundáis. Y no entiendo por qué tú no estás disgustada.

—¿Y tú? —Señalé—. Dime por qué estás tan enfadada, ¿por el engaño o por su compromiso con Eric?

Nuria miró de reojo a Julián y se sintió incómoda. La conocía a la perfección y ambas sabíamos que le había escocido más el compromiso de su hermana con su exnovio que el engaño. Nuria es muy orgullosa e incapaz de reconocerlo delante de su amante.

—Si eres un poco comprensiva, seguro que llegas a entenderlo y a reírte un poco —le aconsejé con cariño—. Ha sido una noche fabulosa, estamos en la sala vip de la discoteca más popular de la ciudad, con nuestras amigas y lo estamos pasando de maravilla. Si tu hermana ha hecho todo esto es porque le importas.

—Por algo soy la hermana mayor... —intentó salir airosa del cabreo que llevaba. Sabía que había sido un poco exagerada, pero tampoco quería bajarse los pantalones del todo. Bueno, eso ya se lo había hecho a Julián en el baño—. En algo se tiene que notar que yo tengo más conocimiento que tú. Te perdono, hermanita.

Abrazó a Elena y se quedó tan ancha con lo que había dicho. El orgullo de Nuria no la dejaba quedar por debajo de su hermana y Fiona. Tenía que dar a entender, y que ella misma también lo creyera, que había sido una chiquillada de su hermana pequeña y Nuria, como buena hermana mayor, la perdonaba y olvidaba lo sucedido.

—Entonces, ¿vendrás a la boda? —le preguntó Elena.

—Bueno..., poco a poco, son muchas emociones las que están brotando y tampoco vamos a tomar decisiones precipitadas en estos momentos —dijo Nuria con toda su jeta.

Cogí el teléfono móvil que había dejado junto al de mis amigas y al de Julián en la mesa del reservado y miré la hora. Quedaban unos veinte minutos para que empezara mi cita con Salva en la tetería. Necesitaba tomar un poco de aire fresco y despejarme de todo lo vivido. Indiqué a mis amigas que salía a la puerta de la discoteca y que después iría a tomar algo con Salva. Estaba entusiasmada por volver a verlo. Había pasado poco tiempo desde que nos separamos, pero Salva era como una droga. Adictivo.

Capítulo 29

Tranquilidad

06:40 h. Domingo 23 de junio

70 pulsaciones

Nivel de ansiedad: 5

Nuevos likes en Instagram: 2086 (pero bueno, ¿acaso la gente no duerme?)

Relación con los hombres: de maravilla.

Volví a notar la brisa de la mañana, respiré profundo y me desintoxiqué en un segundo del cargado ambiente de la discoteca. Me apoyé en una de las paredes de Imperial desde la que se veía a lo lejos las torres de la impresionante Basílica del Pilar. Era complicado ver el centro tan poco transitado, pero que fuera domingo y de madrugada ayudaba. La discoteca llevaba varios años conviviendo en la zona céntrica de la ciudad junto a los vecinos, bares, restaurantes y tiendas de regalos y recuerdos. Parte del éxito de aquel local era su ubicación. Se podía acceder fácilmente andando o en bus, tomar unas copas y regresar a casa en taxi sin dejarte mucho dinero en la carrera. Era una ventaja importante que tenía respecto a las discotecas que estaban en las afueras. Sonreí al contemplar el amanecer y cómo los primeros rayos de sol bañaban la Plaza del Pilar. Intenté recordar todo lo que había

pasado aquella noche y cómo, si no llega a ser por la insistencia de Nuria para que saliera, me la hubiese perdido y no conocería a Salva. Se me escapó una carcajada al dibujar en mi mente las imágenes del juego en el escenario y cuando mi instinto más primitivo me impulsó a besarlo. Me mordí el labio al recordarlo. Comenzaba a añorarlo, mi boca pedía los labios de ese hombre que me había dicho que era preciosa, valiente y atrevida. Mi corazón se aceleraba al pensar en él. Si cerraba los ojos podía imaginarlo sin esfuerzo, cerca de mí, rodeándome con sus brazos, rozándome con su respiración. Pensé que era mejor que me calmara un poco o si no me saltaría la cita en la tetería e iríamos directamente a la habitación de su hotel. Miré la hora para saber cuántos minutos faltaban hasta nuestro inminente encuentro. De repente, la puerta de salida de la sala vip de la discoteca hizo un ruido y se abrió. Me emocioné al intuir que era Salva, tal vez se hubiese adelantado veinte minutos para llegar con algo de tiempo a nuestra cita. Pero no, no salía mi chico, la imagen fue mucho más desagradable al comprobar que el que salía era Julián con tanta prisa que ni siquiera se dio cuenta de que estaba a unos metros de él. Llevaba en la mano el peluche con forma de corazón que le había regalado Nuria, se detuvo delante de una papelería, miró el regalo con cara de asco y lo tiró como si se desprendiera de algo que aborreciera. Quise seguirle y ponerme a gritar como una loca por despreciar el regalo de mi amiga, pero Nuria salió por la puerta y se adelantó.

—¡Eres un mezquino cobarde de mierda! —chilló Nuria.

«¡Cuánta hostilidad!», pensé. Me alegré al ver cómo mi amiga se enfrentaba a Julián, aunque ella no había visto lo del peluche, aún no estaba afuera cuando él lo tiro a la papelería. Así que no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

Capítulo 30

Sin máscaras

06:42 h. Domingo 23 de junio

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó Julián sin saber por qué su amante le estaba insultando en la calle.

—Qué eres un mentiroso de mierda, ¿eso pasa! —Nuria estaba fuera de sí.

Me acerqué lo más rápido posible y cogí a mi amiga de la mano. No entendía su reacción ni por qué estaba tan disgustada. Le temblaba todo el cuerpo.

—Nuria, ¿estás bien? —quise saber.

—Mejor que nunca, ¿qué razón tenías! Julián solo me utiliza.

—Eso no es cierto, nena. Sabes que te quiero. —Dudaba si acercarse o salir corriendo.

Nuria levantó con su mano derecha un teléfono móvil con la pantalla iluminada. Julián, al ver que era el suyo, abrió los ojos como platos.

—¿Me has mirado el móvil? —quiso hacerse la víctima.

—No me vengas con esas. Has sido lo suficientemente gilipollas para dejártelo encima de la mesa. A los pocos segundos de marcharte se ha

iluminado porque has recibido un wasap, estaba bloqueado, pero he podido leer el texto que enseña la pantalla de bloqueo. Míralo y léelo en voz alta.

Julián fue incapaz de hacerlo, no porque no lo viera, sino porque el contenido era demasiado fuerte para enfrentarse con coraje a Nuria, ni tampoco dejaba opción a que se inventara una excusa. El wasap era de su mujer y ponía:

Julián, es muy tarde. ¿Dónde estás? ¿Ya has vuelto a ver a esa guarra? Me prometiste que ibas a dejarla, que solo era un error...

No podía leerse más porque la pantalla estaba en modo bloqueo, pero a Nuria le bastaron esas frases para darse cuenta de que Julián era un cerdo que jugaba con ella y con su mujer. A cada una le prometía que dejaría a la otra y así mientras él hacía lo que se le antojara con ambas.

—Esa mujer está loca... —dijo el muy canalla.

—Yo sí que he estado loca. ¡Loca y ciega! —Me agarró de la mano con fuerza—. Le dijiste a tu mujer que yo era un error, que me dejarías, y a mí que tu mujer era una arpía y que no querías estar con ella. No sé si puedo estar más enfadada.

—Ha tirado tu regalo a la basura —apunté sonriendo.

Julián me miró sorprendido, no se había dado cuenta de que lo había pillado deshaciéndose del regalo.

—Será mejor que me vaya, Nuria. Ya te llamaré cuando estés más calmada.

—Va a ser complicado que eso suceda —dijo Nuria en un tono serio—. Te voy a explicar el porqué para que lo entiendas. Hay dos motivos muy importantes para que eso no pase. El primero es porque no quiero volver a

verte nunca más. Tú y yo hemos terminado la mierda de relación que teníamos. Y el segundo es que no tienes teléfono móvil para que puedas llamarme.

—¿Cómo que no? Si lo tienes...

Antes de que su amante pudiera terminar la frase, Nuria estampó el teléfono de Julián contra el suelo y se hizo añicos. La pantalla se quebró en cientos de trozos, la carcasa salió despedida y el móvil quedó inutilizable.

—Ya que no puedo romperte el corazón, porque dudo que tengas, te destrozo algo que seguro que te jode más —afirmó satisfecha—. Y ahora vete a casa con tu mujer y dile de mi parte que no se preocupe, que no vamos a vernos más.

—Eres una...

—¡Cuidado con lo que vas a decir! Que he aprendido a dar patadas destrozapelotas —le amenacé.

Julián se sintió impotente y decidió que lo mejor que podía hacer era retirarse con la poca dignidad que le podía quedar, si es que le quedaba algo. Sin despedirse, sin decir nada más, se dio la vuelta derrotado y se marchó. Nuria se derrumbó en mi pecho y comenzó a llorar.

—Ni se te ocurra derramar ni una lágrima por ese cavernícola.

—Tenías razón, Ana. Me utilizaba, no quise verlo —se lamentó.

—Bueno, nadie es perfecto y a veces es bueno dejarse llevar. Vamos a dar un paseo y te tranquilizas un poco, cariño.

—Pero has quedado con Salva —me recordó.

—Lo sé, cariño. Tú me importas más.

Capítulo 31

El amor de mi vida

06:50 h. Domingo 23 de junio

70 pulsaciones

Nivel de ansiedad: 6

Nuevos likes en Instagram: 1837

Relación con los hombres: precisamente, en estos momentos, no es lo que más me importa.

Nuria insistió en ir a un lugar próximo a la tetería en la que había quedado con Salva en diez minutos. Nos sentamos al borde de una de las fuentes de la Plaza del Pilar que está al lado de la tetería. Desde donde estábamos vimos cómo un chico joven levantaba la persiana metálica del local y entraba para acondicionarlo. Nuria y yo nos descalzamos y metimos los pies en el agua de la fuente. Estaba fresca, pero a los pocos segundos de sumergirlos comenzaba a templarse.

—Creo que esto es ilegal —susurré a mi amiga—. No debe estar permitido meter los pies aquí.

—Hay tantas cosas que no están permitidas que no tiene sentido. ¿Qué mal hacemos refrescándonos un poco? ¿Sabes qué es lo que no tenía que estar

permitido? Los tíos que son unos cerdos. Tendrían que venir con un cartel que pusiera: «Peligro. Gilipollas en potencia. Te romperá el corazón».

Comenzamos a reír. Me encantaba cómo era Nuria, porque, a pesar de su tozudez y que fuera algo rencorosa, era capaz de reírse hasta cuando le habían partido el corazón.

—¿Cómo estás?

—Jodida, no te voy a engañar. Realmente llegué a pensar que dejaría a su mujer y que comenzaríamos una relación idílica. Pero tenías razón, solo buscaba pasarlo bien y no le importaba lo más mínimo. Puede que me lo mereciera por meterme donde no me llaman.

—No creo que sea así. Yo creo que te enamoraste de un tío que no era perfecto y que intentaste ver lo mejor que había en él. Aunque era complicado, dime que por lo menos follaba bien —bromeé y le di un empujón.

—Pues sí, en el sexo era buenísimo. He tenido muy buenos orgasmos con él.

—Me has dado más información de la que quería saber —continué con la broma.

—¡Nada que un buen consolador no supla! —exclamó.

—Nuria, cariño, eres una mujer estupenda. Eres lista, trabajadora, con ambición, guapa, divertida y eres mi mejor amiga. Te mereces algo mejor que el imbécil de Julián.

—Lo sé —dijo mientras comenzaban a brotar lágrimas de sus ojos—. Simplemente, me duele saber que me ha utilizado cuando yo le estaba entregando todo de mí. Y, también, sé que le voy a echar mucho en falta, por muy cerdo que sea.

Le sequé las lágrimas con mis pulgares, le miré a los ojos y sonreí.

—Es normal, pero para eso me tienes a mí, sabes que puedes contar conmigo para olvidar a Julián y para cualquier cosa que te pase, eres mi mejor

amiga. Y sospecho que Fiona y la Mami estarán encantadas de darte su cariño.

Nuria me abrazó con fuerza y me susurró que yo también era su mejor amiga. Desde que éramos unas niñas siempre nos habíamos apoyado la una a la otra y esta vez no iba a ser una excepción. Podíamos enfadarnos, gritarnos, o discrepar en muchas cosas, pero nunca nos habíamos fallado y si necesitábamos hablar, compañía o vernos corríamos para hacerlo.

—Solo te pido que me lo pongas más fácil que yo cuando corté con Sergio.
—Esa fue mi disculpa por mi tiempo de letargo después de romper con mi expareja. Por los tres meses en los que había rechazado sus intentos de sacarme de casa y de animarme—. No seas tan idiota como lo he sido yo. Gracias por estar siempre conmigo.

—No te preocupes, Ana. Lo hice encantada y mi tozudez ha dado resultado, hemos vivido una noche de locura —dijo más animada, aunque pronto se le cambió el gesto—. Me parece increíble que mi hermana vaya a casarse con Eric. Reconozco que me ha fastidiado.

—Ha sido una sorpresa, pero se la ve feliz e ilusionada. Puede que Eric haya cambiado...

—Puede que el problema lo tenga yo, que atraiga a hombres inmaduros y que después de estar conmigo quieran sentar la cabeza —protestó moviendo los pies en el agua.

—No lo sé, Nuria. Creo que si cambiamos nuestra forma de ver las cosas y de tratarnos a nosotros mismos es cuando lo demás fluye de otra forma. Mira esta noche, yo he sido más segura y me han pasado cosas maravillosas. Puede que tu problema sea que te conformas con poco, con alguien que te dé una pizca de amor, aunque sean las migajas...

Nuria me miró y sonrió. Sabía que no podía mentirme porque nos conocíamos muy bien la una a la otra. Reconoció su fallo y se prometió que con el próximo hombre que estuviera tendría que amarla sin limitaciones. Era

una declaración de principios que le costaría mantener, pero con un poco de ayuda y determinación podría conseguirlo. El primer paso ya lo había dado, era consciente de su error. Le había pasado con tantos chicos, Eric y Julián, eran una buena prueba de ello. No quería volver a sentirse así, además era curioso. Nuria es una mujer muy atractiva e inteligente, cualquier hombre en su sano juicio querría tener algo con ella. Nuria es excepcional y, paradójicamente, en el amor se sentía poca cosa, inferior y vulnerable. Abrió su diminuto bolso y sacó una barrita de frutos secos, cereales y miel.

—¿Quieres media? —me preguntó—. Estoy hambrienta.

—No, gracias. Los nervios por la cita me han cerrado el estómago.

—¿Qué vais hacer? —Dio un bocado a la barrita.

—No sé, supongo que tomaremos algo y...

—... directos a follar al hotel —terminó la frase por mí.

—Me pone a mil —suspiré.

—¡Es tan atractivo! Después me contarás todo, ¿verdad?

—Ya veremos —bromeé.

—¡No te hagas la divina! ¡Mira, por ahí viene el supuesto amor de tu vida!

Levanté la vista y observé a Salva viniendo hacia nosotras. Llevaba la camisa blanca medio desabrochada, andaba con las manos en los bolsillos y los rayos del amanecer le sentaban de maravilla a su perfecta sonrisa blanca. Me pregunté cómo sería verlo desnudo en mi cama con esos mismos rayos de sol, besarle cada mañana al despertar y notar su calor y su fragancia. Miré a Nuria, que estaba sonriendo como una adolescente, contenta como si la cita fuera para ella. Se alegraba por mí; después del desencanto con Julián, mi amiga volvía a sonreír y era por mí. Su sonrisa era la más preciosa de aquel lugar, superando la de cualquiera de los que pasara por ahí, incluso la de Salva y la mía. Y entonces me di cuenta de la suerte que tenía.

—¿Sabes qué? Soy muy afortunada, porque el amor de mi vida eres tú, es tu

hermana, sospecho que lo serán Fiona y la Mami. Es mi familia, mi trabajo, soy yo... y espero que también lo sea Salva. No tengo un solo amor de mi vida y eso me hace sentir muy bien.

—Joder, Ana. ¡Qué bonito! —Nuria me abrazó.

Salva se acercó a nosotras para saludarnos. Yo le miré con complicidad y haciéndole saber que le estaba esperando, que estaba encantada de volver a verlo. No quería disimular, quería ser yo. Nuria le saludó, se puso los zapatos, se levantó, me dio un beso y, susurrándome al oído, me dijo: «Ya me contarás».

Capítulo 32

Nuestra primera cita

07:02 h. Domingo 23 de junio

70 pulsaciones

Nivel de ansiedad: 4 (muy bien)

Nuevos likes en Instagram: 1749 (estoy en racha)

Relación con los hombres: haciendo las paces.

El joven de la tetería había colocado de forma minuciosa las mesas y las sillas en la terraza. Salva y yo nos sentamos en el exterior. Aunque ya había amanecido, la brisa que recorría las calles del centro era muy agradecida. Pedimos dos cortados con hielo, un poco de cafeína para cargar las pilas nos vendría muy bien por si íbamos a su habitación. Intenté ver a través de su camisa entreabierta e intuí unos pectorales trabajados y algo de vello. Evité volver hacer el mismo recorrido visual o en un arrebató pasional le arrancaría la camisa.

—Hace mucho que no tengo una primera cita —dijo Salva en un tono divertido—. ¿Puedes contarme en qué consiste?

—Pues me temo que no te puedo ayudar. Yo tampoco he tenido una primera cita desde hace años y no lo recuerdo.

—¡Pues estamos apañados! —comentó guasón.

—Podemos improvisar.

—¡Me gusta la idea! Me gustas tanto tú... —Puso su mano encima de la mía.

—Venga, pregúntame lo que quieras saber sobre mí —dije juguetona.

—¿Sin censuras? —quiso asegurarse.

—Sin censuras.

—¿Qué te parezco?

—Irresistible —se me escapó y Salva soltó una carcajada—. Me parecías un tío muy engreído, ya te lo dije. Pero ahora me pareces un hombre que me encantaría conocer mejor...

—¿Cómo amigo, pareja...? —preguntó con interés, aunque lo dijo con suavidad.

—Perdona, me toca preguntar a mí —le interrumpí—. Hasta el momento, ¿qué es lo que más te ha gustado de mí?

Salva se metió en la boca un cubito del vaso con café, lo saboreó y lo mordió antes de responder.

—Me gusta todo, no puedo ser imparcial porque ha sido amor a primera vista. Me gusta tu pelo, tu cara, tus preciosos ojos oscuros, tu sensual cuello —suspiró—, y además me gusta tu atrevimiento, tu sinceridad, tu espontaneidad... me encantas.

Tragué saliva y apenas fui capaz de responderle. Nadie me había dicho de tal manera que se había enamorado de mí nada más verme. Mi instinto era tirar la mesa al suelo con los cafés, vasos, servilletas y todo lo que había para lanzarme encima de él y que me hiciese suya en aquella terraza. Por suerte, pude contenerme.

—Me toca —dijo con soltura, como si no fuera consciente del estado de euforia en el que me había dejado, pero sí que lo sabía—. ¿Cómo te gustaría

conocerme mejor? ¿Como amigo, pareja, amante...?

—¡A la mierda! —exclamé.

No tiré la mesa ni los cafés, pero me acerqué a él y le besé. Me senté encima de sus piernas y rodeé su espalda con mis brazos. Salva pasó sus manos a mi cintura para después terminar en mi culo, que sujetó con fuerza. Noté como se endurecía su sexo. Nos fundimos en un ardiente beso que solo sofocaba la brisa de la mañana. Apartamos nuestros labios para mirarnos a los ojos.

—Yo quiero conocer todo de ti —aseguró—. Quiero conocerte como amiga, como pareja, como amante... Quiero saber todo sobre ti.

—Yo también —susurré—. Eres tan diferente a todos los hombres que he conocido...

—Es un halago, ¿verdad? —bromeó.

—Claro que es un halago —dije entre risas.

—Me gusta verte reír.

—Si seguimos así me voy a pillar mucho por ti.

—¿Dónde está el problema? —preguntó y me dio un beso.

—Pues que tú vives en Madrid y yo en Zaragoza, ese es el primer problema. —Era raro que la Ana controladora y calculadora no hubiera salido antes. Tampoco se puede hacer un cambio radical de la noche a la mañana.

—No pasa nada, con el *AVE* estoy a poco más de una hora de aquí. Podemos vernos siempre que queramos y, si todo va bien, yo puedo trabajar desde cualquier lugar donde haya wifi. En Zaragoza hay wifi, ¿verdad?

Volví a reír como una niña y asentí con la cabeza. Todo era tan sencillo con Salva, supongo que cuando alguien te quiere de verdad, aunque no te conozca desde hace tiempo, ve más ventajas que inconvenientes. Todo es más fácil si se deja fluir. Eso es lo que yo iba a hacer, no quería dejar escapar la oportunidad de enamorarme de Salva por miedo a que la cosa no saliera bien.

—Yo tengo un wifi buenísimo —respondí.

—¡Ves, pues no hay problema! Además, creo que voy a quedarme unos días por la ciudad para conocerla mejor.

—Me parece estupendo. Si quieres puedo enseñarte los mejores lugares —propuse feliz.

—Esa es la idea...

Terminamos de tomar nuestros cafés. Llevábamos hablando más de una hora, me sentía tan a gusto a su lado que el tiempo pasaba sin darnos cuenta. En un momento de nuestra conversación, Salva me miró con deseo y propuso que fuéramos a su hotel para dar rienda suelta a nuestros instintos. En ese instante, si tocaba el hielo de la tercera tanda de cafés que habíamos pedido, era capaz de derretirlo. Estaba impaciente por hacer el amor con él, pero sentía que no era el momento. Antes tenía que hacer algo para que aquella noche fuera perfecta, para que con el tiempo la recordara con cariño. Había tiempo de sobra para ir a su hotel, tal vez unas horas más tarde. Así se lo hice saber y Salva me comprendió. Le di un beso y quedamos en vernos en unas horas en su habitación. Ahora tenía algo que hacer.

Capítulo 33

Tal y como debe ser

08:35 h. Domingo 23 de junio

70 pulsaciones

Nivel de ansiedad: 2

Nuevos likes en Instagram: 2594

Relación con los hombres: sobresaliente

Hora y media después de encontrarme con Salva en la terraza de la tetería, seguía sentada allí. Pero ahora estaba acompañada de otras personas, Salva se había marchado a descansar al hotel, y yo compartía risas, cafés y churros con mis amigas. Había comenzado con ellas aquella disparatada noche y quería terminar con ellas la fiesta. Después de mi primera cita con el *influencer*, fui a buscar a Nuria y a todas las chicas para ir a desayunar. Todas celebraron la idea y fuimos sedientas de café y churros a la coqueta terraza en la que Salva se me había declarado.

—Amor a primera vista... ¡Qué romántico! —exclamó Fiona mordiendo un churro.

—¿Eso existe? —bromeó Nuria.

—Yo me enamoré de mi marido a primera vista, fue un flechazo —

reconoció la Mami—. Estaba con unas amigas tomando el sol en la playa de Benidorm y, cuando lo vi correr por la orilla en bañador, con su tableta de chocolate, ¡me enamoré de él!

—¡A mí, si me traen chocolate, también me enamoro! —dijo Fiona entre risas.

Elena escupió el café que llevaba en la boca para reír y casi se atragantó. Soltó un pequeño eructo e hizo una seña con sus manos indicándonos que estaba bien.

—Hay que reconocer que esta noche ha sido fabulosa y muy divertida —comentó Elena cuando recuperó la voz.

—¡Ha sido ideal! —Fiona seguía en su onda.

—Chicas, yo he cortado con Julián... Así que para mí tampoco es que haya sido la monda —nos recordó Nuria con sarcasmo.

—¡Eso hay que celebrarlo! Julián era un cerdo. Ahora eres libre para hacer lo que quieras y conocer a quien quieras —le indiqué con cariño—. Además, no me vas a negar que te lo has pasado bien o tengo que gritarte: «MA-LI-BE».

Nuria soltó una risotada sin poder disimular lo divertida que fue nuestra visita a la tienda de regalos. Las demás nos miraron sorprendidas y sin entender lo que significaba aquel chillido.

—Yo me lo he pasado tan bien que me he meado encima, literalmente —Elena recordó su incidente en el coche de la Mami y se dirigió a ella—. Por cierto, cuando llegue a casa lavaré la ropa y te la devuelvo mañana.

—No te preocupes, Elena. Tengo más ropa —La Mami fue comprensiva—. Chicas, para mí ha sido una maravilla conoceros. ¡Sois estupendas!

—¡Oye, esto se está pasando de cursi! —señaló Fiona.

—Me da igual —dije con seguridad—. Tenemos que repetir noches así con

más frecuencia.

—¡Tienes razón! —gritó Nuria levantando su taza de café con la mano.

—Hasta dentro de dos semanas no puedo —indicó la Mami—. El fin de semana que viene me quedo con los peques y al siguiente me toca en familia. Como no queráis venir el próximo sábado a casa y vemos una peli con los niños. Bueno, seguro que tenéis algo más interesante que hacer.

—¡Me encanta el plan! —exclamé—. Me apunto.

—¡Yo también! —se sumaron al mismo tiempo Nuria y Elena.

—Perfecto, así podremos marujear mientras vemos alguna película absurda y aburrida —señaló con ironía Fiona—. Pero llevaré *gin-tonic*. Espero que tengas piscina...

—Fiona, has estado cientos de veces en mi casa..., ya sabes que tengo piscina.

Todas celebramos nuestra próxima quedada en casa de la Mami. Prometía diversión, *gin-tonic* y chapuzones..., pero lo más importante es que íbamos a estar las cinco juntas de nuevo.

—Esta noche ha sido una pasada, pero aquí la única que va a follar va a ser Ana —protestó Fiona.

Sonreí y me puse roja. Fiona tenía razón, en unas horas estaría retorciéndome de placer con Salva. Cada vez lo deseaba más.

—Llevo más de tres meses de seco, así que no me quites el gusto —bromeé—. Aunque es algo inusual porque yo nunca me he acostado con un tío la misma noche que le he conocido.

—Y así te ha ido, bonita —añadió Fiona y dio un sorbo a su café.

—Tú quieres hacerlo, ¿no? —me preguntó Nuria—. ¿Quieres hacer el amor con Salva?

En ese momento me hubiera tomado un trozo del pastel mágico que se comió Alicia (del país de la maravillas) para hacerse gigante y decir un enorme «¡SÍ!».

—Por supuesto —aseguré.

—Pues déjate llevar —me recomendó la Mami.

—Y después nos cuentas todo —apuntilló Fiona.

Seguimos bromeando y charlado hasta las diez de la mañana. La Mami tenía que volver a casa y Nuria, Elena y Fiona decidieron ir con ella en su coche. Me despedí de mis amigas y cogí un taxi que me llevó al hotel Palafox. Estaba relativamente cerca de la tetería, pero quería llegar cuanto antes.

Capítulo 34

¿Vienes a la ducha?

10:20 h. Domingo 23 de junio

90 pulsaciones

Nivel de ansiedad: 8

Nuevos likes en Instagram: 3646

Relación con los hombres: sospecho que a partir de ahora mucho mejor.

Di tres golpes con mi mano cerrada a la puerta de la habitación 274, era en la que se alojaba Salva. Escuché unos pasos que se acercaban desde el interior. Me pasé la mano por el pelo para intentar tranquilizarme. Estaba ansiosa por verle de nuevo, por besarle, por rozarle desnuda. La puerta se abrió, casi me desmayo al ver a Salva sin camisa, con el pantalón medio desabrochado y descalzo. ¡Estaba muy morbosos!

—Hola, preciosa... ¿Quieres pasar?

Entré en la habitación y me agarró con dulzura de la mano para acercarme a él. Nuestros cuerpos se juntaron y mis senos se endurecieron. Salva me besó con ternura hasta que me mordió el labio y no pudo frenar sus instintos. Me

quitó la camisa, acarició mis pechos con sus manos y volvió a besarme. Estaba muy excitada, en la habitación apenas entraba luz debido a que las cortinas estaban corridas y pensé que no sería lo único que llegaría a correrse en la habitación. Es un comentario desafortunado, pero lo pensé, soy así de ordinaria. Salva me tumbó en la cama, abrió mis piernas y por debajo de la falda me quitó el tanga.

—¿Llevas un tanga de *Juego de Tronos*? —preguntó sorprendido.

—En mi defensa diré que me gusta mucho la serie y que no pensé que esta noche fuera a ligar.

Salva soltó una pequeña carcajada, me encogí de hombros y, para no perder el morbo, rocé con mi pie el bulto de la entrepierna que se apreciaba en el pantalón. Salva se lo quitó y contemplé su perfecto cuerpo casi desnudo, únicamente faltaba que se quitara el bóxer para que se entregara a mí. Me quité la falda con rapidez para ver si pillaba la indirecta. Los dos estábamos casi desnudos. Yo tumbada con el sujetador puesto y Salva de pie, al borde de la cama, en bóxer. Apoyó los brazos sobre el colchón y se puso encima de mí. Noté su pene sobre mi estómago y me encendí. Intenté bajarle el bóxer, pero me detuvo.

—Espera. Para —susurró.

—¿Qué pasa? —La que estaba sorprendida era yo.

—Puede que vayamos un poco rápido —dijo serio.

—¿De verdad? —pregunté decepcionada.

Salva sonrió y me besó. Se quitó la ropa interior y juntó su cuerpo con el mío. Estaba caliente.

—¿Te has asustado? —bromeó.

—Me he acojonado —dije entre risas.

Desabrochó el sujetador y lo lanzamos al suelo. Nos besamos apasionadamente, chocando nuestros labios, rozando nuestros cuerpos. Después de más de veinte minutos jugando y explorándonos, Salva me sentó sobre sus piernas y me penetró.

Aquella mañana disfrutamos como animales irracionales de cuatro fantásticos polvos. Era asombrosa la conexión y el *feeling* que teníamos. Nos encantaba regalarnos momentos de placer. Me hubiera encerrado una eternidad con él en aquella habitación que fue testigo de nuestra entrega sincera y plena. Tumbados en la cama, después de nuestro cuarto asalto sexual, tomamos un poco de fruta cortada que habíamos pedido por teléfono a la recepción del hotel.

—Mañana tendré agujetas. No estoy acostumbrada a tanto ejercicio — bromeé mientras comía una porción pequeña de melón.

—Todo es cuestión de práctica; cuanto más ejercicio hagas, menos agujetas tendrás...

—Salva, me chifla hacer el amor contigo, pero creo que por hoy está bien —me hice la interesante, aunque en realidad estaba reventada después de tres horas de sexo sin parar.

—Yo también, no te vayas a pensar que soy Superman... —dijo levantándose de la cama.

—Mientras lo hacíamos lo he pensado varias veces.

Salva se echó a reír, me dijo que iba a ducharse y antes de ir al cuarto de baño me dio un beso y dijo:

—Creo que puedo enamorarme locamente de ti.

—Sé que lo harás —dije intentando quitar importancia a sus palabras, pero decidí ser yo misma y le tiré de la mano para que se sentara. Me incliné hacia

él—. Yo también siento algo hacía ti, sé que apenas nos conocemos, pero jamás había sentido nada parecido.

—Se llama amor —me dio un beso y me deleité con la sensual imagen de Salva caminando desnudo hacía el cuarto de baño.

En cuanto Salva entró, di saltos de alegría sobre la cama tirando todos los trozos de fruta sobre las sábanas. Resbalé con una porción de fresa y caí en el colchón. Comencé a reír, estaba feliz, era otra mujer y me sentía enamorada. Nunca me había permitido dejarme llevar e ignoraba lo maravilloso que era hacerlo. Estaba en la cama de un glamuroso hotel, con un hombre apuesto, cariñoso y que estaba loquito por mí. Había hecho el amor como nunca, estaba eufórica. Agotada de tanto sexo, eso sí, pero me sentía afortunada por lo que estaba viviendo.

—¿Vienes a la ducha? —gritó Salva desde el baño.

«¿Por qué no?», pensé.

Capítulo 35

Quieres...

Tres meses después...

Me miré en el espejo, tenía un poco de prisa porque llegaba tarde a la cena con mis amigas. Yo, la reina de la puntualidad, resulta que me había retrasado porque había estado viendo la última temporada de *Juego de Tronos* y se me había ido el santo al cielo. Me retoqué los labios con el pintalabios y los humedecí. Sonó el teléfono, comprobé que me llamaba Nuria y descolgué con el altavoz puesto.

—Nuria, cariño, salgo de casa ya y estoy en diez minutos en el restaurante.

—No me lo puedo creer, resulta que vas a llegar tarde. Ya no podrás echarme en cara cuando yo me retrase, porque hoy tú vas a llegar tarde. —No sabía muy bien si estaba disgustada porque no llegara a tiempo y tuvieran que esperarme o feliz porque ya tenía excusa para retrasarse en futuras quedadas.

—Lo siento, voy lo antes posible.

—Muy bien, estamos tomando algo mientras llegas desmesuradamente tarde —exageró.

—¡Que solo me retraso diez minutos!

—No te escucho, cariño —mintió—. Debes de haberte movido porque no tienes cobertura, te cuelgo. Te quiero.

Ignoré su actitud de niña pequeña, cogí mi bolso, me miré una vez más en el espejo para comprobar que estuviera perfecta; vestido azul a juego con unos preciosos zapatos color cielo y salí de casa. Esa noche había quedado con las chicas, a excepción de Elena que ya había vuelto a Londres, para cenar tal y como solíamos hacer los sábados que todas estábamos disponibles. Nos esforzábamos de muy buena gana por cuadrar nuestras agendas para cenar juntas como mínimo un sábado al mes. Aquel fin de semana Salva tenía un bolo y no podía venir a Zaragoza, pero todos los días nos videollamábamos y muchos fines de semana estábamos juntos. Nuestra relación iba de maravilla, demostró ser el hombre cariñoso y apasionado que conocí. Siempre que teníamos disponibilidad nos juntábamos o bien en su casa de Madrid o en mi piso de Zaragoza. La verdad es que cada vez nos extrañábamos más y ya habíamos barajado la posibilidad de vivir juntos, pero no sabíamos ni dónde, ni cuándo ni quién iba a dar el paso. Tampoco quería darle muchas vueltas, aunque tarde o temprano tendríamos que tomar una decisión. Nuria me recomendaba que le pidiera que se viniera a Zaragoza, que lo hiciera en plan llamativo, con una fiesta con gente invitada, como si fuera una pedida de mano, para que no pudiera negarse. Pero yo siempre le decía que eso no era típico en mí y que nunca montaría un sarao para pedirle que se viniera a vivir conmigo. Nuria estaba feliz, le habían dado el ascenso en la editorial y, aunque no había vuelto a salir con nadie, comenzaba a confiar en los hombres. ¡Se había descargado una *app* para ligar y conocer gente! Era un gran paso después de la decepción con Julián. ¡Lo odio! Fiona y la Mami seguían como siempre y en este tiempo había descubierto a dos amigas comprensivas, afectuosas y divertidas. Nuestras quedadas siempre eran lo más y estaba impaciente por verlas otra vez.

Bajando las escaleras de mi piso volvió a sonar el móvil. «¡Qué pesada es Nuria, querrá volver a restregarme mi retraso!», pensé. Sonreí al ver que era Salva quién me llamaba.

—Hola, preciosa —respondió al descolgar.

—Hola, guapo. ¿Qué tal el bolo?

—Bien... son las nueve de la noche, es un poco pronto aún. Empieza en dos horas —explicó.

—Muy bien. Pues yo voy corriendo porque me he retrasado viendo *Juego de Tronos* y llego tarde a la cena con las chicas.

—¿Has visto la serie sin mí? —preguntó sorprendido.

Mierda, me había delatado yo solita. Acordamos que la veríamos juntos.

—Cariño, está muy interesante y no me voy a quedar sin saber qué pasa con Jon Nieve... —me excusé mientras correteaba por la calle.

—Vale. Preciosa, he estado pensando sobre eso de vivir juntos... —su voz era diferente, como si dudara.

—¿Y?

—Puede que sea un poco precipitado, ¿no crees? Yo tengo muchos bolos, tú estás siempre liada con tu trabajo..., quizás deberíamos esperar un poco más, ¿Qué te parece?

Me detuve en medio de la calle. Por una parte, me sentí aliviada de no tener que tomar una decisión tan importante con tanta prisa, pero, por otro lado, me dio pena que declinara o pospusiera la fecha para vivir juntos. Me ilusionaba la idea de compartir un hogar con él y vernos a diario. Intenté que no me afectara y, sobre todo, que él no se diera cuenta de mi *casi* disgusto.

—Bien, bien... ¡Me parece bien!

—¿Seguro?

—Puede que sea lo mejor. Cariño, llego tarde. Te llamo después.

—Vale, te quiero, preciosa.

—Y yo.

Aceleré mi paso dispuesta a despotricar sobre la decisión que había tomado Salva sin contar conmigo; en realidad, no era así puesto que aquella llamada era para pedirme la opinión. Pero estaba enfadada, quería desahogarme y qué mejor forma que con mis amigas. Seguro que me comprendían y afirmaban lo injusto que era mi chico por no querer vivir conmigo. Eso era lo que necesitaba. ¡Gabinete de crisis con mis chicas!

Al llegar a la puerta del restaurante me detuve. Las luces de afuera estaban apagadas y las cortinas de las ventanas corridas, dudé de si habíamos quedado allí. Miré los wasap y estaba en el restaurante donde habíamos quedado. Llamé a Nuria antes de entrar para asegurarme, pero no descolgó. Decidí entrar, tal vez no funcionaban las luces exteriores. Una vez dentro, todo estaba oscuro, no entendía nada. ¿Qué hacía ese local a oscuras y con la puerta abierta? Saludé y pregunté si había alguien, pero nadie respondió. Entonces, cuando estaba a punto de salir, escuché un ruido detrás de mí, las luces se encendieron y había un montón de gente que me costó reconocer por el *shock*, entre ellas mis amigas que gritaron:

—¡SORPRESA!

¿Sorpresa, por qué? No entendía nada, entre el acojone que llevaba encima por el susto y que no tenía nada que celebrar, ni cumpleaños, ni ascensos ni nada de nada..., me costó recuperarme unos segundos. Estaba todo decorado con globos. Nuria, Fiona y la Mami sonreían y me felicitaban. El restaurante se había vestido de fiesta y no cabía ni una duda de que era por mí. ¿Sería una broma para subir a YouTube?

—¿Qué pasa? Casi me matáis del susto —pregunté preocupada.

—Es una fiesta sorpresa —dijo Nuria.

—Eso ya lo veo, ¿por qué? Alguien puede explicarme qué pasa.

—Es por ti —dijo Salva.

Me di la vuelta y ahí estaba él. No entendía nada. ¿Qué hacía Salva en el restaurante si tenía un bolo? Entonces miré a Nuria y caí. Había insistido tantas veces en que le preparara una fiesta sorpresa a Salva para proponerle que se viniera a vivir conmigo que, ante mis negativas, optó por intentarlo con él. Nuria y Salva se llevaban de maravilla y sabía que a Salva le encantaban estas cosas y que no pondría resistencia. Entonces, ¿significaba que me fuera a vivir con él a Madrid? No estaba segura si quería abandonar una ciudad que tanto me gustaba, a mis amigas y a mi familia. Me puse muy nerviosa.

—¿Por mí?

—Vamos, yo venía para proponerte que viviéramos juntos —dijo mientras avanzaba hacía mí—. Pero ahora no sé si hacerlo, ya que por teléfono no te ha parecido muy buena idea.

—Claro que quiero que vivamos juntos. —No pude mentir—. Si a ti no te parece precipitado.

—Podemos improvisar —sonrió y me cogió por la cintura con sus brazos—. Puedo venir a tu piso una temporada y si todo va bien me traslado. Pero vamos viendo todo sobre la marcha.

—Por supuesto, me encantaría.

Nos besamos y el resto de las personas aplaudieron. Le pedí a Salva que no montara nunca más estos saraos para pedirme algo tan íntimo. Aunque sabía que se lo decía en vano y que haría lo que le diera la gana. Y eso, en parte, me gustaba.

La fiesta fue fabulosa, bailamos, reímos, bromeamos con mis amigas. Aunque aún fue mejor cuando terminó y Salva se vino a casa a dormir conmigo, para quedarse indefinidamente.

Después de hacer el amor, Salva se durmió a mi lado. Me sentí feliz, llena, orgullosa de mí por haberme atrevido hacía tres meses a ser una mujer más

valiente y generosa conmigo misma. Estaba cambiando, veía mis progresos, me sentaba bien quererme un poquito más. Ya no contaba las pulsaciones, ni mi nivel de ansiedad, ni los *likes*, ni mi relación con los hombres...

Aunque aquella noche tenía 60 pulsaciones, mi nivel de ansiedad era 2 en una escala del 1 al 10, tenía 2763 nuevos *likes* y mi relación iba mejor de lo que había imaginado.

Bueno... sí que seguía contando todas aquellas cosas. Lo reconozco no soy perfecta, ni tampoco lo quiero ser.

Fin

Agradecimientos

A Reyes, Fabiola y Marta. Por vuestro apoyo.

A mi pareja, familia y amigos.

A la gente que se atreve a mandar en sus vidas y a la que se deja llevar.

Si te ha gustado

Esta noche mando yo

te recomendamos comenzar a leer

Algo más que una dama

de *Christine Cross*



Prólogo

Londres, 1758

Según recordaba la duquesa de Westmount, el día que dio a luz por segunda vez era una radiante mañana de primavera de 1748. Los jardines que rodeaban la mansión, exultantes de coloridas flores, perfumaban el ambiente con su suave fragancia.

Su primer embarazo había sido difícil, pero había cumplido con su obligación y le había dado a su marido no solo el esperado heredero, sino también dos varones más, puesto que había dado a luz trillizos. Por eso, el nacimiento de una niña había llenado de alegría su corazón de madre.

No es que no quisiera a sus hijos varones, de hecho, los adoraba, pero tener una hija a la que transmitir todas las enseñanzas que ella había recibido de su propia madre, le causaba un gran placer. Le enseñaría el arte del bordado y la costura, a dirigir una mansión y el servicio que estaría a su cargo cuando la muchacha se esposase, a conversar con gracia y donaire, y todas las cosas necesarias para que su pequeña se convirtiese en una gran dama.

Lady Eloise, de pie junto a uno de los grandes ventanales que daban acceso a la parte posterior de la mansión, contemplaba los jardines con especial concentración. Los rododendros comenzaban a florecer, pero los rosales todavía se veían desnudos. Tendría que comentárselo al jardinero mayor; tal vez les faltaba abono. Aunque Nigel se encontraba ocupado en esos momentos supervisando la construcción del invernadero.

—Supongo que las rosas florecerán a su tiempo —comentó en voz alta.

A pesar de que no se había dirigido a él, su esposo, que se hallaba en la sala, sentado en su sillón favorito mientras leía un libro, respondió:

—Todas las cosas tienen su tiempo, querida, solo hay que saber tener

paciencia.

La duquesa sonrió. Había tenido la suerte de hacer un fabuloso matrimonio, no solo porque Charles era el hombre más apuesto de Londres —a su parecer y al de muchas otras damas a las que tenía que espantar como moscas cada vez que acudían a un baile— y porque tenía el título de duque, que además venía acompañado de una gran fortuna, sino porque se habían casado por amor. Ella era tan solo la hija de un vizconde, pero había coincidido con Charles en una fiesta campestre organizada por lady Margaret Cavendish, una de sus mejores amigas, que había tenido la suerte de pescar al duque de Portland en su primera temporada.

Eloise lo había observado de lejos, admirando su porte y su gallardía; suspirando por él, como hacían la mayoría de las jovencitas casaderas en el salón de baile. Margaret había insistido en presentárselo asegurándole que se enamoraría de ella en cuanto la viese, porque Eloise era, sin duda, la muchacha más hermosa de la fiesta. Y así fue.

La duquesa volvió a sonreír al recordar su cortejo. Ciertamente, Charles no había tenido paciencia antes de esposarla. Por suerte para ella, y por desgracia para las mayores cotillas de Londres, sus hijos vinieron al mundo justo nueve meses después de su boda.

—Recuerdo una ocasión en la que me dijiste que a veces valía la pena adelantar el tiempo para poder gozar de ciertas cosas.

El duque levantó la mirada del libro y esbozó esa sonrisa que Eloise había tachado en tantas ocasiones de pecaminosa.

—Y lo sigo pensando, querida. ¿Tal vez quieres una demostración?

Ella dejó escapar una carcajada musical y sacudió la cabeza, pero avanzó los pasos que la separaban de su esposo. Él dejó a un lado su lectura y le tendió la mano. Cuando ella se la cogió, tiró suavemente hasta tenerla donde la quería, sentada sobre su regazo y con sus brazos rodeándola.

Eloise le acarició la mejilla mientras se perdía en la bruma de su mirada gris. Él acercó su rostro y la besó con ternura y delicadeza. Cuando sus labios

se separaron, la duquesa dejó escapar un suspiro de satisfacción.

—Sigues siendo el hombre más apuesto de Londres —le aseguró al tiempo que reclinaba la cabeza sobre su hombro.

—No lo creo —repuso él con una sonrisa—, mis hijos me han robado ese puesto. Nunca he escuchado tantos coros de suspiros como cuando entran los tres juntos en alguna estancia.

La sonrisa de su esposa se ensanchó y Charles se alegró, pues era lo que perseguía. Había notado en sus ojos que algo la disgustaba.

—¿Qué es lo que te preocupa, Eloise?

Ella sintió un alivio inmediato ante esa pregunta, pues llevaba una carga desde hacía un tiempo y no había sabido cómo encarar el asunto con su esposo.

—Arabella.

Charles frunció el ceño al pensar en su pequeña hija. Contaba solo diez años, pero ya traía de cabeza a sus hermanos y había encandilado a todo el personal de servicio de Westmount Hall con su sonrisa mellada.

—¿Hay algún problema?

—Nos hemos vuelto a quedar sin institutriz.

El duque cerró los ojos mientras sus dedos acariciaban tranquilizadores la suave nuca de su esposa.

Era la tercera institutriz que los abandonaba en cuatro años. Sus hijos varones habían sido revoltosos e inquietos, como todos los muchachos a su edad, pero se habían sometido a la disciplina de sus preceptores. Arabella, en cambio, era una niña tranquila y dulce. El único problema consistía en que se negaba a aprender las tareas propias de una dama.

Antes de que sus hermanos se fueran al colegio, ella los seguía a todas partes y los emulaba en todo lo que hacían. Se llevaban una diferencia de ocho años, por lo que ellos la consideraban como su juguete o, como la había nombrado James, el mayor de los hermanos, su aprendiz. Le habían enseñado a pescar, a subirse a los árboles, y algunas palabras poco adecuadas para ser

pronunciadas por una dama; pero también le enseñaron a leer y le contaron las historias de batallas sangrientas que ellos aprendían de sus maestros. La consecuencia de ello había sido que bordar o tocar el piano se le antojaban a Arabella cosas aburridas. La única cosa que parecía gustarle de verdad era la pintura.

El duque meditó un momento su respuesta, aunque ya llevaba tiempo dándole vueltas. Tenían que admitir que Arabella no era una muchacha corriente. A su corta edad había leído casi más libros que sus hermanos; estaba aprendiendo cuatro idiomas, incluido el griego antiguo; y le encantaba citar a los filósofos cuando defendía sus argumentos en situaciones como, por ejemplo, por qué tenía que comerse ella el último trozo de pastel.

—Eloise, creo que debemos dejar que Arabella sea ella misma —le dijo finalmente—. Podemos contratar una institutriz cualificada, que tenga los conocimientos de un preceptor, o incluso contratar al antiguo preceptor de sus hermanos. Ella es una niña inteligente y...

—¡Pero es que quiere aprender también esgrima! —le interrumpió su esposa al tiempo que levantaba la cabeza para mirarlo a los ojos.

En ellos, Charles vio una deliciosa mezcla de confusión y escándalo, y sonrió.

—No sé si esgrima, pero sí creo que es bueno que nuestra Arabella sepa defenderse. Como hija de duques, es muy probable que se vea asediada por múltiples pretendientes, y no siempre nos tendrá a nosotros o a sus hermanos para defenderla.

—¡No pretenderás que aprenda a boxear!

El duque soltó una carcajada ante la ingenuidad de su esposa.

—Por supuesto que no, querida. Me refiero a que una mente bien formada sabrá descubrir las trampas que se hallan en la sutileza del lenguaje y de las palabras engañosas —le explicó.

—Pero ¿qué va a pasar con su matrimonio?

—¿Su matrimonio? —repitió el duque ligeramente confundido.

—Sí, ¿quién querrá casarse con una mujer que tenga la cabeza tan llena de... de...?

—...conocimientos —suplió su esposo con un suspiro. Sabía que la buena sociedad podía cortar en dos la reputación de una persona con la precisión de un carnicero—. Si la apoyamos, si la aceptamos como es, haremos que crezca segura de sí misma. Eso, y el amor de su familia, la sostendrán. De todas formas, ¿quién se atreverá a rechazar a la hija de un duque que es, además, ahijada de la duquesa de Portland?

Lady Eloise sonrió confiada ante el porvenir de Arabella.

Cinco amigas, una adivina y una predicción:

«Esta noche conocerás al amor de tu vida».

¿Estás preparada para la noche más divertida y sexy?



Ana es una mujer de treinta años insegura y obsesionada con tener todo bajo control. Después de una dura ruptura sentimental y de anular su vida social, una noche, Nuria, su mejor amiga, le propone salir a celebrar el cumpleaños de Elena, su hermana pequeña.

Esa noche se convertirá en la más surrealista, divertida y erótica que haya vivido jamás. Abi, una joven con dotes adivinatorios, le advertirá de que le van a pasar tres cosas que cambiarán su vida, y la más importante de las tres será que esa noche ¡encontrará al amor de su vida!

Salva es un atractivo locutor de radio. La traición de Salma, su anterior pareja y popular influencer fue tan sonada que este, al abrir un canal de Youtube contando sus sentimientos, se convirtió en un éxito con millones de visualizaciones.

La misma noche en la que Ana sale de fiesta, Salva presenta un evento en una popular discoteca... pero lo que no sabe es que la copresentadora de dicha celebración es su exnovia, a la que no ve desde hace meses.

Las chispas saltarán cuando Ana y Salva se conozcan de una forma tan divertida como provocadora en el evento que Salva presenta. ¡Vaya duda! ¿Será Salva el amor de Ana?

Una novela coral con divertidos personajes, llena de humor, situaciones alocadas y sexis. Con mujeres fuertes como protagonistas y un toque feminista. Al más puro estilo Bridget Jones, narrada de una forma amena y ágil, el lector

se sorprenderá con esta historia en donde nada es lo que parece.

Daniel de la Peña. Zaragoza (1983). Escritor y productor de audiovisuales. Desde joven siempre ha sentido curiosidad por el mundo de la comunicación. Autor de *Triunfadoras*, *Un regalo prodigioso* y *Triunfadoras 2.0*. Ha firmado entrevistas de portada para la revista Mujer del periódico *El Mundo Cantabria* y para *Divinity*. Defensor de la igualdad, apasionado de las entrevistas y de las comedias. Actualmente es uno de los influencers más reconocidos de Aragón y compagina la escritura, con entrevistas y su trabajo en redes sociales.

Edición en formato digital: junio de 2019

© 2019, Daniel de la Peña

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-93-9

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Esta noche mando yo

Capítulo 1. Una copa y a casa

Capítulo 2. Yo te conozco

Capítulo 3. ¿No creerás en la magia?

Capítulo 4. Galán digital

Capítulo 5. La Mami

Capítulo 6. Y si la cosa funciona

Capítulo 7. ¿Hay vida después del amor?

Capítulo 8. Poco tacto

Capítulo 9. Te lo debo a ti

Capítulo 10. Mesa redonda

Capítulo 11. Boxeo

Capítulo 12. Mejor calibrar las consecuencias

Capítulo 13. ¿Rojo o azul?

Capítulo 14. Chistes

Capítulo 15. Instinto

Capítulo 16. Intimidad

Capítulo 17. No soy como tú, ¿o sí?

Capítulo 18. MA-LI-BE

Capítulo 19. ¡Salta!

Capítulo 20. Un abrazo reconfortante

Capítulo 21. Trabajo duro

Capítulo 22. ¿Cómo estás, preciosa?

Capítulo 23. Puente de Piedra

Capítulo 24. Cara de niño bueno

Capítulo 25. La ruptura

Capítulo 26. Márchate
Capítulo 27. El vuelo
Capítulo 28. ¡No soy rencorosa!
Capítulo 29. Tranquilidad
Capítulo 30. Sin máscaras
Capítulo 31. El amor de mi vida
Capítulo 32. Nuestra primera cita
Capítulo 33. Tal y como debe ser
Capítulo 34. ¿Vienes a la ducha?
Capítulo 35. Quieres...
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Daniel de la Peña
Créditos